

EMILIO SÁNCHEZ MEDIAVILLA

Una dacha en el Golfo

Premio Anagrama de Crónica
Sergio González Rodríguez



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

PORTADA
ÍNDICE
UN ESPEJISMO
UN LUGAR
LA DACHA
EL PARQUE
EL PUENTE
LA PERLA
FIESTAS
BOTÍN DE GUERRA
CLASES DE ÁRABE
CUERPOS
MEZQUITA
EXCURSIONES
LOS SUFÍES
CELEBRITIES
EL COMERCIANTE DE PERLAS
LA ERRATA DEL CAMELLO
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

El día 4 de diciembre de 2019, el jurado compuesto por Celso José Garza, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Martín Caparrós, Leila Guerriero, Juan Villoro y la editora Silvia Sesé concedió el 1.º Premio Anagrama de Crónica Sergio González Rodríguez a *Una dacha en el Golfo*, de Emilio Sánchez Mediavilla.

*A Carla, por el viaje en alfombra mágica desde los
Hermanos Campa hasta Oriente: Grab your mother's
keys, we're leaving*

*A Jaime, Diego y Jana, por todos los bailes que nos
quedan juntos*

*A mis padres, por el sol de la infancia (aunque
siempre llovía)*

A María, por la danza andaluza de Granados

ÍNDICE

El azúcar es la cocaína halal. El extremismo de la belleza. Los camellos siempre parecen felices. No confundir camello con maroma en arameo. Si los palestinos fueran chiíes, Israel no existiría. Antes todo el mundo follaba con todo el mundo. Dios es un cálculo de probabilidades. Vírgenes de miel agujereadas por abejas a contraluz. Recuerdo bombardear Georgia. En los días despejados se ve Arabia Saudí. Esto podría ser Miami Beach. Todo esto era mar. En Occidente confundís la libertad con el nihilismo. ¿Qué posibilidades tengo de encontrarme un iPhone en el desierto? Bahreín es una isla y no tenéis escapatoria.

UN ESPEJISMO

Nunca conseguí aprender árabe. Descifré el alfabeto, memoricé los números y los días de la semana, los saludos y las despedidas, aprendí un puñado de adjetivos en parejas de significados opuestos: grande pequeño, alto bajo, rápido lento; canté los colores y algunos animales –pocosal ritmo de una melodía infantil, nombré las partes del cuerpo señalándolas delante del espejo, llené de pósts los muebles de casa, los pósts se fueron cayendo.

En aquellos primeros días de aprendizaje del árabe disfrutaba hasta de los atascos que me permitían repasar los números y el alfabeto en la matrícula de los coches. Aprender árabe era un espejismo al que se podía llegar andando. A este ritmo, pensaba, pronto estaré contándole anécdotas a mis amigos del parque a quienes ahora solo sonrío, pronto leeré los titulares del periódico *Al Wasat* en una de las teterías del zoco donde se reúnen –sentados en altos bancos de madera, sobre la mesa el vaso de té y la cajetilla de tabaco– los teatrales comerciantes de esmeraldas. En plena euforia yo no imaginaba que aquellas primeras palabras acabarían siendo también las últimas.

En los días más inspirados memorizaba frases enteras de una utilidad dudosa. El balón está detrás del coche blanco. La chica es alta y guapa. ¿Me puedes recomendar un buen restaurante cercano? A veces me aprendía frases hechas a medida. Por ejemplo: «Soy Emilio, soy de Santander, una ciudad junto al mar y la playa.»

La primera vez que utilicé esa frase fue en la quinta planta del periódico *An Nahar* en Beirut, en el impecable despacho con moqueta de la escritora Joumana Haddad. Yo llevaba apuntados en mi cuaderno estos versos suyos: «Soy lo que me dijeron que no pensara, que no dijera, no soñara, no me atreviera. Soy lo que me dijeron que no fuera.» En un español perfecto, con acento colombiano, me dijo que estaba descubriendo la fuerza erótica del árabe clásico mientras traducía al Marqués de Sade al idioma del Corán. Le pregunté cuál era su lugar favorito de Beirut: dudó unos segundos antes de señalarse su cabeza. Ningún entrevistado me dio nunca una respuesta tan redonda. Al despedirnos, me pidió que le dijera algo en árabe. Me quedé bloqueado, ella insistió. Con horror, me escuché diciendo: «Soy Emilio, soy de Santander, una ciudad junto al mar y la playa.»

Cuando terminé mi frase, ella me miró como si todavía estuviera esperando. Fue un momento muy extraño, casi humillante. Joumana es de Beirut, una ciudad junto al mar y la playa, que siempre está en guerra. Luego me escribió una dedicatoria en árabe en el ejemplar de uno de sus libros. En la calle, en esa monstruosa plaza de los Mártires, leí la dedicatoria y no supe encontrar ninguna equivalencia entre el alfabeto árabe de mi cuaderno de ejercicios infantil y los trazos seguros pero nerviosos de la periodista libanesa. Ya para entonces no había restos de vértigo ni de espejismo.

Viví dos años en Bahréin, el país que ocupa el puesto 167 (sobre un total de 180 naciones) en la clasificación de libertad de prensa elaborada por Reporteros Sin Fronteras. Nunca conseguí aprender árabe. Tampoco me convertí en un reportero valiente, ni siquiera en un reportero pusilánime. A veces me daban pinchazos de frustración, casi como un mareo, cuando, después de la piscina, recién duchado, cómodamente instalado en el sofá de casa, me informaba por Twitter de lo que estaba ocurriendo a cien metros de casa o cuando una racha de viento cargada de gas

lacrimógeno me obligaba a suspender el partido de tenis, y yo me sentía ridículo con mis pantalones cortos y mi raqueta en la mano. Cuando estuvo claro que no me convertiría en un reportero clandestino, pensé en escribir una novela de espías tipo Graham Greene, protagonizada por un expatriado cínico, posiblemente británico o tal vez agregado cultural de la embajada francesa –en cualquier caso, alcoholizado–, que se arruina apostando en las carreras ilegales de caballos celebradas, de madrugada, alrededor del fuerte portugués junto al mar. La idea era arrancar con esa escena –los caballos de madrugada en el foso del fuerte– y luego, nada podía salir mal, explicar magistralmente las mil caras de Oriente Medio a través de una eficaz trama de espías. Hubo momentos de euforia en los que creí compatibles todos mis sueños: entrevistar a disidentes, fotografiar coches ardiendo, contar chistes en árabe con mis amigos en el parque, escribir novelas, montar yo mismo a caballo de madrugada, qué sé yo, ir nadando a Arabia Saudí, cuyos edificios podía ver en los días claros desde el puerto de pescadores de Budaiya, muy cerca de casa: solíamos ir allí con frecuencia a ver el atardecer, y como nunca pude viajar a Arabia Saudí, terminé asociando ese país con un sol que nunca termina de hundirse en el mar porque antes se lo traga una nube pixelada.

Viví dos años en Bahréin, y en ese tiempo llené de notas varios cuadernos azules de tapa dura, como los que utilizan para contabilidad los indios de las *cold stores*, ultramarinos saturados de luz fluorescente. Al volver a Madrid nunca cambié la configuración de la tablet. Aún hoy, cuatro años después, la pantalla informa: «Budaiya, 18 grados, despejado.» Durante una época, lo primero que pensaba al despertarme era en Bahréin. Era un pinchazo en la cama. Este libro empezó siendo ese pinchazo.

UN LUGAR

Bahréin es un lugar que no es Qatar ni Dubái ni Abu Dabi ni forma parte de los Emiratos Árabes Unidos, ni tampoco es Arabia Saudí, ni es ninguno de los aeropuertos de Oriente Medio en los que alguna una vez hiciste escala cuando volabas a Tailandia. Ni siquiera es el sultanato de Brunéi, que es el país con el que yo confundí Bahréin cuando Carla recibió una llamada de teléfono y repitió, con timbre de duda, la palabra que le acababan de recitar del otro lado de la línea: «¿Bahréin?» Antes de que Carla colgara, supe que esa llamada era una oferta de trabajo y supe que Carla la aceptaría y que yo la seguiría. Busqué Bahréin en Google y en las fotos aparecía una rotonda con una escultura gigante en forma de pulpo blanco, jóvenes encapuchados lanzando cócteles molotov y coches de Fórmula 1. Era julio, íbamos en la parte de atrás del coche de mis padres, y al otro lado de la ventanilla había una península en forma de ballena y paredes verticales de granito.

Entonces no sabía que Bahréin había sido colonia británica, el puerto más importante del comercio de perlas, pionero en el descubrimiento de pozos petrolíferos, centro financiero más importante de Oriente Medio tras la guerra en Beirut, único país musulmán –junto con Irán, Irak y Azerbaiyán– de mayoría chií, pero gobernado por una monarquía suní, una sociedad que combinaba la tolerancia religiosa más avanzada del Golfo con venas subterráneas de rigorismo wahabí y rigorismo chií, el campo de batalla perfecto para una guerra proxy (otra más) entre las dos potencias regionales, Arabia Saudí e Irán; no sabía que Bahréin había sido pionero en la lucha obrera del mundo árabe, el primer país de la región en el que se fundaron sindicatos y a la vez el país que ahora acogía un sistema de explotación capitalista cercano a la esclavitud; el primer país musulmán en despenalizar la homosexualidad, sede de la Quinta Flota americana, futura sede de la flota británica y de la mayor catedral católica de Oriente Medio. Todo esto en una isla del tamaño de Menorca en el golfo Pérsico, que los árabes llaman golfo Arábigo. Corrijo: un archipiélago de treinta y tres islas, y ni siquiera este dato es cierto porque entre que escribo estas líneas y tú las lees habrán surgido nuevas islas artificiales construidas en terreno ganado al mar.

Si miras un mapa de la península arábica, verás que en la costa oriental surge una especie de protuberancia, como un dedo apuntando hacia Irán. Esa península es Qatar, y a la izquierda de Qatar, en dirección a Arabia Saudí, en algunos mapas, solo en los muy detallados, hay un punto minúsculo. Eso es Bahréin. Y en la costa noroccidental de la isla de Bahréin, en un pueblo llamado Duraz (pronúnciese Diráas), estaba mi casa.

Antes de tener nuestra propia casa, antes de que yo me instalara definitivamente en el país, Carla vivió año y medio en un hotel de Adliya, el barrio de bares y restaurantes, muy próximo a la base de la Quinta Flota americana, al palacio real y a la mezquita más grande del país. Desde la habitación del hotel de Adliya, en desesperantes sesiones interrumpidas de Skype, Carla me fue contando sus primeras impresiones. Yo había leído algunos artículos de Mónica G. Prieto en *Cuarto Poder* y tenía un puñado de datos genéricos en la cabeza: mayoría chií, gobierno suní, una revuelta en 2011, la invasión de Arabia Saudí. Eran datos abstractos, notas de una enciclopedia a las que poco a poco Carla fue añadiendo detalles concretos y actualizaciones sobre el terreno: el

calor inexplicable y la extrañeza del paisaje, autopistas y descampados, un cielo desenfocado siempre borroso, una calle cerca del hotel con varios puestos de shawarma que tenía «cierto encanto». Recuerdo que pronunció esas palabras, «cierto encanto», con un tono de duda y resignación.

Carla me dijo que su empresa había contratado los servicios de una consultoría de seguridad. Pensé en algo serio –guardaespaldas e itinerarios personalizados–, pero me aclaró que se trataba de un simple email semanal con información supuestamente actualizada de los lugares donde podría haber incidentes en los próximos días: en cuatro años no acertaron nunca.

«Dicen que a veces hay carreteras cortadas con neumáticos», dijo Carla con más sorpresa que miedo. En su itinerario diario desde el hotel a la oficina no había visto nunca ninguna manifestación. En 2013, dos años después de las revueltas, era posible moverse por Bahrein sin intuir siquiera ese malestar. Bastaba con evitar los pueblos chiíes, construirse una rutina entre Adliya y los *malls* (centros comerciales) de Seef. Un día Carla les puso imagen a esos rumores: «Desde la ventana del hotel he visto varias columnas de humo.»

En Adliya, esas columnas de humo de los neumáticos quemados solo podían verse desde lo alto, jamás a ras de tierra. Adliya era una cápsula al margen del resto del país, y el hotel era una torre de cristal que en los meses de verano sudaba manchurroneos de vapor como la puerta de una sauna. Si tenías suerte y te tocaba una habitación en los pisos superiores, las vistas eran formidables: edificios, minaretes, descampados, autopistas, los jardines del palacio real, a veces todo envuelto por esa bruma sucia de calor, arena y petróleo. En la entrada del hotel había un hall de suelo de mármol, con columnas de barroquismo neobabilónico y lámparas versallescas. La limpieza en los pasillos era obsesiva, rayando en la paranoia, como corresponde al lujo sostenido por esclavos que frotan ininterrumpidamente suelos de mármol blanco que brillan como estanques. Era el tipo de hotel en el que se aloja el embajador de Kuwait mientras terminan las obras de la embajada –me cotilleó el limpiador bangladesí–, hombres y mujeres de negocios, algunas familias saudíes de turismo y muchos marines americanos. A veces coincidían todos en la barra del pub irlandés Sherlock Holmes: el saudí con zaub, el americano mazado y la prostituta filipina. En su primer día en Bahrein, a Laura, una asturiana de veinticuatro años que esperaba sola a un compañero de trabajo, se le acercó un soldado a preguntarle el precio. El Sherlock era una cueva gigante y oscura con varias pantallas de todos los tamaños retransmitiendo todas las ligas europeas y del golfo Pérsico. Era inevitable apartar los ojos de la Premier y fijarte en los partidos de la liga saudí que nadie más miraba: jugadores entrañablemente torpes, aficionados con zaub en las gradas casi vacías. El salmón que allí servían era de un naranja de zumo de polvos Tang, la camarera etíope nos conocía por nuestro nombre, el chulo de las putas filipinas daba un poco de miedo cuando jugaba solo a los dardos, los grupos de marines gritaban alrededor de la mesa de billar como adolescentes en viaje de fin de curso, aunque a veces esos viajes les llevaban a destinos tan poco apetecibles como Irak. Solía coincidir y cruzar algunas frases en la colada con un soldado gigantesco, pero nunca logré descifrar su acento. A veces los marines abarrotaban la piscina y aguantaban horas al sol en verano mientras el resto de los clientes nos refugiábamos en la sombra. Si tenías paciencia podías ver cómo se iban poniendo rojos y borrachos, y si te fijabas mejor podías detectar en ese circo todos los roles humanos del colegio, desde el feúcho tímido haciendo reír a una pelirroja tatuada, hasta el matón carismático a quien en verdad ha estado mirando de reojo la pelirroja tatuada todo el rato. Yo los miraba a todos. Las historias sobre marines borrachos eran un subgénero dentro de las historias de expatriados. Las mejores historias de marines eran las que contaba Jesús, que era capaz de imitar a un ruso, a un japonés, a un árabe,

a un trabajador asiático, a la presentadora de la televisión norcoreana anunciando la muerte del amado líder, a vascos argentinos catalanes andaluces, a franceses hablando inglés, a los marines desatados que conoció en el brunch del Ritz, que prometían acabar ellos solos con el ISIS: «*I'll kill them alllll.*»

Adliya era una alucinación conveniente: el occidental expatriado podía pensar que estaba en un sitio parecido a casa, el gobierno podía presumir de tolerancia y relajación de costumbres, los ricos saudíes podían respirar de su cárcel sin necesidad de coger un avión: les bastaba con cruzar en coche el puente de 25 kilómetros que une ambos países. Una vez al año los jóvenes artistas locales podían jugar a ser berlineses y organizar uno de esos mercadillos de artesanía, moda y conciertos al aire libre, el tipo de eventos que en Europa yo hubiera mirado con condescendencia pero que en Bahrein esperaba con el nerviosismo de una promesa excitante. Había grafitis vagamente banksyanos, paradas de autobús –donde no paraban autobuses– construidas con madera de colores, cactus hechos a base de tornillos, bidés convertidos en macetas pegadas a las paredes, puestos de camisetas con la inscripción Abbaya Road y el dibujo de cuatro mujeres en abaya negra cruzando un paso de cebra. Productos ecológicos, moda libanesa, gofres con chocolate.

Adliya tenía su propio escaparate: escasos quinientos metros de calle en cuyo centro reinaba la terraza afrancesada –pequeñas mesas redondas muy juntas– del restaurante Lilou donde, al igual que en el resto de las terrazas que daban a la calle, no se servía alcohol (que sí podía beberse en las azoteas, o en los patios o puertas adentro). Allí se sentaban hombres de negocio con traje o zaub, amigas expatriadas con escote sorbiendo tanques de zumo de limón y menta, mujeres saudíes con nicab o abaya o con el pelo descubierto, pero siempre con tacones y bolso Gucci: había que verlas bajando de su todoterreno, con el móvil en la mano, como actrices en la alfombra roja, soberbias, casi amenazantes. La calle estaba siempre plagada de coches de alta gama aparcados en doble fila o haciendo la pasarela en bucle ida y vuelta por la calle estrecha, dejándose ver, con la música a todo volumen. Se podían ver grupos de amigos árabes con visera, escuchando rap, motoristas en HarleyDavidson disfrazados de Ángeles del Infierno.

En Adliya había también un puñado de calles peatonales y restaurantes gigantescos con una desacomplejada decoración kitsch, sin la menor tentación minimalista, a la manera de los restaurantes de Port Aventura. En Bahrein, todos estos excesos eran acogedores: después de conducir por autopistas y descampados grises, cualquier fogonazo inesperado iluminaba el espíritu. En Adliya había siempre algún edificio en obras cubierto por una lona publicitaria que anunciaba la inminente apertura de un nuevo restaurante internacional. Cuando pasaba un año y las obras seguían detenidas, yo sentía esa calidez del paisaje que no cambia, la seguridad del tiempo congelado. En Adliya podías comerte un filete por 100 euros y tallarines en patios tailandeses con estanques de diseño. Resumiendo, Adliya era el tipo de barrio en el que abrían un restaurante llamado Vinoteca Barcelona o una cervecería Ámsterdam con una pantalla de televisión en cada mesa para ver el fútbol. En la Vinoteca Barcelona coincidí con periodistas de la oposición, con el exfutbolista argentino Batista, que fue croqui de Panini en el Mundial 86 de México y ahora entrenaba a la selección de Bahrein. Ahí comió el rey Juan Carlos invitado por el rey de Bahrein cuando fue a ver la Fórmula 1. Ahí me tomé la primera cerveza, Estrella Mediterránea, el día de mi boda.

En Adliya, supe mucho más tarde, exactamente una semana antes de volver a España, había un centro de detención. Allí estuvo recluido, en 1995, el poeta Ali al Jallawi, a quien conocería en su exilio en Berlín en 2017. Paseando por Neukölln, Ali me enumeró con resignación los tres grandes tabúes del mundo árabe: sexo, política y religión, que son también los tres grandes temas sobre los

que él querría escribir una gran novela que nunca escribirá por miedo a no poder volver a Oriente Medio. Al Jallawi dejó de fumar en el exilio en Beirut –compartía un minúsculo piso con otros exiliados, a uno de los cuales echaron porque roncaba demasiado alto– y está dejando de escribir en su exilio berlinés. Ahora prefiere pintar mujeres desnudas de las que no podría escribir. La pintura, como la fotografía, es siempre más inofensiva que la palabra.

«Trabajé los primeros años de mi vida asombrado por todo lo que veía. Normalmente llevaba mi ropa del revés, perseguía pájaros y reunía melocotones de los vecinos en mis bolsillos, inconsciente de la maldición que llegaría. Fui el octavo entre mis hermanos y hermanas. Cuando mi padre descendió de la noche, fragante de oraciones y agua de rosas, su deseo era crear un imán, por eso me llamó Ali», escribe Ali sobre su infancia en un pueblo chií de Bahrein.

A los catorce años Ali al Jallawi se enamoró de la hija de su vecino. «No podía decirle nada, así que escribí un poema.» El niño Ali, que soñaba con convertirse en un clérigo dedicado al estudio de las escrituras sagradas, estaba sintiendo la antesala del primer tabú del mundo árabe: el sexo.

El segundo tabú, el de la política, le estalló al poco tiempo. En los libros prohibidos que los tenderos de Manama le ofrecían bajo cuerda y en la represión policial que se extendía por su pueblo y por todo el país. Empezó a escribir versos críticos contra el gobierno. Con diecisiete años recibió el primer reconocimiento oficial: ser encarcelado por poeta.

El tercer tabú, la religión, la confrontó durante los tres años que pasó en la cárcel entre 1995 y 1998. «En la cárcel tienes mucho tiempo para pensar. La mayoría busca un consuelo y se hace más religiosa, a mí me ocurrió al revés.»

La monarquía suní bahreiní le persigue y los clérigos chiíes le acusan de blasfemo y pornográfico, pero él confía en volver a Bahrein algún día. Como él hay millones en todo el mundo árabe, pero siempre quedan fuera del radar de quienes resumen la Primavera Árabe como un complot de islamistas y servicios de espionaje occidentales. «Libertad también es una palabra árabe», escribe Ali.

Cuando estuvo detenido en Adliya, los otros presos le preguntaban a través de los muros de las celdas qué iba a pasar con ellos. Le preguntaban a él porque sabían que tenía experiencia: ya había sido detenido cuando tenía diecisiete años. En su celda alguien había dejado un mensaje: «Los pájaros no alzan el vuelo muy lejos del suelo», y el autor de esa frase, Abu Maqhur, se convirtió en una especie de hombre santo para él. En su primer interrogatorio, el policía al otro lado de la mesa escribió la palabra «Dios» en un pequeño trozo de papel, se la mostró a Ali y le preguntó: «¿Sabes lo que es?» Ali asintió. El policía prosiguió: «Dios está en el cajón y yo estoy aquí.» A continuación, abrió el cajón y sacó una pistola: «Podría matarte y tirar tu cadáver a la basura y, créeme, nadie preguntaría por ti. Así que confiesa.» En sus memorias, *Dios después de las diez en punto*, Ali escribe: «Sí, estoy orgulloso de ser mestizo. No pertenezco a ninguna clase social pura, ni a una raza pura ni a una tribu que pueda civilizarme con su nobleza mientras impone con la fuerza su autoridad sobre los demás. Soy el hijo del primer núcleo, que puede ser considerado arcilla. De ahí procede mi estatus como humano, no de la jaima de una tribu, ni de una escuela de autoridad religiosa ni de la pertenencia a una raza pura. Si prefieres, procedo de una especie de medusa luminosa, y tal vez se necesitan más de mil cuatrocientos años para ser consciente de la luz que emana de su interior. Esta medusa pertenece al agua y hay un mundo de diferencia entre el agua y el desierto.»

En Adliya pasé algunos de los momentos más memorables en Bahrein. Mi plan perfecto un jueves por la mañana (el fin de semana es viernes y sábado) era desayunar unos huevos benedictinos en la terraza de la cafetería-galería de arte Al Riwaq, luego ir al barbero indio y pasar por la tienda de alcohol del Gulf Hotel a comprar veinticuatro latas grandes de Efes Pilsen. Adliya era siempre promesa de algo bueno. Adliya, escribe Ali, suena como Adamiyya, el no lugar, el sitio que destruye tu capacidad para soñar.

LA DACHA

Mohamed hablaba con la locuacidad del tímido y fumaba con urgencia adolescente. Conducía un incomodísimo jeep negro, más adecuado para unas vacaciones en Menorca que para un atasco en una autopista del Golfo. Mohamed era nuestro agente inmobiliario: así llamaban los expatriados al comercial que te buscaba casa. Fumaba mientras nos esperaba en el parking de los diferentes supermercados donde nos citaba, fumaba y ofrecía cigarrillos mientras conducía –con toda la brusquedad que le permitía la caja de cambios–, fumaba dentro de las casas que nos enseñaba. Fumaba mientras nos explicaba que su país era una mierda pero que si viviera en Londres él mismo sería una mierda a ojos de los británicos, y fumaba la noche que celebramos en un bar de Adliya la firma del contrato de la casa. Ese día me contó que era hijo de madre suní y padre chií –o sushi, contracción del inglés sunni y shia–, pero que él era ateo, como lo eran sus padres. Él fue el primero que me dijo esa frase, «Mi madre antes llevaba minifalda», que luego me repitieron tantos amigos tantas veces que llegué a pensar que era una especie de leyenda urbana que nadie nunca se había tomado la molestia de comprobar. Luego añadió, con una mezcla de rabia y envidia: «En Bahrein, en los sesenta, todo el mundo follaba con todo el mundo.» Bebía con ansiedad y forzaba un entusiasmo acartonado, algo parecido a la tristeza. Tenía esa punzada de fragilidad y extrañamiento de los bahreiníes laicos, esa angustia tan real, tan alejada de la pose europea, de quien no tiene ningún hueco en su país. «Es como vivir en la casa de las vírgenes suicidas: usted no sabe lo que es ser veinteañero en una isla del Golfo.»

Los primeros días Mohamed nos mostraba casas gigantescas de precios muy por encima del dinero asignado por la empresa de Carla. En esas rutas por la opulencia del Golfo abundaban las villas «europeas», con grandes ventanales, porches y jardines a la vista. No había rastro de la casa tradicional árabe con muros de adobe en torno a un patio interior, sin más ornamentación exterior que las celosías de madera o yeso –que permitían a la mujer mirar sin ser vista–, o las torres de ventilación que sobresalen como almenaras para capturar la brisa: el aire acondicionado ecológico del Golfo. En Bahrein solo se conservaban un puñado de ellas, sobre todo en Muharra, reconvertidas en museos o en sedes gubernamentales o diplomáticas.

Le dijimos a Mohamed que eliminase de la lista los pisos modernos de Reef Island o Amwaj, comodísimos e impersonales como un hotel de ejecutivos, después que redujera el tamaño de las casas, luego que moderase la fantasía de salones con escalinatas a dos niveles, las paredes con hornacinas, las fachadas con columnas y balaustradas, las macetas como jarrones de Versalles. Le convencimos de que no necesitábamos vivir cerca de un centro comercial ni de un Costa Coffee. Queríamos verde, césped y árboles, resumiendo: un sitio que no se pareciera a Bahrein descampados-polvo-cemento, queríamos una casa por la zona norte, allí donde aún podía imaginarse, con muchísimo esfuerzo, ese paisaje de huertos y palmerales que, contaban mis amigos, alguna vez, no hace tanto tiempo, se extendió por gran parte de la isla antes de que el gobierno arrasara con todo; ese oasis de fuentes naturales al que los textos babilónicos llamaron «paraíso» y «el árbol de la eternidad». Había que esforzarse mucho para imaginarse el paraíso cuando uno conducía por la autopista de Budaiya con el sol de frente, el todoterreno saudí

comiéndote el culo por detrás, y el autobús/vagón sin aire acondicionado de los esclavos asiáticos delante y la tanqueta antidisturbios llena de pegotes de pintura en uno de los descampados laterales.

A pesar de nuestras indicaciones, Mohamed puso todo su entusiasmo en enseñarnos casas que no cumplían con ninguno de nuestros requisitos. Yo por entonces pasaba todo el día metido en el hotel de Adliya, por lo que esperaba con ilusión esas excursiones de casas y, en cierta manera, disfrutaba con la cabezonería de Mohamed. Un día nos llevó a una urbanización con casas en forma de caravasar del desierto y terrazas dispuestas como en un cuadro de Escher. «Esta urbanización pertenece a una inmobiliaria propiedad del primer ministro», nos dijo Mohamed. No sé si era verdad o parte de la leyenda que rodea al primer ministro no electo más longevo del planeta, Jalifa bin Salman al Jalifa, en el cargo desde 1970. De él se contaban historias fabulosas. Por ejemplo, que tenía una enfermedad de la sangre que se trataba con transfusiones de los nativos de una isla de Indonesia. Pero la historia más sorprendente era completamente cierta: compró por un dinar (dos euros) los terrenos ganados al mar sobre los que luego se construiría el puerto financiero de Manama.

Una amiga coincidió con él en la entrega de premios de una exposición de arte. Cuando oyó el apellido de mi amiga, el primer ministro sonrió con una mezcla de nostalgia y cinismo: había reconocido en ella al familiar de un antiguo opositor. En un lugar tan pequeño, las rencillas políticas son tan familiares como los cotilleos de una ciudad de provincias.

A Mohamed le insistimos en que nos buscara casa por la zona norte de la isla. No nos hizo caso. Volvimos a insistir. Siguió sin hacernos caso. Pensé que era uno de esos problemas de comunicación que bachean los primeros días en un país extranjero. No es un problema de idioma (Mohamed hablaba un inglés perfecto), sino algo más sutil, más denso e irresoluble: planos de realidad paralelos. «No es buena zona», dijo por fin, «es zona de barricadas.» Se refería a los neumáticos quemados y a los gases lacrimógenos de los enfrentamientos entre los chavales de los pueblos chiíes y los antidisturbios. Esas nubes de humo que Carla había visto desde su habitación del hotel de Adliya. Esos incidentes de los que alertaba, sin acertar nunca ni el sitio ni la hora, los emails de la empresa de seguridad. Justo después de las revueltas de 2011, varias empresas extranjeras prohibieron a sus empleados residir en esa zona. Muchos expatriados habían abandonado sus casas en los pueblos del norte y los precios habían bajado casi un 30 %.

Un día Mohamed nos llamó por teléfono entusiasmado y nos dijo que había encontrado nuestra casa. Sonreía, convencido de su hallazgo, cuando nos citamos con él en el aparcamiento de un centro comercial. «Una casa en un *compound* con jardines en la zona norte», resumió con la boca llena de humo. Montamos en su jeep negro. El tramo de la carretera de Budaiya del que salía el desvío a la casa estaba en obras, y estuvimos atascados durante media hora. Al poco de girar, dejamos a la derecha uno de esos depósitos de agua en forma de tornillo colosal que tanto se ven en la isla, y que sirven de marcas de orientación, como las rotondas, los minaretes y el sol que se pone por Arabia. Seguimos por un muro de piedra, giramos suavemente a la derecha y nos detuvimos frente a una puerta de madera cubierta con hojas de palmera seca. Al abrirse la puerta, comprendimos que Mohamed tenía razón. Gilgamesh y los antiguos babilonios tenían razón: una hectárea de césped, palmeras, un pequeño lago, un poni blanco, pavos reales junto a la piscina. Antes incluso de ver la casa por dentro, Carla y yo habíamos decidido con una mirada que nos quedaríamos allí a vivir. La mitad de las casas de la urbanización estaban vacías, así que fue fácil

negociar con el gerente, un indio de bigote que dijo que sí a todas nuestras peticiones: pintar paredes, cambiar cortinas, arreglar la escalera del jardín –donde meses más tarde vi por primera vez una lluvia de hormigas, cascada negra eléctrica y burbujeante–. Antes del apretón de manos podíamos pedir todo lo que quisiéramos. Recuerdo que Carla dijo que no a un lavavajillas, me acordé todo el año de ese momento. En el salón luminoso con puertas al jardín pondría mi despacho. En el jardín delantero, una hamaca. En el hall de entrada podría jugar al fútbol, pensé. Ya teníamos una dacha en el Golfo.

EL PARQUE

Duraz, Barbar, Jannusan, Karranah, Karbabad, Al Qala. Me gustaba recitar de carrerilla los pueblos chiíes de la costa norte, desde casa hacia Manama. Casas pobres de puertas metálicas en calles estrechas junto a chalés opulentos de colores pastel, balaustradas neoclásicas y altos muros; un palmeral junto a un descampado vertedero, descampado resaca de mercadillo, descampado pintoresco mezquita de fondo atardecer cielo rojizo, descampado cascotes de obras y coche desguazado, descampado granja con pollos y una palmera polvorienta, descampado campo de fútbol, descampado de críquet los viernes, día libre de los esclavos.

La vida callejera de los pueblos estaba reservada a los hombres y tendía a concentrarse en los tramos de la carretera de Nakheel, que circula paralela al mar, pero siempre de espaldas al mar, atravesando todos los pueblos del norte, entre rotondas diminutas y coches en doble fila. No se ve el mar desde la carretera, como tampoco se imagina el mar desde el interior de los pueblos costeros. En los 15 kilómetros de litoral desde Duraz hasta Manama solo había algunas cabañas de madera o pequeñas barracas con tetera, televisor y sofás antiguos donde los hombres se reunían para tomar el fresco. Eran, junto a los parques, los únicos centros de socialización al margen de la mezquita y las *matams* (centros de reunión chiíes, donde se charla, se reza, se leen textos religiosos e incluso se celebran bodas).

Por la mañana, las calles de los pueblos estaban casi desiertas, salvo algún indio en bicicleta; al mediodía aparecían los puestos de verdura en las rotondas diminutas de la carretera de Nakheel donde los más perezosos podían comprar sin bajarse del coche, como un *drive through* rural de tomates y calabacines; al atardecer aparecían los niños en bicicleta cruzándose delante de los coches como quinquis a la fuga, y los jóvenes a caballo, con pantalón de chándal ajustado, chanclas playeras y mechones de melena por la nuca. En las minúsculas aceras, sobre sofás deshilachados, se sentaban viejos y jóvenes en paro a ver pasar los coches: todoterrenos de lujo, viejos coches japoneses y algún carro tirado por burros; por la tarde surgían las pescaderías con sus montañas de neveras de corcho cubiertas por lonas. Parecían siempre fuera de lugar salvo en el tramo de Jannusan: ahí los barcos enganchados a los remolques en el descampado aportaban un grano de veracidad marítima y de apariencia de frescura; después del rezo de la tarde se empezaban a formar grandes colas delante de la panadería con horno redondo cavado en la pared, que parecía de leña, pero era de gas, y en cuyas paredes interiores pegaban, con ganchos metálicos, redondas masas de pan como plastilina cruda. En el mostrador de barrotes metálicos depositabas las monedas y recogías la bolsa de plástico llena de pan sudado. Hileras de *cold stores* iluminadísimas donde nunca vendían alcohol, ni tampoco tónica ni hielo; los restaurantes de kebab con coches desordenados en algo que llamaremos, por aproximación, doble fila; las barberías donde un indio depila los poros de la barba con un hilo anclado entre los dientes y tensado con las manos que se mueven en el aire a latigazos como si volaran una cometa o descargaran un piano; las lavanderías diminutas como cabinas telefónicas, las mujeres cubiertas de negro que a veces aparecían de espaldas en la curva del cementerio de Duraz. A todas horas, el anciano con zaub y turbante que recorría Nakheel en una bicicleta-silla de ruedas saludando a todos los conductores.

Mi casa estaba cerca del mar, y junto al mar había un parque al que los chicos de Duraz llamaban playa. Enfrente del parque, a apenas trescientos metros de la costa, surgía la Northern Island, una isla artificial con una superficie de siete kilómetros cuadrados que ahogaba las vistas y la pesca de la costa de los pueblos chiíes. Con la isla –y con los puentes que la comunican con tierra firme– desapareció la antigua playa y la pesca y la sensación de mar abierto. En su lugar quedó una laguna de agua estancada con algunos pequeños barcos fondeados.

Era raro ver expatriados occidentales en ese parque. Los que vivían en las urbanizaciones de la zona tenían sus propios jardines y sus propias piscinas y cuando salían de casa preferían conducir hasta al Country Club o el British Club, donde podían jugar al tenis y tomar una pinta de cerveza mientras veían un partido de la Premier.

En los *compounds* (urbanizaciones) de la zona norte no solo vivían expatriados occidentales, también había bahreiníes, libaneses, egipcios y familias árabes de vida más «occidentalizada», es decir, aquellos a quienes no les importaba coincidir con una mujer en bikini en la piscina o que los vecinos hiciesen fiestas con alcohol en el jardín. A diferencia de los *compounds* de Arabia Saudí –grandes ciudades amuralladas, fuertemente vigiladas, alejadas de núcleos de población saudíes– la mayoría de los *compounds* de Bahreín (sobre todo los de la zona norte) eran pequeños y se integraban con más naturalidad y mucha menos histeria en la cercanía de los pueblos. El muro de mi urbanización daba a una calle del pueblo de Duraz, la entrada era un viejo portón con cerrojo de verja, cubierto con hojas de palmera y toda la seguridad era un indio dormido en la garita que daba de comer a los gatos. En Bahreín no había habido atentados yihadistas contra expatriados occidentales como en Arabia Saudí. Sí se produjeron, en los noventa y durante las revueltas de 2011, ataques contra trabajadores asiáticos acusados de ser informantes de la policía. En Bahreín un occidental no siente miedo ni desprecio.

Había una segregación espontánea entre la vida en los *compounds* y la vida de los pueblos. Era una convivencia de planos paralelos, sin hostilidad ni desconfianza aparente, pero llena de matices y sobrentendidos, especialmente para las mujeres. A una expatriada occidental no se le ocurriría ir a pasear sola y sin abaya por las calles interiores de un pueblo, salvo en los tramos comerciales de la carretera de Nakheel. La mayoría de los hombres tampoco lo haría, pero en su caso por puro desinterés, nunca por «incomodidad».

Un bahreiní religioso nunca viviría en un *compound* de expatriados, y de la misma manera había una ley no escrita que impedía a los expatriados occidentales residir en el centro de los pueblos. Meses antes de mudarme a Duraz, la policía había detenido y expulsado del país a tres jóvenes estadounidenses, estudiantes de antropología, que vivían en el pueblo. Los acusaron de espionaje, un cargo delirante incluso para los estándares de la propaganda gubernamental. Lo que temía el gobierno era que fuesen periodistas documentando la represión sobre los chiíes. Entre su casa y la mía había solo cien metros y un pequeño muro fácilmente escalable. Un muro en apariencia de adorno pero que en la práctica dividía dos mundos que no debían mezclarse.

Los jóvenes de Duraz se reunían todas las tardes alrededor de unas barras de ejercicios que ellos mismos habían comprado e instalado. Miraban la Northern Island con resignación y se reían cuando yo les preguntaba si alguna de esas casas sería para ellos. Entonces yo no sabía que años atrás los vecinos de Duraz se habían rebelado contra el proyecto de la isla. Hubo enfrentamientos con la policía y el gobierno se vio obligado a negociar: prometió que un porcentaje de las casas de protección pública que allí se construirían serían para los vecinos del pueblo. Luego vendió todo el terreno a una inmobiliaria privada.

Haciendo flexiones con mis amigos del parque aprendí a contar en árabe con fluidez. Digo

fluidez por la velocidad y por el automatismo, no por el acento, que a ellos siempre les hizo gracia, sobre todo cuando pronunciaba cuatro, *arbaa*, como un balido de cabra borracha. Con ellos aprendí a no confundir gárgara, que significa gárgara, con *gaaraageer*, que en el dialecto bahreíní significa huevos. Con ellos repasé todas las palabras en español que suenan como en árabe: pantalón, almohada, aceite, zapatos. Con ellos aprendí fórmulas de saludo informales: *slonek* y *sajbarek*, palabras que luego el profesor egipcio de la academia de árabe rechazaba con disgusto. Aprendí el significado de sus nombres: el virtuoso, el constructor, el siervo de Dios.

Hablábamos poco, sonreíamos mucho, celebrábamos historias cómicas con carcajadas exageradas, nos chocábamos las manos como niños imitando a pandilleros del Bronx. Ninguno bebía alcohol. No se hablaba de mujeres. Nunca nos fuimos de cañas. Todos se marchaban siempre antes del anochecer para no perderse el rezo en la mezquita.

A Abdulá le gustaba imitar al Vito Corleone de *El Padrino*. Estaba en paro y, salvo los ejercicios en el parque y algún recado familiar, se pasaba todo el día metido en casa jugando a juegos de guerra online y viendo series americanas. «Ayer no dormí, me quedé toda la noche viendo capítulos de *Dexter*», me dijo un día con cara de espanto culpable. Tal vez fue por aquella época de maratones de series americanas cuando, mirando a las palmeras y los columpios junto al mar, me dijo que toda la costa norte de los pueblos chiíes podría ser como Miami. Me recordó a ese otro chico que comparó Juffair con California. Siempre me sorprendió esa querencia icónica americana por parte de jóvenes y piadosos chiíes.

Subido a las barras, Abdulá hacía coreografías asombrosas como la bandera. Era diez años más joven que yo, pero su carisma —a su alrededor se juntaban los niños, los adolescentes, los veinteañeros y los cincuentones— me hacía sentir como su primo pequeño. Me llamaba «hermano», en español, y me enseñó a caminar sin caerme por las barras de equilibrio y a flotar sobre una pierna. Más tarde descubrí que caminando por esa barra podía controlar mi ansiedad algunas mañanas, cuando el parque estaba casi vacío y de fondo se escuchaba la megafonía del colegio anunciando el final de una clase. En esos momentos, en el parque estaba solo con los asiáticos lavadores de coche, sentados en el bordillo, con su esponja y su cubo, a la espera de que vinieran clientes del pueblo.

A veces, por la tarde, se oía el chirrido de los coches derrapando en el aparcamiento. La velocidad, en el Golfo, es una de las pocas vías de escape socialmente permitidas. A falta de botellón, en la isla de Nurana se juntaban cientos de personas en un desfile de rugidos y olor a neumático quemado, que a mí me producía cierta aprensión. El contrapunto a los coches derrapando era el rebaño de cabras que dos niños pequeños sacaban de una mansión rosa con balaustrada y columnas, y los autobuses sin aire acondicionado de los exhaustos trabajadores asiáticos que salían en caravana por el puente de la Northern Island.

«Cariñito», de Los Hijos del Sol, sonaba en todas las fiestas y los amigos bahreíní terminaron por aprenderse el estribillo de memoria. Cantaban como si picotearan el aire con la cabeza, al ritmo del silbido de Carla, dedos en los labios, el brazo al aire: «Nunca pero nunca me abandones cariñito.» Me gustaba escuchar esa canción en bucle siempre que conducía por la carretera de Nakheel a través de los pueblos chiíes. El paisaje era un videoclip extraño, una disociación de abayas y palmeras con fondo de ritmos andinos y amazónicos. La cumbia del Golfo.

En la radio podías sintonizar la emisora de la base americana, programas de música india o el servicio internacional de la BBC: escuché la historia del ugandés que mató al cocodrilo que se

comió a su mujer embarazada. El cocodrilo era una bestia blanca de quinientos kilos. El hombre encargó al herrero del pueblo una lanza que costó cinco dólares y que llevaba garfios incrustados. Regresó al río y mató al cocodrilo. El combate duró hora y media, y hasta quinientas personas del pueblo se acercaron al lago a ver el cadáver ensangrentado del animal. Avisó a las autoridades para que se hicieran cargo de la bestia y les pidió que lo abrieran en canal por si encontraban huesos o algún resto de su mujer, para poder enterrarla. Nunca más volvió a tener noticias suyas. «Me llaman héroe, pero no puedo recuperar a mi mujer.»

Otra banda sonora era la letanía de los versículos de Radio Corán que producían un efecto hipnótico, de paisaje hiperreal a cámara lenta. El Corán recitado con el sol de frente a través de pueblos vacíos se oía como el eco lejano de una religión cegadora y esencial, ya desaparecida, de una transparencia prehistórica.

De noche los cánticos de las *matams* chiíes de Duraz sonaban a llanto doliente. A pesar de los altavoces, percibía una intimidad de hombre solo. En momentos luminosos, el canto de las *matams* o las mezquitas podía recordar al canto flamenco; en momentos tristes solo transmitía angustia, la misma que sentía de niño ante el cuadro del Cristo de corazón sangrante que colgaba en el pasillo de la casa del pueblo.

Después de una vida escuchando estos cánticos a diario, podría llegar a creer en la inminencia del Apocalipsis o podría llegar a sentir una paz indestructible.

Estaba el rezo que se escucha en soledad y en silencio, en el coche o en el jardín de casa; otra extrañeza producía el rezo en el puerto de Budaiya nada más desaparecer el sol en el horizonte de Arabia Saudí; en ese momento algunos amigos se juntaban a tomar té en círculos de sillas de plástico blancas. Por las mañanas, en la terraza del Layali, se oía el rezo con ruido de moto de agua de fondo, en la mesa de al lado un hombre fumaba *shisha*, había un jardinero con la mirada perdida y un grupo de putas filipinas desayunando. La mayor parte del tiempo, el rezo era una bocina más entre los ruidos propios de la ciudad, una bocina cósmica; a medida que se iban apagando los ruidos de la ciudad, el rezo adquiría mayor intensidad. La versión más cruda era la del prerrezo de madrugada, escuchada desde la cama en mitad de un silencio absoluto, un rumor de turba que se acerca: la primera vez pensé que se trataba de una manifestación que avanzaba hasta casa, y sentí miedo. Desde entonces siempre me sonó a ceremonia secreta para resucitar muertos.

Durante el mes de muharram los pueblos se llenaban de grandes banderolas negras, rojas y verdes que flanqueaban la carretera o se alzaban monumentales sobre las rotondas diminutas. Había proclamas escritas con una tipografía que imitaba gotas de sangre, y abundaban los retratos, saturados de colores fosforitos, del imán Husein –barba, melena, pañuelo verde–, que a mí me recordaban al Jesucristo del Sagrado Corazón.

Si los católicos conmemoran en Semana Santa la captura, ejecución y resurrección de Jesucristo, en la Ashura –el décimo día del mes de muharram– los chiíes lloran el asesinato de Husein ibn Ali –nieto del profeta–, sus familiares y sus seguidores, a manos de las tropas de califa omeya Yazid I en Kerbala en el año 680. Este episodio histórico marca la ruptura definitiva entre las dos corrientes del islam –suníes y chiíes– surgidas por una disputa sucesoria tras la muerte del profeta Mahoma.

Por las noches, el recitado en las *matams* y *husseiniyas* recreaba con minuciosidad y patetismo la muerte de Husein y sus familiares en Kerbala, y era fácil ver a hombres y a mujeres llorando con la cabeza agachada, entre sacudidas, en trance. La Ashura era luto y expiación, celebración del espíritu comunitario –los puestos de comida y bebida gratis que abarrotaban las calles de los

pueblos daban una nota alegre de feria popular– y el éxtasis hipnótico de los hombres vestidos de negro que desfilaban golpeándose rítmicamente el pecho con las palmas de las manos.

Fadel era el único que tenía moto. Nos saludábamos con el claxon siempre que nos cruzábamos por la carretera de Nakheel. Cuando se compró una moto de más cilindrada le preguntamos para qué la quería, y alguien del grupo respondió entre risas que para llevar a chicas. Todos reímos esa ocurrencia loca porque era imposible que un chaval de los pueblos llevase a una chica en moto. Coincidió con él en una *matam* de Manama durante la Ashura. Como apenas hablaba inglés, cruzamos unas palabras torpes, mientras él me señalaba, con orgullo, los cuadros colgados en las paredes con variaciones de la iconografía religiosa: el caballo blanco de Husein, la mano de Hasan, Zainab llorando de rodillas ante el cadáver de su hermano en Kerbala.

Hasan trabajaba de mozo en el supermercado Alosra, Ali estaba en paro, nunca supe qué hacía Mohamed: era el único que no venía en coche al parque sino corriendo, incluso en verano, por la carretera que bordea el cementerio de Duraz. Llegaba sudado, sonriendo, con su chándal rojo, y con su inglés a trompicones se esforzaba en explicarme que los chiíes no tenían nada que ver con el ISIS. Ali era el más tímido, pero como coincidimos varias tardes los dos solos en el parque, logramos establecer una relación de complicidad a base de sonrisas y choques constantes de manos después de cada ejercicio. Un viernes por la mañana le vi discutiendo con un policía en un *checkpoint* cerca del parque. El gobierno había prohibido la prédica del mulá Isa Qassim en la mezquita de Duraz y había establecido un perímetro de controles para evitar el paso a los fieles. Cuando llegó el turno de mi coche, el policía miró a través de la ventanilla, adivinó mi nacionalidad occidental y me dejó pasar al instante, sin molestias ni preguntas. Al arrancar el coche vi al apacible y tímido Ali discutiendo con la policía en el arcén. La sensación de cobardía no se me quitó en todo el fin de semana.

En el parque conocí a Adam Rajab, hijo del defensor de los derechos humanos Nabeel Rajab, encarcelado por tuitear contra la guerra de Yemen, denunciar abusos contra los presos de la cárcel de Jaw, conceder entrevistas de televisión y escribir artículos en *Le Monde* y *The New York Times*. Ahora Adam estudia en Inglaterra porque el gobierno le vetó el acceso a la universidad en Bahréin.

Los pueblos chiíes de la costa norte habían sido pueblos de granjeros y pescadores, de siervos en régimen feudal sometidos a las razias del jeque correspondiente nombrado por el emir, cuyos mercenarios (*fidawis*) robaban pescado, incautaban cosechas, imponían el trabajo forzado, atracaban y ocasionalmente secuestraban y violaban a las mujeres. Ocurrió así desde finales del siglo XVIII, cuando la tribu suní de los Al Jalifa conquistó Bahréin y expulsó a los gobernantes persas, hasta 1923, cuando los británicos –presentes en el país desde 1869– respondieron a las movilizaciones de la población nativa –los baharna– con una legislación que, en teoría, desmantelaba el sistema feudal.

Los agravios del pasado nutren una memoria oral que se transmite de generación en generación, rica en detalles, dramática, lacrimógena, victimaria, al igual que los relatos del martirio de Husein en Kerbala en el siglo VIII que los chiíes recuerdan todos los años en la celebración de la Ashura. Los agravios míticos de la antigüedad, los agravios de los bisabuelos de principios de siglo XX, la represión de los padres en los setenta y ochenta; de los hermanos mayores que vivieron las revueltas de los noventa. La revuelta de 2011 y la represión posterior: detenciones, torturas, muertos por disparos de la policía o por inhalación de gases lacrimógenos.

Imaginaba la relación de mis amigos del parque con las fotos de los jóvenes detenidos o asesinados que cubrían las paredes de los pueblos: quiénes serían sus hermanos, primos, amigos del colegio. Cada vez eran más jóvenes los chicos que se enfrentaban a la policía. Después de la represión de 2011, se había instalado en algunos pueblos una desconfianza y un pánico tan profundos hacia el Estado que algunas familias no llevaban a sus hijos al colegio. Algunos de esos niños no escolarizados se unían a los grupos de lucha callejera. A veces uno de ellos se quedaba ciego por disparos de la policía o era detenido y recibía una paliza en la cárcel. «Esa generación de niños de los pueblos estallará dentro de diez años con muchísima violencia. Han tenido menos oportunidades que nosotros, menos educación que nosotros y están mucho más frustrados de lo que estuvimos nosotros», decía mi amiga M.

A algunos presos se les serigrafiaba sonriendo en tamaño grande en las paredes, como a ciertos ayatolás barbudos. La muerte o el derrocamiento del rey se pedía en inglés y en árabe. En todos los pueblos había pintadas de la estatua de la Perla junto a la palabra *sumood* (perseverancia), proclamas contra Arabia Saudí y contra Estados Unidos. En los callejones de Karrana alguien había pintado, con trazo esquemático, casi infantil, a encapuchados lanzando cócteles molotov a la policía. A la salida de la rotonda de Barbar, había un coche de Fórmula 1 que goteaba sangre, justo donde un viernes por la mañana Carla y yo nos cruzamos con una pequeña manifestación de mujeres, cubiertas con hiyab, puño en alto.

El gobierno disponía de una patrulla de limpieza para borrar (o más bien tachar con pintura negra) todas las inscripciones antigubernamentales. Podías conducir kilómetros de fachadas unidas por un mismo brochazo negro, algo torcido, y el efecto era un poco cómico, como de profesor gigante pasando la tiza por la pizarra. Nunca vi a ninguna de esas patrullas de limpieza, ni siquiera de madrugada, cuando conducía de vuelta desde casa de Jorge.

Mientras los jóvenes nos colgábamos de las barras, un grupo de cincuentones daba ocho vueltas alrededor del parque con largas zancadas de zapatillas fosforitas. Ellos podían caminar cerca del mar, en un paseo con palmeras y césped, a diferencia de los vecinos del zoco de Manama que caminaban alrededor de un parking, como reclusos en el patio de una cárcel. Al menos ellos podían caminar en pantalón corto o ropa deportiva, no como las mujeres, que salían a caminar cubiertas con la abaya negra.

Los mayores del parque a veces se unían a nuestras tablas de ejercicios y de esas sesiones saqué una conclusión humillante: cualquier bahreíní de sesenta años tenía más flexibilidad que yo. ¿Qué son los rezos diarios si no una coreografía de gimnasia mística?

Un día le pregunté a los mayores si sabían dónde estaban los jóvenes. «Están preparando las procesiones de la Ashura: es el mejor momento para pavonearse delante de las chicas», me explicaron con una sonrisa cómplice y un poco de nostalgia. Desfilear de negro, en fila, balanceando el cuerpo y golpeándose el pecho era el mejor escaparate para atraer la atención de las mujeres.

Después de pasear, los mayores sacaban sus sillas de camping y se sentaban en círculo a tomar té y comer manzanas, zanahorias, dátiles y dulces. «El azúcar es la cocaína halal», decía Abdulá. A diferencia de los más jóvenes, muchos de ellos se quedaban sentados en el parque cuando llegaba la hora del rezo. Pertenecían a una generación criada antes del terremoto de la revolución islámica de Irán en 1979, cuando el integrista religioso terminó de sepultar los restos del panarabismo secular.

Ebrahim, al que todos en el parque apodaban Abu Waleed, había estudiado en Cuba y estaba casado con una cubana, a quien me hubiera gustado conocer para preguntarle cómo había sido el viaje intergaláctico entre su isla del Caribe y esta isla del golfo Pérsico. Abu Waleed miraba al cielo con una gran sonrisa cuando hablaba de las escapadas a Beirut con sus amigos, o cuando recreaba el sabor del ron mezclado en su garganta con el humo de un habano. Me conseguía siempre una silla para sentarme a su lado y me reñía entre carcajadas, con acento cubano, por no hablar árabe y, peor aún, por fumar cigarros a diario en vez de un buen habano ocasional en las noches de primavera. Se informaba por las noticias de la televisión libanesa, se enorgullecía de los éxitos del equipo de balonmano de Barbar y nunca respondía con claridad a mis preguntas de política, que ventilaba con la sonrisa del abuelo a quien el nieto demasiado pequeño interroga acerca de una secreta y oscura bronca familiar.

El grupo de los mayores se solía reunir en el parque a cenar de pícnic los miércoles por la noche. Llegaban con bandejas de arroz con pollo, cordero, dátiles y dulces. «¿Quién prepara toda esta comida?» Y ellos, sin entender muy bien la pregunta: «Nuestras mujeres.» Como manda la hospitalidad árabe, había comida suficiente para resistir un asedio de un mes. Se comía con las manos, que se lavaban minuciosamente antes y después de comer. Esa exquisita higiene personal de los bahreinís contrastaba con la suciedad de los espacios públicos. Los fines de semana, por la noche, el parque parecía la resaca de un festival de música. De madrugada, patrullas de trabajadores asiáticos limpiaban toda la basura.

Un día cortaron los árboles junto al muro de mi urbanización. El gerente indio me explicó que el gobierno iba a expropiar parte del terreno para construir una nueva carretera de acceso a la Northern Island.

Una semana después de que volviera a Madrid, el 20 de junio de 2016 el gobierno anunció la retirada de la nacionalidad al ayatolá Isa Qassim. «Tengo amigos que maldicen a su padre, pero nunca se atreverían a maldecir a Isa Qassim. Es una referencia, la máxima autoridad, para los chiíes bahreinís», me resumió un amigo. Centenares de vecinos de Duraz montaron guardia, día y noche, a las puertas de su casa, por miedo a que la policía se lo llevara a la cárcel o lo expulsara del país. Me dijo Hasan que la acampada frente a la casa de Isa Qassim era un poco como el parque: la gente se reunía, hablaba, comía, se pasaba a saludar antes de ir a cenar a casa. El gobierno estableció un cerco policial alrededor del pueblo y prohibió el acceso a cualquier persona no residente, familiares incluidos. Los atascos de acceso al pueblo podían durar varias horas. Luego llegaron los cortes de internet y algún corte de agua. Le escribí a Ali para preguntarle qué tal estaban él y todos los amigos del parque. «*What to do?*», me contestó resignado, usando la misma frase con la que Aire, la empleada doméstica de Sri Lanka, se enfrentaba a todas las desgracias del mundo. Tras once meses de asedio, el 23 de mayo de 2017, un día después de que Trump se reuniera en Arabia Saudí con el rey de Bahréin, la policía asaltó el pueblo de noche. Mataron a cinco personas y detuvieron a más de doscientas. Entre los fallecidos, Mohamed Khadim Muhsin Zain Aldeen, un famoso activista medioambiental, y Mohamed Hamdan, el hermano mayor de Mustafa Hamdan, asesinado por la policía unos meses antes de un disparo en la cabeza.

«Las fuerzas especiales –se rumorea que ayudados por comandos británicos– necesitaron tres horas para desalojar a un grupo de chavales armados con palos», me dijo un amigo con orgullo.

«¿Por qué tengo que aguantar y sufrir a un tío que no cree en las mujeres?», me dijo, llena de

rabia, una amiga del pueblo recordando esos meses de asedio policial. «Él [Isa Qassim] ahora está en Londres, recibiendo tratamiento médico, y cinco chicos han muerto por él. ¿Por qué permitió ese sacrificio inútil? Rey orgulloso, opositor orgulloso. Yo quiero a alguien que respete mi dignidad.»

El día del asalto a Duraz, Bahreín apareció en todas las noticias del mundo: Nibali había ganado la etapa reina del Giro vistiendo el maillot del equipo Bahrain Merida.

EL PUENTE

A Arabia Saudí todo el mundo en Bahréin lo llamaba *Saudi*, abreviatura del inglés Saudi Arabia. Me costó acostumbrarme a ese nombre que en boca de los bahreinís sonaba a apodo informal, a colega quinqui, y que en las conversaciones entre españoles tenía un involuntario regusto esnob, como de pijo latino en Miami hipertrofiando el acento americano. *Saudi* era una idea omnipresente pero hermética. Aparecía en todas las conversaciones y en todos los carteles de tráfico. Estaba a tiro de atardecer desde el puesto de té del puerto de Budaiya. Para mí era un lugar prohibido.

Hasta la reforma aprobada en 2019, Arabia Saudí no concedía visados de turista. Los únicos extranjeros que podían acceder al país eran los musulmanes de peregrinación a La Meca –según un complicado sistema de cupos por países– y personas con permiso de trabajo –los «esclavos» asiáticos o los expatriados occidentales–. A estos últimos solo podía visitarles –y eso después de complejos formularios– su familia más cercana. Solo los ciudadanos de los países de la Coalición del Golfo tienen acceso libre.

Yo no cumplía ninguno de esos requisitos, pero vivía rodeado de gente que viajaba allí a diario. El puente que comunica ambos países estaba muy cerca de mi casa, y en la región limítrofe con Bahréin, en torno a las ciudades de Khobar y Dammam, se concentran las mayores reservas petrolíferas del país que produce más petróleo del mundo. Allí tiene su sede Aramco, la compañía petrolífera estatal que emplea a miles de expatriados occidentales. Para mis vecinos y para miles de personas como ellos, Arabia era tan solo una rutina diaria, una oficina, una carretera atascada, un pozo petrolífero, el colegio internacional en el que trabajaban, el equipo de fútbol de niños al que entrenaban. Sus relatos no bastaban para saciar mi curiosidad.

Tampoco sabían mucho más del país los expatriados occidentales residentes en Arabia. Muchos de ellos aparecían los viernes por la noche en las fiestas de los *compounds* en Bahréin. Los mirábamos con curiosidad; ellos a nosotros, con envidia. A primera vista, después de una breve conversación, se les podía dividir en dos grupos: los que habían acabado allí de casualidad, atraídos únicamente por el sueldo, y los que habían llegado a Arabia de forma «voluntaria», impulsados por una extraña fascinación a la que no sabían poner nombre. A esta última categoría pertenecía el chico polaco que había sido el único superviviente de un accidente de avión en Siberia. Tal vez, pensaba yo, existía algún vínculo secreto entre estos dos hechos.

Algunos expatriados tenían la costumbre suicida de volver conduciendo borrachos a casa. Resultaba extraño despedirse de ellos al borde de la piscina, imaginarse los latigazos que recibirían si eran sorprendidos por la policía. Eso solo podía ocurrir si tenían un accidente, porque, reían ellos, «lo bueno de vivir en un país sin alcohol es que no hay controles de alcoholemia». Había otras ventajas: cuando murió el rey saudí Abdalá bin Abdulaziz en 2015, el nuevo monarca Salmán bin Abdulaziz celebró su subida al poder pagando un sueldo extra a todos los trabajadores de las empresas estatales, expatriados incluidos. Como el nuevo monarca tenía

ochenta años, en los corrillos junto a la piscina se hacían cálculos para la siguiente paga extra. No tuvieron suerte: en 2017 el rey proclamó heredero a su hijo treintañero, Mohamed bin Salmán.

Antes del asesinato y descuartizamiento del periodista Jamal Khashoggi en el consulado saudí en Estambul, el heredero fue recibido con alabanzas en la prensa internacional. Lo retrataron como un joven ambicioso, casi utópico, decidido a modernizar y reformar el país, poco menos que un demócrata ecologista y feminista. Un soñador. Había que leer muy despacio un perfil suyo publicado en la sección de Opinión de *The Washington Post* para que no te salpicara el jazmín y la lavanda. La farsa duró poco: al delfín treintañero se le atribuye la línea dura en la guerra de Yemen que, apoyada por Estados Unidos, ha provocado decenas de miles de muertos. Su gran sueño indisimulado es declararle la guerra a Irán. En un vídeo difundido a finales de 2017, entre animaciones de cazabombarderos y cohetes, el heredero saudí asegura: «No vamos a esperar a que el combate llegue a Arabia Saudí, vamos a llevarlo a Irán.» A los analistas les gusta endulzar su imagen señalando sus medidas progresistas: ha permitido la apertura de cines (prohibidos desde 1979), ha quitado poder a la policía religiosa y permitido la conducción a las mujeres. Al mismo tiempo, Mohamed bin Salmán ha mandado detener a las mujeres activistas más importantes del país, como Loujain al Hathloul, que lideró durante años la lucha de las mujeres para poder conducir. Algunas de ellas están desaparecidas. Incluso cuando Mohamed bin Salmán adopta las medidas más progresistas, debe quedar claro que se trata de favores reales, nunca de cesiones ante reclamaciones políticas.

La reacción de Trump tras la muerte de Khashoggi produjo terror entre los opositores bahreinís: «El mensaje que está dando a estos psicópatas es que tienen barra libre. La gente tiene más miedo que nunca. Es curioso, en Occidente han vendido a Khashoggi como si fuera un verdadero opositor, pero no siempre fue así. Fue parte del sistema, trabajó como enlace de inteligencia saudí durante la guerra contra los rusos en Afganistán y tuvo una relación muy estrecha con Osama bin Laden. Apoyó la represión en Bahréin en 2011 y dijo cosas muy feas sobre los chiíes. No me gustaba Khashoggi. Eso es lo más terrorífico: lo que son capaces de hacerle a un disidente moderado. Imagínate lo que ocurrirá en las cárceles saudíes, lo que les estarán haciendo a las mujeres desaparecidas, lo que hará el ejército cuando ataca a los pueblos chiíes de la Provincia Oriental. Khashoggi era de la élite, pero no era árabe, sino de origen turco, por eso se han permitido tanta crueldad con él. No tenía ninguna tribu importante detrás para exigir responsabilidades. Es la misma lógica que hay detrás de los recientes fusilamientos a los jóvenes bahreinís acusados de matar a tres policías en Daih: una de las víctimas de ese atentado era emiratí y pertenecía a una tribu importante. El jefe de esa tribu exigió al gobierno de Bahréin un pago de sangre, un ojo por ojo. Si en el atentado solo hubieran muerto policías paquistaníes, el gobierno no habría condenado a muerte a esos chicos. En Occidente no entendéis el racismo árabe, la mentalidad tribal de conquista y posesión, los códigos de honor del desierto.»

Nuestra fuente más fiable y jugosa sobre Arabia Saudí eran nuestros amigos bahreinís, que no tenían ningún tipo de restricción para moverse por el país vecino. Todos, sin excepción, habían viajado a La Meca. Algunos habían visitado oasis y las ruinas arqueológicas de Mada'in Saleh —«como Petra, pero sin turistas»— y unos pocos aseguraban haber estado en salvajes fiestas clandestinas celebradas en palacios en el desierto. Con Arabia ocurría como con Irán: de creer las leyendas urbanas, las noches más salvajes laten debajo de las teocracias más oscuras.

Muchos amigos del parque habían atravesado Arabia Saudí en alguna ocasión, camino de la

peregrinación religiosa de Kerbala, en Irak. De los poco más de mil kilómetros que separan Bahréin de la ciudad santa del chiismo, cuatrocientos discurren por territorio saudí. «Podemos atravesar *Saudi* sin parar siquiera a echar gasolina», celebraban con ironía. Si para un expatriado Arabia es una oficina, si para un suní bahreiní es la tierra de sus ancestros –de ahí salieron las tribus que conquistarían Bahréin en el siglo XVIII–, para un chií Arabia no solo es el principal aliado de la odiada familia real, sino también la central nuclear que extiende por todo el mundo una nube tóxica de odio sectario: el wahabismo.

Se calcula que el porcentaje de chiíes en Arabia Saudí no supera el 15 % de la población. La mayoría de ellos, entre dos y tres millones, viven en los oasis de Al Ahsa y Qatif, muy cerca de la frontera con Bahréin. En 1979, tras la subida al poder de Jomeini en Irán, hubo un levantamiento chií en Arabia Saudí, reprimido duramente por el gobierno. Desde entonces, a ojos de la familia real, los chiíes saudíes no solo son infieles apóstatas adoradores de ídolos –mucho peores que un cristiano o un judío–, sino también quintacolumnistas del archienemigo iraní. Esto explica, en parte, el nerviosismo saudí en 2011 cuando la acampada de la plaza de la Perla amenazó con derrocar al rey de Bahréin.

Los chiíes bahreinís y saudíes están vetados de sus respectivos ejércitos y cuerpos policiales, sufren discriminación en el acceso al empleo público y en la recepción de ayudas sociales, pero los saudíes sufren una pobreza, marginación y persecución mucho más acusada que sus hermanos del otro lado del puente. Un chií saudí, por ejemplo, no puede ser citado como testigo en un juicio. Tampoco puede ser juez ni profesor de religión –en un sistema educativo en el que esta materia supone la mitad de las horas lectivas–. El gobierno saudí prohíbe las festividades religiosas chiíes, que en Bahréin se celebran, a pesar de incidentes aislados, en espacios públicos y con el relativo beneplácito de las autoridades (en los últimos años se han producido detenciones ocasionales de algunos recitadores). El gobierno bahreiní se molesta en camuflar o disimular el odio sectario; en Arabia Saudí se insulta e incita al odio abiertamente en discursos oficiales y declaraciones públicas.

Si en Bahréin el gobierno destruye la costa de los pueblos chiíes y las fuentes de agua dulce, arruinando la pesca y la agricultura, en Arabia Saudí los somete a caprichosas y violentas políticas de reubicación. Por ejemplo, en 2017, el gobierno decidió construir un centro comercial en el casco histórico de Awamiya. A las protestas de los vecinos, Riad respondió con el ataque del ejército, que provocó la huida del 90 % de la población.

De Awamiya es el joven Ali al Nimr, al que la justicia saudí condenó a muerte por participar en las protestas de 2011. Tenía diecisiete años cuando fue detenido. El fallo contemplaba su ejecución por decapitación y la exhibición de su cuerpo mutilado en un espacio público. La presión internacional logró detener momentáneamente la sentencia, todavía pendiente de ejecución. El país miembro de la Comisión de Derechos de las Mujeres de la ONU puede buscar una manera menos medieval de matar al adolescente que gritó en la calle: tal vez, lapidarlo como harían con una mujer «infel» o con una «bruja» asiática.

El que sí murió decapitado fue su tío, el clérigo chií jeque Nimr al Nimr, el 2 de junio de 2016: la ola de indignación cruzó el puente y durante un par de semanas hubo un rebrote de violencia callejera en los pueblos chiíes de Bahréin. Lo que ocurre en la comunidad chií a un lado del puente tiene siempre su réplica en la otra orilla.

Para los saudíes, Bahréin es la libertad más cercana, una vía de escape a la que se puede llegar

en coche. Los jueves por la tarde, miles de saudíes cruzan el puente para pasar el fin de semana en el país vecino. Conducen con soberbia sus grandes todoterrenos por las calles de Bahreín, lo que provoca el milagro de la conciliación intersectaria bahreiní: chiíes, suníes, laicos, esclavos y expatriados, todos ellos se refieren a sus vecinos como los « *fucking Saudis*».

En Bahreín pueden hacer cosas prohibidas en casa: pasear sin abaya ni hiyab, ir al cine, comer en familia en una terraza al aire libre, hacer un pícnic en un parque sin separación de sexos, beber alcohol. El lado sórdido de estas escapadas son los frecuentes episodios de abuso y maltrato a las prostitutas. Abundan los relatos de mujeres (bahreinís, expatriadas y, sobre todo, filipinas y asiáticas) asaltadas y agredidas en la calle.

Recuerdo a un saudí treintañero que solía ir a jugar a los dardos al Sherlock Holmes. Sonreía feliz y expansivo cuando estaba borracho y le brillaban los ojos al recordar las mujeres y los porros del año que vivió en Australia. Insistía en que no era verdad todo lo malo que se contaba de su país. Debí haberle replicado que esa misma escena (dos chicos y una chica bebiendo en un bar) en su país normal hubiera acabado con todos nosotros en la cárcel y condenados a latigazos.

Conocer a mujeres saudíes era más difícil, pero a veces se colaban en fiestas de expatriados, invitadas por alguna amiga bahreiní. Con frecuencia vestían sin velo, a veces bebían o fumaban, y a veces agachaban la cabeza, como avergonzadas, cuando alguien les preguntaba de qué país eran. Todo lo que yo podía imaginarme de sus vidas lo había leído en *Chicas de Riad*, una novela de amores y frustraciones de un grupo de amigas saudíes de clase alta: las dificultades para conocer a chicos, el sometimiento al padre o al hermano o al marido déspota, la vigilancia social constante. Fue un éxito avasallador en todo el mundo árabe, un hito generacional, y fue traducida a varios idiomas. Cuando lo leí me pareció un relato cursi y algo mojigato; la revista *Time* la definía, con esa ridícula y eficaz tendencia al exceso de las reseñas anglosajonas, como un *Sexo en Nueva York* en Riad.

Cuando pienso en mujeres saudíes, pienso en la activista Loujain al Hathloul, pienso en esa chica que leía los libros de Joumana Haddad en una habitación a oscuras, con una linterna debajo de la manta, por miedo a que su hermano o su padre descubrieran su lectura prohibida. Pienso también en Wajda, la niña protagonista de *La bicicleta verde*, una película milagrosa, en todos los sentidos: por la naturalidad y empatía con la que narra la historia de una niña y su madre, por su sentido del humor, por la carga crítica que fluye sin necesidad de esos subrayados que tantas veces acartonan al cine social europeo y, sobre todo, por el hecho de que fuera rodada, sin permiso, por una mujer saudí en territorio saudí.

Yo vivía en una isla con vistas a Arabia Saudí, conectada por un puente de 25 kilómetros a Arabia Saudí, habitada por decenas de miles de personas que habían viajado numerosas veces – algunos a diario– a Arabia Saudí, atravesada por una red de carreteras donde siempre había un cartel señalando en dirección a Arabia Saudí, que recibía a miles de saudíes todos los fines de semana. Leía libros saudíes, veía películas saudíes, me emborrachaba con saudíes. Pero yo no podía entrar en Arabia Saudí. Había que quitarse el mono de alguna manera. Un día decidimos acercarnos todo lo que pudiéramos: nos fuimos de excursión a la frontera.

Sabíamos que allí solo había garitas policiales, un McDonald's y una torre no muy alta con un mirador acristalado, pero eso no bastaba para desanimarnos: en Bahreín perfeccionamos el arte del entusiasmo injustificado. Quedaba la remotísima sensación de que pudiera ser peligroso –no lo era–, y la posibilidad de contárselo a los amigos por wasap: de aperitivo en Madrid, la frontera

saudí es algo relevante. Había también una discreta justificación paisajística: kilómetros de una autopista cruzando el golfo Pérsico. No es un paisaje que quite el aliento, salvo cuando estás acostumbrado a conducir entre descampados grises. Por muy anodino que fuera el viaje, entre la ida y la vuelta habríamos echado media mañana.

Al llegar a la frontera, la autopista se bifurca en varios carriles y nos metimos, sin querer, en la cola de la aduana. De esas garitas se contaban historias de miedo, como la del paquistaní condenado a muerte por esconder alcohol en un compartimento secreto de un barco enganchado al remolque. En mi cuaderno azul guardo una noticia sobre el agente antidisturbios paquistaní que un día se cansó de perseguir chiíes y decidió atracar una sucursal bancaria en la carretera de Budaiya. Lo detuvieron cuando intentaba cruzar la frontera con el dinero escondido en el coche.

Mientras esperábamos en la primera garita de control, nos pusimos un poco nerviosos. Cuando llegó nuestro turno, el policía bahreiní se asomó por la ventanilla, miró a Carla con incredulidad – una chica rubia, con piercing y sin pañuelo, intentando entrar en Arabia Saudí– y nos preguntó con una sonrisa desbordante: «¿Adónde creéis que vais?» Nos ordenó que diéramos la vuelta y nos metimos en otra fila en dirección contraria que desembocaba en una garita donde un policía revisaba con detenimiento el maletero de un coche. Se acercaba nuestro turno. ¿Qué le decimos?, ¿y los papeles?, ¿no nos habremos dejado una botella de alcohol en el maletero? En mi versión más optimista pasaríamos una mañana en una habitación de la aduana, repitiendo la misma historia: vinimos a hacer turismo y nos perdimos. El policía nos miró con desgana y nos indicó con la mano que siguiéramos adelante.

Aparcamos junto a la torre-mirador y subimos al piso de arriba, donde había una cafetería vacía con suelo de moqueta y un aire triste de postal de los años sesenta. Volvimos a bajar. Paseamos alrededor de la isla, admirando las aguas cristalinas rodeadas por barreras de concertina. Regresamos a casa satisfechos, mirando el mar por la ventana del coche. Siempre es agradable cruzar un puente.

LA PERLA

Mi primera imagen de Bahreín fue una estatua gigante con forma de pulpo blanco. Apareció en la pantalla de mi móvil el día que a Carla le ofrecieron irse a trabajar a un país que yo no sabía situar en el mapa.

Meses después de aquella llamada, le pregunté a Carla, ya instalada en Bahreín, si había ido a ver la estatua. «No, porque no existe. La derribaron. Ni siquiera se puede acceder: la zona está rodeada por alambradas y policía», me dijo por Skype.

Antes de 2011, la estatua de la Perla era simplemente una rotonda de cuatro carriles en mitad de un descampado atravesado por carreteras en todas direcciones, un importante pero anodino cruce de tráfico sin valor sentimental para los bahreinís. En el centro de la gran rotonda se alzaba la estatua blanca. Fue construida en 1982 para celebrar la tercera cumbre de la Coalición del Golfo. Cada pata del monumento simbolizaba uno de los países de esa alianza regional: Arabia Saudí, Qatar, Kuwait, Bahreín, Omán y los Emiratos Árabes Unidos. La escultura, de casi cien metros de altura, estaba rematada por una colosal bola de cemento, la perla, en recuerdo a la que durante siglos fue la mayor riqueza de Bahreín, antes de que, primero la competencia de las perlas japonesas y luego la destrucción de los depósitos de agua dulce, convirtieran el sector en una actividad marginal, solo útil como atracción turística. A los gobernantes de los países del Golfo les encanta buscar símbolos nacionales en la siempre inofensiva y apolítica naturaleza: los oryx, los halcones, los caballos, las perlas, el mar. La naturaleza es apolítica; la historia reciente –la conquista de los Al Jalifa, el mantenimiento de un régimen feudal, las revueltas, las represiones–, demasiado compleja. La sala más visitada del museo de historia de Bahreín es la maqueta de un barco con pescadores que bucean rodeados de tiburones. Un relato pintoresco, al margen de la narrativa gubernamental y del memorial de agravios de la oposición. Una nostalgia compartida. Una viñeta de *Tintín*.

En la discriminación sectaria, también hay clases. Un chií rico, si no se mete en política, puede disfrutar de una vida cómoda y lujosa en Bahreín. Nabeel Rajab nació en una familia chií leal al gobierno, los Rajab, con múltiples y sólidas conexiones con la élite económica. Nabeel podría haberse limitado a vivir de las rentas de la empresa de construcción que fundó en los noventa, se podría haber aprovechado de la legislación laboral que permite la explotación de trabajadores asiáticos, haber entrado en el juego de prebendas y corrupción al amparo del gobierno, y haber llegado a la vejez con la única duda de si era mejor invertir en el mercado inmobiliario de Londres o de Barcelona. Pero eligió el camino contrario y ahora está en la cárcel cumpliendo una condena de treinta años. Cuando le visité en su casa acababa de salir de prisión y estaba convencido de que lo detendrían de nuevo, como así fue, pero no era algo a lo que pareciera darle mucha importancia. «El gobierno me chantajea para que no hable ni dé entrevistas; de lo contrario, resucitará los procesos judiciales pendientes.» Prefería preguntarme por la situación política en España y por amigos periodistas como Javier Espinosa: «Sufrimos mucho cuando le secuestraron en Siria.» Tenía un póster de Bob Marley y un dibujo del Che Guevara en su despacho, junto a la leyenda en inglés «Todos nacemos libres». En la mesa, una pantalla gigante de Mac con una

alfombrilla de ratón del Bayern de Múnich, y en las estanterías, varias fotos, una caricatura suya y una escultura de la estatua de la Perla. Me pareció un hombre expansivo, generoso, convencido de su trabajo y de su misión, y con un insólito buen humor. Parecía un hombre feliz.

Su destino empezó a «torcerse» a los catorce años, cuando policías enmascarados entraron en clase para detener a su profesor. Meses después, la policía regresó al colegio para detener a un compañero de clase que había participado en manifestaciones contra el gobierno. Atemorizado, el chaval saltó por la ventana. Nabeel empezó a pintar proclamas políticas en las paredes del colegio. Le expulsaron. «Yo quería gritar, pero no podía hablar: no por miedo, sino porque nadie quería escucharme», recordaba aquellos años Nabeel en una entrevista para Amnistía Internacional. Se fue a estudiar Historia y Políticas a la India, donde su intuición ética encontró acomodo teórico en la defensa de los derechos humanos universales.

En 1996, en plena represión gubernamental contra la oposición liberal, comunista e islamista chií, Nabeel Rajab y otros compañeros de militancia como Abdulhadi al Khawaja crearon el Bahrain Center for Human Rights (BCHR), la primera organización de defensa de derechos humanos de Bahréin. Su acción política trascendió siempre la lucha contra la discriminación chií. Defiende los derechos de los trabajadores asiáticos, lucha por la igualdad jurídica de la mujer y presta apoyo jurídico a cualquier víctima de abusos policiales, incluidos supuestos yihadistas suníes detenidos en Guantánamo. Nació como organización clandestina, pero en 2001 fue inscrita en el registro oficial, cuando el rey Hamad declaró una amnistía política y prometió la instauración de un nuevo Parlamento con capacidad legislativa real. La nueva constitución fue votada mayoritariamente en un referéndum celebrado el 14 de febrero de 2001. Sin embargo, dos años después, también un 14 de febrero, el rey anulaba la constitución. De nuevo, las detenciones y la represión. La BCHR de Nabeel Rajab volvió a la clandestinidad.

Una década después, el 14 de febrero de 2011, los vecinos de Beni Jamra esperan a Nabeel Rajab a la puerta de su casa para caminar juntos por la carretera de Budaiya. Acuden a la convocatoria lanzada por una página de Facebook que pide al pueblo de Bahréin «tomar las calles». La misma escena se repite en muchos pueblos del país. La activista Ala'a al Shehabi lo recuerda así en el libro *Freedom Without Permission*: «No sabías quién había convocado ni si era un llamamiento real, simplemente hacías acto de presencia. Alguien gritaba “*Allahu Akbar*” y la gente le seguía y otras personas aparecían de todos los rincones para sumarse a la marcha. Fue así como ocurrió. Vi a gente caminando y empecé a caminar con ellos.»

Protestan contra la corrupción sangrante, la privatización del litoral en unas pocas manos de la élite gobernante, la destrucción sistemática de los recursos marinos debido a la política de construcción de islas artificiales en terreno ganado al mar. Protestan contra la discriminación sectaria de los chiíes en el acceso a la vivienda y al empleo público (pagado hasta tres veces mejor que el sector privado), el ejército y los cuerpos de seguridad policial (cuyos puestos ocupan policías suníes importados de Siria, Pakistán, Yemen o Egipto, a quienes se otorga la nacionalidad bahreiní y se entrega una vivienda). Los chiíes quedan al margen del relato histórico oficial (basado en la elegía guerrera a los conquistadores suníes) y de la enseñanza: en los colegios públicos solo se imparte la doctrina religiosa suní. Lo que siempre había sido una política de Estado más o menos disimulada fue elevada a conspiración gubernamental después de que Salah al Bandar, canciller de planificación estratégica en el Consejo de Asuntos Ministeriales, revelara en 2006 un detallado documento de 240 páginas que describía la

financiación de un plan destinado a profundizar la brecha sectaria. Además de financiar organizaciones, foros y páginas web contrarias a la doctrina chií, el programa subvencionaba las conversiones del chiismo al sunismo y contemplaba generosas partidas para otorgar la nacionalidad bahreiní a decenas de miles de árabes suníes. En 2002, por ejemplo, varios miles de ciudadanos saudíes de la tribu Dawasir, de Dammam, recibieron la nacionalidad bahreiní, justo a tiempo para votar en las elecciones al Parlamento de ese año.

Los manifestantes piden el regreso a la constitución de 1973, un parlamento con capacidad legislativa real, a diferencia del actual, elegido por sufragio universal pero lastrado por el derecho a veto del consejo de la Shura, órgano real de gobierno, cuyos miembros son elegidos directamente por el rey.

En las semanas anteriores ha habido concentraciones frente a la embajada de Egipto, en solidaridad con los manifestantes de la plaza Tahrir, pero nadie interpreta aquellos sucesos como el inicio de algo distinto a lo que ha sido la historia reciente del país: un goteo constante, pero inútil, de movilizaciones callejeras contra el gobierno. Sin embargo, mientras avanza por la carretera de Budaiya, a Nabeel Rajab le sorprende la cantidad de gente que ve a su alrededor e intuye que algo diferente está sucediendo esta vez en Bahreín.

Ese mismo día muere («es martirizado», como reza la oposición chií) Ali Mushaima, un joven de veintiún años, por disparos de la policía. Al día siguiente, otro joven, Fadhel al Matrook, es asesinado mientras participa en el cortejo fúnebre del joven asesinado en la víspera. Ese goteo de muertos sigue la lógica de las movilizaciones de las últimas décadas. Pero esa misma tarde, 15 de febrero, ocurre algo extraordinario: miles de bahreinís ocupan la plaza de la Perla, a la que todavía nadie llama plaza. Eso ocurrirá más tarde, cuando periodistas estadounidenses bauticen, con acierto mediático y a imitación de Tahrir en El Cairo, la rotonda como plaza. En este libro yo escribiré plaza porque así me refería siempre a ella cuando viví en Bahreín, porque así han terminado por llamarla muchos de los que allí estuvieron y porque todo lo que allí ocurrió no cabe simbólicamente en una simple rotonda.

Una tarde de septiembre en Berlín. Sentado en una butaca oscura encajonada en la esquina del salón, el poeta Ali al Jallawi –la medusa luminosa que estuvo encarcelada en Adliya– habla despacio, casi en trance, con la precisión de quien lee una pantalla invisible. «Caminando entre todas esas caras conocidas, me sentía rodeado de extraños: conocía esas caras, pero no las sensaciones que transmitían. Eso era nuevo. Se había roto el miedo. Esa energía había surgido de repente, de la nada, y no nos lo podíamos creer. Caminaba entre la gente y solo miraba, no pensaba en nada, no apuntaba nada, no tenía ideas, solo miraba y disfrutaba de esa sensación. Es como enamorarse. Al principio solo tienes sentimientos; las opiniones llegan después.»

«La gente aquí es mucho más variada que en Tahrir», le dijo a una amiga periodista una reportera extranjera que había cubierto todas las revoluciones de la Primavera Árabe. A diferencia de Tahrir, en la plaza de la Perla hombres y mujeres se mezclaban en el mismo espacio público (la segregación por sexos llegaría más adelante). En la Perla había laicos y religiosos, hombres y mujeres, niños y ancianos. Estaban los líderes de los diferentes partidos políticos de la oposición: desde el chií religioso Al Wafaq al laico izquierdista Al Waad. Allí estaba incluso Mohamed Albuflasa, un suní salafista, exoficial del ejército bahreiní y diputado del Parlamento.

El 15 de febrero dio un discurso en la plaza apoyando las reclamaciones de los manifestantes y pidiendo el fin de la discriminación sectaria. De todos los líderes allí presentes y de todos los discursos allí pronunciados, ninguno resultaba más peligroso para la narrativa sectaria del gobierno que esa llamada a la unión en boca de un suní salafista. Esa misma noche fue detenido por la policía. Albuflasa denunció humillaciones y abusos en la cárcel. Fue liberado el 24 de julio de 2011. Decenas de personas le recibieron en su casa de Hamad Town al grito de «Suníes y chiíes somos hermanos». La policía antidisturbios disolvió la manifestación con gas lacrimógeno.

Había en la Perla sensibilidades políticas radicalmente opuestas, muchas de ellas incompatibles entre sí, pero todas encontraban cobijo en el mismo cántico: «Queremos la reforma del régimen.» En una democracia, los líderes políticos allí presentes jamás hubiesen compartido la misma tribuna política. Había mayoría de manifestantes chiíes: no por sesgo sectario, sino por la composición demográfica del país.

No se pedía el derrocamiento del rey, sino la destitución del primer ministro, en el cargo desde 1971. Una de las pancartas más celebradas (y pensadas para impactar al observador extranjero) reunía las fotos de todos los presidentes estadounidenses de las últimas décadas, acompañada, cada una de ellas, por la misma foto repetida del primer ministro bahreiní.

En solo unas horas, la Perla se convirtió en una ciudad autónoma, con sus propios generadores eléctricos, tribuna de oradores, jaimas de asesoría legal y debate, puestos de comida gratis, máquinas de palomitas e incluso pantallas de televisión para ver el partido de la Champions entre el Arsenal y el Barça, con aplastante mayoría de seguidores del club catalán, que celebraron con júbilo el gol de Villa en el minuto 26.

El académico estadounidense Toby Matthiesen escribe en *Sectarian Gulf*: «Llegando al monumento podían oírse las voces de miles de personas, los chillidos de los megáfonos, trompetas, música, motores. Lo que más me sorprendió fue lo relajado que parecía todo el mundo. Dos personas habían sido asesinadas (el día anterior y esa misma mañana) mientras intentaban llegar aquí, pero la noche del 16 de febrero lo más normal del mundo era ir de visita con la familia a esta manifestación en el centro de la ciudad... En ese momento, la represión parecía imposible.»

Esa misma madrugada, ya 17 de febrero, Toby Matthiesen regresó al hotel en ese estado de excitación de quien está siendo, por puro azar, testigo de un momento histórico. Había viajado a Bahrein para realizar un trabajo de campo sobre los chiíes en el Golfo y, de repente, había estallado una revolución a las puertas de su hotel. En la habitación empezó a tomar notas aceleradas de lo que había experimentado esa noche. A las tres de la madrugada recibió la llamada de un amigo: «¡Está ocurriendo una masacre!» Puso la televisión, pero ni la cadena estatal ni el servicio en árabe de Al Jazeera daban ninguna noticia. En las redes sociales comenzaba el goteo de fotos y vídeos de la carga policial. La imagen que resumía la noche era una cabeza reventada de la que salían los restos de un cerebro.

La primera incursión corrió a cargo de policías de civil armados con mazos y cuchillos con los que rajaban las tiendas de campaña donde dormían niños pequeños con sus madres. Le siguió una nube de gas lacrimógeno lanzada desde el perímetro de la plaza y el ataque de policías uniformados, armados con bombas de sonido y escopetas de perdigones.

Murieron cuatro manifestantes y hubo cientos de heridos, incluidos periodistas y personal sanitario que intentaba atender a los manifestantes. De madrugada, miles de personas se agolparon a las puertas del cercano hospital de Salmaniya, donde se velaba a los muertos y se atendía a algunos de los heridos que llegaban en coches particulares porque el gobierno había prohibido el acceso de las ambulancias a la plaza.

El 18 de febrero, los manifestantes intentan volver a la Perla. En las imágenes, grabadas con móvil, se ve a un grupo de hombres con los brazos en alto gritando «Paz». Caminan por el centro de la autopista, flanqueada por palmeras, en dirección al primer cordón policial. Se oyen unos disparos, el chico que está grabando las imágenes corre a esconderse en uno de los laterales. Cuando enfoca de nuevo al centro de la calzada se ve a tres chicos tendidos en el suelo. Dos de ellos piden ayuda con los brazos. Otro yace muerto con un disparo en la cabeza. Un hombre mayor, vestido con una camisa blanca, grita desesperado. Será él, junto a otros hombres, quien traslade en brazos el cuerpo del manifestante muerto. Será él quien relate lo ocurrido frente a las cámaras de los periodistas. Su camisa blanca, completamente ensangrentada, se convierte en un icono viral.

El 19 de febrero, los manifestantes intentan volver a la Perla. Caminan por la autopista flanqueada de palmeras hacia el primer cordón policial. Esta vez, los agentes no disparan. Se suben a los coches y abandonan la rotonda. El rey ha dado orden de retirarse. Estalla el júbilo entre los manifestantes.

El día que comenzó la acampada de la Perla, Ali Abdulemam estaba en la cárcel acusado de «propagar falsas noticias». Años atrás había creado el portal de internet BahrainOnline, que rápidamente se convirtió en plaza, foro de debate, mentidero y muro de denuncias contra el régimen. Abdulemam llegó a ser el hombre mejor informado de Bahrein, pero en febrero de 2011 ni él ni sus compañeros de prisión –sometidos a un régimen de incomunicación con el exterior– tenían la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo en la calle. Durante el traslado al hospital, uno de los reclusos pudo leer fugazmente el titular de un periódico y, al regresar a prisión, la noticia corrió de boca en boca con la euforia del náufrago que avista el rescate. Pocos días después, el 23 de febrero, Ali Abdulemam y otros prisioneros políticos fueron liberados de la cárcel por orden del rey. Esa amnistía marcaba el comienzo de las negociaciones entre gobierno y oposición.

Ali fue directo a la plaza de la Perla. No se lo podía creer. «Pensé que no sería fácil, que tardaríamos todavía varios meses en conseguirlo, pero estaba seguro de que esta vez habíamos ganado», dice con rabia, seis años después, en una cafetería de la estación londinense de Kings Cross.

Nada Dhaif fue una de las voluntarias del hospital de campaña montado en la plaza de la Perla. En un vídeo de Al Jazeera, grabado durante los primeros días de la acampada, viste un pañuelo de lunares, a juego con su blusa. Cuando le preguntan si Irán está detrás de las movilizaciones, responde: «De ninguna manera vamos a sustituir a un dictador por otro. Bahrein es un país libre.» En un artículo escrito en *The Guardian* recuerda aquellos primeros días: «Fue la curiosidad la

que me llevó a la plaza de la Perla. Si soy honesta, pensé que ofrecer mi ayuda médica a los manifestantes, atacados por las fuerzas de seguridad y vetados por el servicio médico nacional, me daría un buen puñado de anécdotas que compartir con mis amigas tomando el té. Era algo casi *trendy*. Luego todo cambió: vi a la gente sufrir, fui testigo de lo genuina que era su causa y cómo habían sido maltratados. Era imposible no sentirse tocado.»

«No fui a la acampada de la Perla», me dice muy serio R. en su coche mientras conducimos por la autopista de Budaiya. Su afirmación me sorprende: es chií, familiar de opositores encarcelados y muy crítico con el gobierno. Ni se me había pasado por la cabeza esa respuesta. Me quedo mirando con cara de suspense. Él espera unos segundo antes de continuar. Arranca despacio, poco a poco su discurso coge ritmo y se convierte en un monólogo de escape: «No fui a la Perla. Sí, quería cambios, pero no de esa manera. Sentía que la gente no estaba preparada. Si quieres cambiar el gobierno, primero tienes que cambiar tú. Las cosas llegan cuando están maduras, y en 2011 los bahreinís todavía no hablábamos el idioma adecuado. Hasta que chiíes y suníes no aprendan a respetarse, no habrá cambio de gobierno. La gente fue ingenua, habían olvidado la historia reciente; yo, no: yo me acordaba de la represión de los noventa, a mí no se me había olvidado. Hay un dicho en árabe: “Media revolución destruye la nación.” Porque cuando fallas, luego llega la contrarrevolución y esta será salvaje y te dejará en una situación mucho peor que antes. Que es justo lo que pasó aquí. No estábamos tan mal antes de la Perla, y míranos ahora: yo y todo el mundo tenemos familiares en la cárcel, ha habido muertos, exiliados, torturados, las familias se han roto entre chiíes y suníes. Ha sido un desastre. Nuestra oposición es débil. Sus líderes son débiles e ineficaces. No supieron negociar con el gobierno durante los primeros días de la Perla. ¿Isa Qassim? ¿Dónde está ahora? En Londres, tratándose su enfermedad en una clínica privada, pero han muerto seis chavales intentando defender su casa. Los líderes son sectarios, ya sean chiíes o suníes. Hablo con mis amigos chiíes y creen que el gobierno debe estar en sus manos. Yo les pregunto que por qué y ellos dicen que porque somos mayoría. Pero entonces pasará como en Irak, y haremos con los suníes como ellos hasta ahora con nosotros. Yo no creo en el gobierno de la mayoría, creo en el gobierno de los sabios. No quiero una república, sino una monarquía constitucional, y no me importa que me gobierne un suní, un cristiano o un judío con tal de que tome decisiones correctas. Los líderes políticos son muy religiosos: si gobernaran obligarían a rezar (y yo rezo y soy creyente, pero no quiero que nadie me obligue) o a llevar abaya o hiyab (y mi mujer lleva hiyab). Yo no creo en eso. Y no me gusta la emoción en política, la euforia de las manifestaciones, ese convocar una marcha por la muerte de un mártir para que haya otro nuevo mártir. ¿Para qué? Yo no soy un cobarde, pero quiero saber por qué y para quién lucho. ¿Quién estaba detrás de la organización 14 de Febrero? Ni siquiera hoy se sabe. Podría ser hasta el propio gobierno el que lo puso en marcha, para que toda la oposición saliese de la clandestinidad y poder luego descabezarla. Y te repito, no soy cobarde: si hubiera un líder en el que creyese, daría la vida por ello. Nunca hablo de estas cosas con nadie», concluyó aliviado.

Matar Matar, treinta y cinco años, era el diputado más joven de la joven historia del Parlamento bahreiní. Afiliado al partido chií Al Wefaq, había obtenido más del 85 % de los votos de su demarcación electoral. En 2011 era, en palabras de Al Jazeera, «lo más parecido que tenía Bahrein a un líder electo».

Matar jugó un papel relevante en las negociaciones entre gobierno y oposición y se enfrentó a un doble reto: intentar alcanzar un acuerdo con los representantes de un régimen dictatorial que había asesinado a siete civiles en una semana y, tan difícil como lo anterior, intentar convencer a los manifestantes llenos de ira, y cada vez más radicalizados, de la necesidad de pactar con ese gobierno que había asesinado a manifestantes desarmados.

En el documental *Shouting in the Dark*, de Al Jazeera, se ve a Matar hablando con un grupo de manifestantes en la plaza de la Perla. Uno de ellos le interrumpe, visiblemente nervioso: «Antes pedíamos la caída del primer ministro, ahora queremos que se vaya toda la familia real.» Un amigo me expuso esa misma sensación de rabia y desconfianza en términos más crudos: «Antes del primer desalojo de la Perla me conformaba con una reforma: después ya solo deseaba ver al rey linchado y colgado, como Gadafi.»

Un grito se impone en la plaza: «*Yusqut Hamad*», abajo Hamad. El grito se replica en las bocinas de los coches y en el golpear de piedras contra contenedores de basura. Siempre la misma cadencia: tn tn tin tin.

«Al principio fue como una fiesta, todo el mundo pasaba por allí», recuerda Amin sentado en la terraza de la azotea del Rothana, con las vistas más fabulosas a Manama y al puerto financiero. No para de mirar a los lados. Pienso que es por precaución, para que nadie le escuche hablar de política, pero la razón es más prosaica: el camarero indio le ha dicho que no puede entrar con chanclas y que, si el encargado le ve, le echará del recinto. «Yo iba con mis amigos, todos suníes, por cierto. Allí había de todo, de todas las orientaciones, así que imagino que algunos cánticos les harían más gracia que otros. Pero les gustaba el ambiente y la animación. Es cierto que esos amigos son de familias seculares de orientación izquierdista.

»A mis padres les decía que iba a la Perla, y ellos estaban encantados, orgullosos de la voluntad política de su hijo, pero bueno, la verdad es que yo aprovechaba para pasar la noche en casa de mi novia surcoreana.»

Nadie conocía a Ayat al Qurmezi, la poeta de veintidós años que subió al estrado de oradores de la Perla, cubierta con hiyab y abaya, a recitar un poema avasallador y magnético contra el rey Hamad que cautivó al público, hombres incluidos, poco acostumbrados a dejarse seducir por la voz de una mujer, y menos de una mujer joven que les habla desde lo alto. En el libro *Freedom Without Permission*, Frances S. Hasso cita a un joven intelectual bahreiní que asistió en directo al recitado del poema en la Perla. «Puedes escuchar su voz agrietándose. Está expresando algo que ellos (el público) nunca habían tenido ni la elocuencia ni la aspereza de decir. Es una performance radical.» En esta despiadada crítica al tirano hay otras rendijas más oscuras, como cuando la joven poeta lanza varios dardos contra los emigrantes asiáticos que quitan el trabajo y las casas a los nativos. «Xenofobia orgiástica», sentencia el joven intelectual que escuchó el recitado.

El miedo empezaba a extenderse entre algunos manifestantes. Sayed Ahmed, ingeniero chií en paro, había sufrido una herida en la cabeza durante el primer desalojo de la Perla que le dejó una

cicatriz en la frente, claramente visible frente a las cámaras de Al Jazeera. Sus palabras suenan a profecía: «¿Qué pasará si la rebelión no triunfa? Vamos a ser destrozados por todos los medios. Van a ir a por nosotros uno a uno. A cualquiera que haya salido hablando delante de una cámara. O ganamos o morimos.»

El miedo convivía con la euforia y la sensación de triunfo inminente. Después de todo, a pesar de los intentos gubernamentales por vender la revuelta como un golpe de Estado chií, en la Perla se seguía cantando: «Sunies y chiies somos hermanos.» A pesar de las presiones de los manifestantes y del ala dura de la familia real, las conversaciones entre gobierno y oposición seguían vivas. Una reforma democrática –una monarquía constitucional con un Parlamento electo con capacidad legislativa real– sin más derramamiento de sangre parecía posible.

Todo esto estaba ocurriendo a una hora en coche de los pozos petrolíferos de Arabia Saudí.

A una hora en coche de la plaza de la Perla, inspirados por los sucesos de Bahréin, los chiies saudíes habían salido a la calle a protestar. Al gobierno saudí no le costó reprimir esos focos aislados de revuelta, pero la inquietud se había instalado en todos los palacios de todas las monarquías del Golfo. Si existía una mínima oportunidad de contagio revolucionario, si los sunies y chiies de la región unían sus fuerzas contra los gobiernos autocráticos –como parecía que estaba ocurriendo en Bahréin–, había que amputar el tumor de golpe. Si algo tenían claro los gobernantes de los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) es que la Primavera Árabe no podía triunfar en el Golfo. Había llegado la hora de los tanques. Comenzaba la contrarrevolución.

El 14 de marzo se activó el escudo protector de la península, el pomposo nombre con el que los países del CCG habían bautizado a su fuerza militar conjunta. Fue creada en la cumbre del Golfo celebrada en Bahréin en 1982 y rubricada con la inauguración del monumento de la Perla, convertida ahora en epicentro del terremoto. El escudo protector de la península debía defender a los países miembros de una agresión exterior, pero cuando Irak invadió Kuwait, esta fuerza se reveló inútil. Estaba llamada a glorias más bajas: reprimir a civiles bahreinís y arrasarse la plaza creada en su honor treinta años antes.

14 de marzo de 2011. Las tanquetas saudíes avanzan despacio por el puente que une Bahréin y Arabia Saudí. Marchan en fila india, bajo uno de esos cielos sucios y desenfocados tan típicos del Golfo. El tintineo de las luces de los vehículos resalta la inminencia del ataque, pero la sonrisa de los soldados asomados por la escotilla, haciendo el signo de la victoria y saludando a las cámaras con la mano, le resta dramatismo bélico a la escena y le da un aire de parodia, de excursión feliz, de pasarela para lucirse. El soldado americano en Irak no tenía mucha idea de qué gente estaba invadiendo; el saudí, sí: ha sido programado para odiar a los chiies desde pequeño, en la escuela, en la mezquita, en la televisión y en su familia. Es el Ku Klux Klan yendo a linchar un poblado de negros. Van dispuestos a matar, pero saben que no van a una guerra. No hay guerrilla que merezca tal nombre en las calles de los pueblos chiies. No hay comandos de Hezbolá armados con morteros, como sostiene la propaganda gubernamental. A ambos lados de la carretera, un puñado de «leales» aplauden y jalean al invasor. Mientras tanto, la televisión estatal de Bahréin muestra imágenes de archivo del rey Abdalá de Arabia Saudí bailando la danza guerrera beduina con el rey Hamad.

En los cables de WikiLeaks se lee cómo el ministro de Exteriores británico es reprendido por su homólogo saudí por haber utilizado en Al Jazeera la palabra «invasión».

No era la primera vez que los saudíes cruzaban el puente para invadir Bahréin. En los documentos desclasificados por WikiLeaks hay un hilo de correos entre analistas de la empresa de inteligencia Stratford en los días posteriores a la invasión de 2011. Intentan confirmar el dato de una invasión previa saudí en 1994, pero apenas hay fuentes en inglés que hablen de este episodio. Se percibe, en los correos, cierta reticencia a calificar como invasión la intervención saudí de los noventa. ¿Rigor informativo o incomodidad por reconocer la tendencia saudí a mandar los tanques una vez por década? Un analista encuentra información en árabe en la que el Frente Islámico de Bahréin, organización islamista chií, habla de la intervención saudí el 18 de diciembre de 1994, con 4.000 guardias nacionales y 60 tanques. Otro de los analistas pide ser cauteloso con esta información de una «fuente no fiable», pues se trata de un grupo chií que participó en el intento de golpe de Estado de 1981 y al que acusa de ser culpable de la tensión en la isla.

La propaganda iraní mima la lucha de la oposición de Bahréin, un jugoso cóctel que, convenientemente narrado, le sienta como un guante a su geopolítica regional: una oposición liderada por chiíes discriminados que luchan contra una monarquía suní, satélite de Arabia Saudí. A esto se unen las reclamaciones territoriales de Irán sobre Bahréin, sustentadas en un lejano dominio persa sobre la isla. El gobierno de Bahréin, a su vez, se apoya en estas reclamaciones territoriales para acusar a la oposición de estar dirigida y armada por Irán. Es difícil ponderar la supuesta ayuda iraní a ciertos grupos de la oposición chií: el Ministerio del Interior de Bahréin anuncia todos los meses el desmantelamiento de una supuesta célula terrorista; desde la oposición se niega con insistencia cualquier implicación iraní en su lucha. «La acusación de que los chiíes quieren la anexión a Irán no se la creen ni los *loyalists*», me dice Amin en la barra del Old Beans, en Adliya, mientras bebe una lata de medio litro de una cerveza polaca. «Tan solo después de la revolución iraní de 1979 hubo en Bahréin algún clérigo chií que no hubiera visto con malos ojos la anexión. Pero por lo demás es una idea sin apoyo popular, aunque solo sea porque Irán es un país mucho más pobre y no habría ninguna expectativa de mejora económica.» En 1934, el asesor de la familia real bahreiní Charles Belgrave escribió que los baharna preferirían morir antes que declararse súbditos persas.

Un grupo de jóvenes se manifiesta con sables y hachas al grito de «Queremos tomar el hospital de Salmaniya». Bandas de grupos paramilitares atacan la Universidad de Bahréin, disparando ráfagas de fuego desde coches o dando palizas a los estudiantes con bates, palos con pinchos y cadenas. Son los cachorros de la élite suní, criados en burbujas de poder como Riffa, donde los Al Jalifa instalaron en el siglo XVIII la fortaleza desde donde vigilaban y sometían al resto del país. Perdura en ellos una mentalidad de señor feudal, una pulsión nostálgica hacia los relatos heroicos de los antepasados. Se saben hijos de los conquistadores y, como tales, perciben a sus conciudadanos como súbditos rebeldes a punto de tomar el palacio.

Estos son los suníes que celebraron la llegada de los tanques como si fuera un desfile de sus gloriosos antepasados. Había entre ellos islamistas radicales y ateos occidentalizados. Solo les unía el miedo –y el odio– ancestral al chií.

Muchos otros suníes, en vez de aplaudir al invasor, aguardaron a los tanques saudíes, junto al resto de los manifestantes, en la plaza de la Perla. Los militantes de tradición izquierdista curtidos en todas las revueltas desde los años setenta, como Ibrahim Sharif, los herederos de la lucha

anticolonial, los que montaron los primeros sindicatos del mundo árabe, los que han sufrido cárcel, tortura y exilio. Ellos apoyaron las movilizaciones desde el principio y sufrieron la represión gubernamental con tanta furia como los chiíes.

Entre los suníes que jalearon a los tanques y los suníes que los sufrieron estaban los indiferentes, esos jóvenes dandis de la élite, amantes de los coches de gran cilindrada y de Paulo Coelho, excelentes animadores de las fiestas de expatriados, divertidos, carismáticos, preocupados por el calentamiento global, denunciadores en su muro de Facebook de cualquier injusticia, salvo de aquella que les permitía mantener sus privilegios. Me los imaginaba como ese playboy liberal español de los años treinta, poco religioso, nada meapilas, concedor de las vanguardias artísticas europeas, que se mofa de la estética marcial de los pistoleros de Falange, pero que respira aliviado cuando Franco da el golpe de Estado. Gente como H. que, en mitad de una fiesta, cuando había confianza, decía frases como: «Los chiíes son mayoría en cantidad, pero no en calidad.» Hablaban de los chiíes con el mismo desprecio con el que yo siempre he oído hablar en España de los gitanos.

Estaban también los que dudaron, los que habían mirado con simpatía las reclamaciones del 14 de febrero, e incluso habían participado, siquiera por curiosidad, en la primera acampada de la plaza de la Perla. Laicos, políticamente moderados, socialmente occidentalizados, satisfechos con su nivel de vida y con la relativa relajación social del país, poco concienciados, pero no ciegos, ante la violencia policial que nunca habían sufrido en persona –aunque sí algunos familiares mayores o incluso amigos–, indignados con el indescriptible nivel de corrupción gubernamental. Esa población aspiraba a un ligero retoque democrático, pero nunca a un cambio de régimen. No se habían criado en el odio visceral al chií, como los cachorros paramilitares que se manifestaron con sables y hachas en Riffa, pero sí en la desconfianza: en los medios oficiales, en el colegio, en las comidas familiares les habían grabado a fuego una dicotomía primigenia e indestructible: o monarquía de los Al Jalifa o teocracia chií de inspiración iraní. A medida que los cánticos de la Perla se fueron radicalizando, a medida que los más conservadores intentaron segregar el espacio en función del sexo, a medida que fueron ganando protagonismo los líderes de los partidos chiíes más extremistas, se activaron las alarmas ancestrales y los suníes moderados se batieron en retirada hacia posiciones progubernamentales. La preocupación se convirtió en desconfianza, y la desconfianza en miedo, y el miedo en paranoia y la paranoia en odio sectario. No todos siguieron esta evolución, ni todos quemaron estas etapas al mismo ritmo. Pero la semilla, posteriormente exacerbada por la propaganda gubernamental, surgió en los tumultuosos días de finales de febrero y primeros de marzo, cuando se produjo la ocupación del centro financiero y la convocatoria de huelga general y estallaron ocasionales enfrentamientos callejeros –puntuales y sin víctimas– entre grupos de chiíes y de suníes. Olvidaron los sueños reformistas y abrazaron la teoría del mal menor: mejor la familia real corrupta que una teocracia chií. Toda barbarie se puede justificar en Oriente Medio según esta ecuación del mal menor. Mejor Gadafi que, mejor Mubarak que, mejor Al Asad que, mejor Sadam que. Es la misma línea argumental que comparten la derecha liberal y la izquierda comunista y las monarquías del Golfo y los *think tanks* y los gobiernos europeos y americanos y los expatriados que nunca han salido del Country Club y de los bares de Adliya. Como me dijo un amigo español: «No me da pena lo que ha ocurrido con las Primaveras Árabes. Ellos se lo buscaron.»

La división sectaria entre suníes y chiíes nace de un cisma sucesorio tras la muerte de Mahoma.

No existen diferencias teológicas de peso entre ambas sectas, solo pequeñas variaciones rituales e iconográficas, y desavenencias sobre la validez de parte del corpus canónico. Durante la escritura del libro pensé en profundizar en estas diferencias, pero cuanto más detallista era el relato más tenía simplificarlo y distorsionarlo todo. ¿Explican las noventa y cinco tesis de Lutero la guerra civil entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte? Temía caer en la trampa.

La primera trampa del discurso sectario suní-chií es su utilidad. Las etiquetas simplifican el relato, ayudan a catalogar realidades inabarcables. La segunda trampa es darle a esta etiqueta un valor exclusivamente religioso, cuando es la discriminación política de los distintos gobiernos la que lo dota de contenido. Si beneficias o castigas a todo un sector de la población en función de estas etiquetas, estás obligando a estas personas no solo a identificarse con ellas, sino a hacerlo por encima de otras identidades (políticas, ideológicas, sociales, culturales, geográficas). «Ni siquiera soy chií, soy ateo, soy liberal», me decía con gesto de fastidio un amigo chií. Lo cual nos lleva a la tercera trampa: la falsa homogeneización. Dentro de la etiqueta suní y dentro de la etiqueta chií cabe toda una tabla Excel de distintas sensibilidades políticas y religiosas, desde el ateísmo al rigorismo islamista, desde el comunismo a la ultraderecha. La cuarta trampa es el comodín geoestratégico: como los grandes enemigos del mundo islámico –Irán y Arabia Saudí– profesan cada uno una rama distinta del islam, ¿por qué no explicar todos los conflictos de la región en clave sectaria? Así, por ejemplo, englobamos dentro de la categoría chií a los alauitas sirios –una rama laica– o a los hutíes yemeníes –una tribu de las montañas tan ajena a un bahreiní como un pastor polaco a un ejecutivo madrileño–. Antes de que estallasen estas guerras, ningún chií bahreiní o libanés o iraquí se habría identificado jamás con un alauita o un hutí. Lo cual nos lleva a la quinta trampa: la profecía autocumplida. A base de reducir todo conflicto político o geoestratégico a un código binario suní-chií, muchos musulmanes –y por descontado, toda la prensa internacional– han terminado por interiorizar el relato del odio sectario. La guerra civil en Irak y Siria y la aparición del Estado Islámico han terminado por darle la razón a la primera, a la segunda, a la tercera y a la cuarta trampa.

Nos conocimos en las fiestas de expatriados. Nunca hablé con ella de política hasta tres años después, cuando volví a verla en Madrid. Quedamos en una cafetería del Retiro. Le pregunté si no le importaba que tomara notas. Asintió, y añadió una advertencia: «No pongas mi nombre, ni demasiados detalles.» El régimen de terror en Bahréin es tan eficaz que ni siquiera quienes viven de espaldas a la política se atreven a aparecer con su verdadero nombre. Todo lo que no sea alabar al régimen es subversivo.

–Crecí en una burbuja de seguridad, protegida de los problemas políticos del país. No percibía la división sectaria porque mi madre es chií y mi padre, suní. Aunque tuvieron algunos problemas cuando quisieron casarse, el típico momento Romeo y Julieta, aunque dicen que mi abuela se desmayó del disgusto cuando se lo dijeron, lo cierto es que ambas familias terminaron por aceptarlo y las relaciones entre ambas partes siempre fueron muy buenas. Las tiranteces en mi familia, cuando las ha habido, no han sido por eje sectario, sino entre las personas más seculares y los más religiosos, independientemente de su secta. Yo no percibía ninguna marginación de los chiíes: mis familiares eran hombres de negocio exitosos.

»De pequeña, mis padres me enseñaron a no hablar nunca de política. Siempre supe que no había libertad en Bahréin. ¿Cuándo se da cuenta un niño de eso? En mi caso cuando la policía detuvo a mi tío. Creo que siempre tuve muy claro que Bahréin no era un lugar seguro. Creo que

siempre supe que en este país no había libertad. De adolescente, era muy consciente de las limitaciones, más en mi caso, siendo mujer: siempre soñaba con irme fuera. Es raro, siempre fui “muy occidental”, no sé por qué, ni mi educación ni mi familia lo son especialmente. Ni mis hermanos. Yo no soy religiosa, pero entiendo perfectamente el sentimiento religioso. Mi abuela, que solo había estudiado en una escuela coránica, me acompañó al aeropuerto cuando me fui a estudiar a otro país. Estuvo conmigo hasta el momento del embarque. Me dijo: “Estudia todo lo que puedas.” Y luego añadió, riendo: “Pero también puedes buscar un marido.”

»Cuando estallaron las revueltas de 2011 no podíamos creer que aquello estuviera pasando. No fui a la Perla. Tenía miedo. No creía que cambiaríamos las cosas yendo a la Perla. En esta parte del mundo, las manifestaciones no sirven. Además, acababa de ser madre y tenía algunos problemas con mi marido. Nos impresionó mucho oír lo que algunos amigos de la familia durante más de cuarenta años empezaron a decir de los chiíes. Todo ese veneno, ese odio, ¿de dónde venía?

»Fui egoísta: tenía mis propios problemas. Hacía muchos años que había abandonado la idea de convertir a mi país en un lugar mejor. De adolescente, soñaba con acercar el mundo árabe a Occidente, pero cada vez que volvía a Bahreín me daba cuenta de que estábamos muy lejos, de que eso no ocurriría en mi generación. Ahora, con el paso del tiempo, ni siquiera sueño ya con cambiar las cosas. Pienso: “Yo soy la diferente. Igual no tengo que cambiarles, igual soy yo la que tiene que irse.” Lo que pasa en Bahreín ya no es mi causa.

–¿Y tus hijos? ¿Comprenden lo que pasa en el país?

–No. Estudian en un colegio internacional. Pasan más tiempo con hijos de expatriados europeos que con bahreinís.

–¿Y nunca preguntan? ¿Cuando ven una carretera cortada por neumáticos o cuando ven a la policía antidisturbios?

–No, donde vivimos no se ven esas cosas. En mi vida, yo misma no habré visto más de dos enfrentamientos de manifestantes con policías.

Berlín, 2017. Lllaman a la puerta de casa del poeta Ali al Jallawi. Es una chica de la compañía de gas que le informa de un provechoso cambio de tarifa. Rubia, pelo corto, pantalones vaqueros rotos, muy correcta, impecable en las formas. Ali está de un humor excelente, aunque no haya dormido bien –me dice que ya nunca duerme bien–, escucha la presentación de la chica, la invita a pasar, le ofrece un té.

Ali le dice a la chica que sonrío mucho y que eso le gusta pero que es muy raro en Alemania ver esas sonrisas. Luego procede a firmar todas las hojas del nuevo contrato que ella le alcanza en su carpeta. «Tengo una última pregunta», dice Ali: «¿Por dónde salen los alemanes?» Los clubes a los que él va están siempre llenos de extranjeros, añade sonriendo. Le explica también que es muy difícil practicar el alemán porque los alemanes no tienen mucha paciencia, que un vecino le preguntó por qué no tenía cortinas en la ventana del baño, que otra mujer le preguntó por qué vivía él en Berlín.

La vendedora de gas se queda un poco cortada, pero en ningún momento pone mala cara o gesto de fastidio. Busca en el móvil, se excusa diciendo que ella no sale mucho, y tras un rato de búsqueda nos recomienda el nombre de un club «mixto» donde van alemanes y extranjeros, no muy barato, pero normal. El club se llama La Perla. Ali y yo nos miramos y nos reímos.

La chica nos mira extrañada.

Al Jazeera, 14 de marzo.

Un aburrido presentador inglés resume la situación en Bahrein con el tono de quien lee los horarios de una estación de tren. Es uno de esos momentos en los que la más impecable objetividad periodística suena a relato cómplice. Desde Riad, el escritor Abdulá al Alami pone voz al relato saudí. Miente sin ira y sin odio, con la plácida ceremoniosidad del hipócrita inteligente: nada personal, solo negocios. Se limita a jugar con las palabras: no es una invasión, sino una invitación del rey bahreiní. No son tropas saudíes, es una fuerza multinacional.

Nabeel Rajab interviene vía telefónica desde Bahrein. Habla con la excitación y la ira de quien ha visto a gente asesinada y de quien sabe que esos tanques se dirigen ahora a su casa.

–Bahrein es un precioso archipiélago de treinta islas, con gente pacífica y maravillosa –dice Abdulá al Alami en un surrealista apunte geográfico.

–Sí, treinta islas de las cuales solo podemos visitar tres. El resto son de la familia real – responde Nabeel.

«Nos dará más valor para resistir», dice sobre la invasión saudí una chica en la plaza de la Perla. «No tenemos miedo. Nada nos hará cambiar. Seguiremos defendiendo nuestros derechos a no ser que nos maten a todos», dice otro joven en una tienda de campaña. No se percibe en sus palabras ni un gramo de fanfarronería. A diferencia de otros manifestantes de otras latitudes, ellos sí tienen memoria de la represión y la cárcel. Saben perfectamente lo que se les viene encima.

«Alrededor de las cinco de la mañana, me di cuenta de que no había señal de internet. Pregunté a los demás y me dijeron que tampoco tenían cobertura en el móvil. Esto era la señal de que algo iba a ocurrir», recordará meses más tarde otro manifestante en *Shouting in the Dark*.

Los soldados saudíes y los policías bahreiníes se disponían a tomar la plaza de la Perla, esta vez para siempre.

«Vi cómo mataban a gente delante de mí en la plaza de la Perla», me dice un periodista en la terraza del bar Barcelona, en Adliya: «Tardé tres años en superarlo.» El nerviosismo de su voz y la locuacidad de su relato parecen contradecir su recuperación. La invasión, las detenciones de amigos y familiares, la persecución de la policía, las amenazas de muerte recibidas en las redes por funcionarios del Ministerio del Interior, el grito de sus hijos pidiéndole que hiciese callar al helicóptero que sobrevolaba su casa, el miedo en los *checkpoints* de soldados saudíes. De todo aquello solo huye cuando viaja fuera del país o cuando, de vuelta en Bahrein, recuerda algunos de los lugares que más le impresionaron. Ama Andalucía no como territorio irredento a reconquistar, sino como recordatorio de lo que su cultura puede conseguir cuando no se está autodestruyendo. De ese pasado lejano no mitifica las conquistas, sino la arquitectura, las artes, los poetas. También la convivencia religiosa. De todas las distorsiones históricas, esta siempre me ha parecido la más deseable.

Vio cómo mataban a gente delante de él, pero la imagen que nunca olvidará de la plaza de la Perla es la del chico joven que caminaba con una manguera de agua de riego en la mano. «Estaba sucio, despeinado, feliz. Me dijo que compraba champú en un supermercado cercano a la plaza para asearse. “No necesito nada más. Soy libre y soy feliz, decía.” Esa misma noche la policía asaltó el campamento. Nunca más volví a saber de él.»

Cadena SER, 17/03/2011. 9.52

CARLES FRANCINO: Cónsul honorario de España en Bahrein, Javier Baba Quirós, buenos días. ¿Qué nos puede contar de la situación? Porque la verdad es que lo que vemos en la tele nos inquieta muchísimo.

CÓNSUL: Yo precisamente vivo en la Perla y pudimos presenciar allí el ataque cuando se produjo en tiempo real.

C. F.: ¿Las protestas se repiten hoy, cónsul?

CÓNSUL: No, no, no, hoy es un día... Bueno, está decretado el toque de queda desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la madrugada en la zona de la Perla y en cuatrocientos metros a la redonda desde un punto... Bueno, para los que no conocen Manama, es una autopista, digamos, que va por el este, el este de la ciudad. El resto del país está normal, hay controles militares en varios puntos, pero, aparte de eso, vida normal entre paréntesis. No hay manifestantes por las calles, hay calles bloqueadas todavía por barricadas, pero pensamos que ya durante este fin de semana la cosa irá tranquilizándose un poquito.

C. F.: Yo quería preguntarle, señor Quirós, el movimiento de protesta..., los líderes de la oposición detenidos, etcétera, etcétera, ¿esto lo van a terminar en dos o tres días o va a tener continuidad, usted qué cree?

CÓNSUL: No, esto no se acaba, algo de esta envergadura..., tendrán que sentarse a hablar y negociar, lo que sí ha habido es una intervención un poco aplastante del ejército más que nada para acabar con la anarquía que se estaba produciendo, porque sí es cierto (los que vivimos aquí lo estamos viendo día a día) que las protestas han pasado de ser unas protestas de unas demandas concretas a sembrar el caos por todo el país. Ha sido irremediable esta intervención, realmente.

C. F.: Hombre, irremediable...

CÓNSUL: Lo cual no dice...

C. F.: Pero irremediable con fuego real y demás...

CÓNSUL: Eh..., lo del fuego real también hay que ponerlo entre paréntesis. Ha habido en la toma de la plaza, nosotros que hemos estado ahí viéndolo..., lo que se han disparado son gases lacrimógenos, no ha habido ni un solo disparo de fuego real.

C. F.: Ya.

CÓNSUL: De hecho, no ha habido ni un solo detenido en la plaza, lo contrario: ha habido dos policías muertos atropellados por los vehículos de los manifestantes que se escapaban.

C. F.: Ya, y cuatro manifestantes muertos ayer.

CÓNSUL: Tres manifestantes han muerto y tres policías murieron ayer.

C. F.: ¿Está al corriente, cónsul, de que esta mañana han detenido al menos a cuatro líderes de la oposición?

CÓNSUL: Creo que son siete los que han detenido.

C. F.: Ah, ¿siete al final?

CÓNSUL: Sí.

C. F.: O sea que parece que hay un intento de descabezar el movimiento clarísimo, ¿no?

CÓNSUL: De momento se ha procedido a detener a estos señores porque tienen que responder ante la ley porque aquí ha habido... ha habido mucho caos aquí durante los últimos días, un mes bajo esta situación.

C. F. (suspira): Bueno...

CÓNSUL: Lo que es lamentable, a ver, los medios tienen un punto de vista, nosotros los que vivimos aquí tenemos otro punto de vista, estamos viendo lo que está pasando. Gran parte de los

manifestantes eran jóvenes de dieciséis, diecisiete, dieciocho años que han sido manipulados, han sido llevados, independientemente de que muchas de las reivindicaciones tengan sentido y que se tenga que sentar a negociarlas, pero pensamos que hay días y días, y en los últimos días esto ha sido una anarquía total, les puedo contar que ha habido gente que a la han apaleado en la calle por el hecho de ser asiáticos, ha habido personas que han muerto a golpes por los manifestantes.

C. F.: Bueno, pues Javier Baba Quirós, cónsul honorario de España en Bahréin, gracias por estar esta mañana en la Ser.

CÓNSUL: Muchas gracias.

C. F.: Buenos días.

Desde las ventanas del hospital de Salmaniya se veían las nubes de humo de la cercana plaza de la Perla. El ambiente en los pasillos era de pánico. El hospital público más grande de la isla se había convertido en blanco de los ataques gubernamentales desde la madrugada del 17 de febrero, cuando las fuerzas de seguridad golpearon a varios médicos que prestaban auxilio a los heridos del primer desalojo. Al día siguiente el personal médico, formado por chiíes y suníes, se manifestó a las puertas del hospital pidiendo la dimisión de la ministra de Sanidad. Los acompañaban centenares de familiares de heridos que ya no abandonarían el aparcamiento del hospital hasta la llegada de las tropas saudíes.

A esas movilizaciones el gobierno reaccionó con una campaña de intoxicación mediática que acusaba al personal de Salmaniya de negar atención médica a los pacientes suníes e incluso de asesinar a heridos leves para culpar a las fuerzas de seguridad. La expresión más grotesca de esta campaña fue la llamada de una «oyente anónima» –que se hace llamar Madre de Jalifa– a un programa de la televisión nacional. Entre llantos histéricos, dice: «Esto es una llamada especial al rey Hamad para que envíe al ejército inmediatamente para rescatar a los suníes del hospital de Salmaniya. ¡Manda al ejército, manda al ejército ahora, para rescatarles! Van a matarlos a todos delante de todo el mundo. ¡Están tomando rehenes!»

El presentador agacha la cabeza, se tapa las manos y finge un llanto que sacude su cuerpo.

Desde el estallido de la revolución, un equipo de Al Jazeera se había instalado dentro del hospital de Salmaniya. Delante de sus cámaras desfilaron médicos y enfermeros denunciando la represión y negando las acusaciones de odio sectario lanzadas por el gobierno. La doctora suní, Nihad Shirawi, con los ojos llorosos, la nariz roja, abrazada a una enfermera, dice: «Aquí tratamos a chiíes, a suníes y extranjeros, a todo el mundo.» Khadija Hammadi, periodista de la televisión estatal, también niega las acusaciones lanzadas por su propia cadena: «Quien diga que esto es una revolución chií, miente. Es una revolución bahreiní.»

Al borde del colapso nervioso, el doctor Ali al Akri implora ayuda a la comunidad internacional. De todos los médicos del hospital, él era el que estaba más acostumbrado a tratar heridos de guerra. Había acudido como voluntario a Gaza para trabajar en un hospital de campaña bajo los bombardeos israelíes de 2009. «Ni siquiera en Gaza había visto cerebros desparramados», dirá sobre los heridos que llegaban al hospital de Salmaniya.

Esa misma noche fuerzas policiales bahreiníes y militares saudíes con pasamontañas, apoyados por tanques y helicópteros, tomaron el control del hospital y expulsaron a los periodistas de Al Jazeera, que lograron captar imágenes de un grupo de soldados dando una paliza a un médico a las puertas del hospital. De lo que ocurrió dentro solo hay testimonios del personal hospitalario.

Hablan de interrogatorios a los heridos hospitalizados y del establecimiento de un centro de detención y tortura en una de las salas del hospital.

En los días posteriores, cuarenta y tres médicos fueron detenidos, torturados y condenados a penas de cárcel de entre cinco y quince años. Se les acusó de conspiración para derribar al gobierno, posesión de armas y formar células terroristas de Hezbolá. En una de las sentencias, se acusa a un médico de negligencia por no haber salvado la vida a un paciente al que la policía había disparado en la cabeza.

A Ali al Akri le acusaron de haber aprendido a manejar Kaláshnikovs en Gaza y de matar a pacientes suníes –él, que había arriesgado su vida para tratar a palestinos suníes en Gaza–. Lejos quedaba el homenaje brindado por las autoridades a su regreso de Palestina, cuando el rey en persona le entregó una condecoración y se refirió a Al Akri en el discurso como «mi hijo».

Una de las detenidas fue Nada Dhaif, la voluntaria del hospital de campaña montado en la plaza de la Perla, que pensaba que aquella experiencia serviría para tener «un buen puñado de anécdotas que compartir con mis amigas tomando el té». Fue detenida el 18 de marzo. Torturada durante veintidós días firmó una confesión que señalaba a Ali al Akri como jefe de una célula terrorista.

Toda la prensa independiente que fue testigo de aquellos hechos desmontó la versión del gobierno. También lo hizo la comisión de investigación independiente¹ –liderada por el jurista egipcio de la ONU y experto en crímenes de guerra Mahmoud Cherif Bassiouni–, que el gobierno se vio obligado a autorizar por presiones internacionales. Pero muchos suníes siguen convencidos de que Salmaniya fue una especie de base terrorista chií. Y algunos expatriados, también: «Los chiíes hicieron mucho daño en Salmaniya», recuerdo que me dijo un amigo portugués.

Arrasada la plaza de la Perla, conquistado militarmente el hospital de Salmaniya, se procedió a desplegar los tanques alrededor de los pueblos chiíes y a establecer *checkpoints* militares por todo el país. Comenzaron las detenciones arbitrarias, los asaltos a las casas y las desapariciones. Por las noches comenzaron a aparecer cadáveres torturados en las calles, como el del editor Karim Fakhrawi, erudito local amante de la historia, fundador del diario *Al Wasat*. Su delito: ir a comisaría a presentar una queja por el asalto de las fuerzas de seguridad a su casa.

La televisión nacional hizo un llamamiento para identificar a todos los «traidores» que habían participado en las manifestaciones. A la persecución se unieron páginas de Facebook creadas para ayudar a identificar a manifestantes. A los señalados se los detenía, torturaba o, en el mejor de los casos, eran expulsados de sus trabajos o de la universidad.

Por televisión desfilaban manifestantes con la mirada perdida confesando sus crímenes y solicitando perdón. Entre ellos, la poeta de diecisiete años Ayat al Qurmezi, detenida por haber leído un poema contra el rey en la plaza de la Perla. Fue puesta en libertad gracias a una campaña de presión internacional. Asegurará haber sido torturada por la princesa Noora bint Ibrahim al Jalifa en persona.

«Que un muro caiga sobre las cabezas de aquellos que pidieron la caída del régimen. Ya sea un atleta, un activista o un político... Bahreín es una isla y no se puede escapar», dijo el príncipe jeque Nasser bin Hamad al Jalifa en televisión, en conexión vía telefónica, ante la mirada reverencial del presentador y los tertulianos en formación de tribunal inquisidor. Los presentadores se relevaban para insultar a los acobardados jugadores de la selección nacional de fútbol que intervienen por teléfono. Horas después, serán detenidos por la policía.

El *reality show* era tan vertiginoso que a veces se cometían errores grotescos: el 28 de abril emiten la confesión de Ali Saqer, acusado de haber matado a dos policías. Luce aspecto de zombi maltratado, con los ojos al borde la locura. La puesta en escena no es lo más tétrico de esta representación, sino los tiempos: dos semanas antes de la emisión del arrepentimiento el cuerpo sin vida de Ali Saqer había aparecido, con evidentes signos de tortura, tirado en la calle.

Todo esto ocurría junto a la base de la Quinta Flota del ejército estadounidense.

«Nacidos, como somos, de una revolución que buscaba la libertad, damos la bienvenida a esta ola de Oriente Medio y el norte de África liderada por los jóvenes que están marcando el camino. Porque dondequiera que la gente quiera ser libre, encontrarán un amigo en los Estados Unidos de América. En última instancia, es esa fe, esos ideales, la verdadera medida del liderazgo estadounidense. Algunas naciones son capaces de apartar la mirada de las atrocidades cometidas en otros países. Estados Unidos de América es diferente. Allí donde la gente quiera ser libre, encontrará un amigo en Estados Unidos.»

Obama, 28 de marzo de 2011, anunciando las operaciones de la OTAN en Libia.

«Han comenzado las obras de reforma de la rotonda del CCG para aligerar el tráfico de la zona», dice la presentadora de los informativos del canal estatal. La locución viene acompañada por imágenes de la estatua destruida, un revoltijo de patas blancas en el centro de una rotonda arrasada. La presentadora enumera de forma involuntariamente cómica –sin hacer una sola alusión a los eventos del último mes– la importancia comercial de este emplazamiento: «Camino importante usado a diario por ciudadanos, residentes y visitantes al reino. Es el centro de un área que incluye centros comerciales, oficinas, instituciones financieras, bancos nacionales e internacionales, lugares de entretenimiento, hoteles.»

La propaganda gubernamental del Golfo, cuando sabe que es imposible mentir porque la mentira no se la van a creer ni siquiera sus partidarios, se limita a hacer descripciones geográficas, como cuando el entrevistado saudí comentaba en Al Jazeera, a propósito de la invasión saudí, que Bahreín era un hermoso archipiélago de treinta islas.

La mentira, esta vez, era tan burda, que hasta el ministro de Exteriores desmiente la versión oficial delante de toda la prensa internacional.

–Etham, del *New York Times*. Quería saber por que habéis destruido el monumento de la rotonda de la Perla. ¿Queríais mandar un mensaje a la gente que ha estado allí el último mes?

–No, no queríamos mandar un mensaje a la gente que estuvo allí el último mes. Te lo diré de una manera simple: nos hemos desecho de un mal recuerdo.

La imagen que no mostró la televisión estatal se puede ver en YouTube. Al derribar la estatua, una de las patas blancas cayó encima de una de las grúas y mató en el acto a un operario paquistaní. El vídeo, colgado en YouTube por la 14FebTV, está acompañado por una melodía que recuerda a cortinillas de concurso televisivo de los setenta. El efecto es inexplicablemente grotesco.

«No hay nada tan invisible en este mundo como un monumento. No hay duda de que son erigidos para ser vistos, pero al mismo tiempo están impregnados con algo que repele la atención», escribe Robert Musil.

Al derribar la estatua de la Perla, al retirar de la circulación las monedas de 500 fils que tenían su imagen grabada, al prohibir toda representación gráfica de la estatua, el gobierno multiplicó su potencial simbólico. La estatua de la Perla era un simple monumento. Ahora es indestructible.

FIESTAS

Llegué a Bahreín después de las inundaciones de noviembre. La temporada de lluvias, decía el periódico, había sido especialmente intensa ese año. La visión de pequeños lagos al borde de la carretera, surgidos en los terrenos baldíos usados como aparcamientos, añadía un toque de exotismo inesperado, de fallo de sistema.

Recortaba los titulares del *DT News*, el periódico de papel satinado escrito en inglés que todas las mañanas aparecía dentro de una bolsa de plástico colgada del pomo de la habitación del hotel: «Lo que el viento se llevó.» «No descansan en paz», leía en portada sobre los destrozos provocados en el cementerio de Nuwaidrat. El primer párrafo de esa noticia era una síntesis perfecta de la prosa desacomplejada que el diario utilizaba en las noticias de color: «Las duras lluvias que azotaron el reino la semana pasada no han perdonado a nadie, ni siquiera a los muertos.» El artículo criticaba a las autoridades locales y elogiaba los esfuerzos del gobierno y las declaraciones de solidaridad de la Casa Real. Los regímenes autoritarios, ya sean reyes del Golfo o el gobierno chino, cultivan con mimo la crítica a las administraciones locales para poder salvaguardar al poder central.

No buscaba placer estético en el equilibrio de la maqueta ni información contrastada ni firmas ingeniosas, tan solo historias sobre un lugar que desconocía por completo. Todo era nuevo y nada me aburría. No había sensación de repetición. Cualquier periódico, por muy manipulado que esté —y el *DT News* lo estaba a niveles grotescos—, es una fuente de información fabulosa.

No era fácil informarse de lo que ocurría en Bahreín, ni siquiera viviendo en Bahreín. Se podía seguir el recuento de detenidos, muertos, presos huidos, condenas y ejecuciones porque el propio Ministerio del Interior ofrecía esa información. Para reconstruir los detalles de cada uno de esos episodios había que acudir a las ONG internacionales y a los medios de la oposición bahreiní con sede en Beirut, como Bahrain Mirror, o al único diario independiente impreso en el país, *Al Wasat*, definitivamente clausurado en 2017.

Los atentados atribuidos a los grupos opositores estaban siempre rodeados de hermetismo. Ni siquiera la gente de los pueblos donde había estallado la bomba era capaz de confirmar o desmentir la propia existencia del ataque, mucho menos de reconstruir los hechos con detalle. La secuencia posterior a cada atentado era siempre la misma: la prensa informaba de la autoría de alguna célula terrorista iraní y a continuación se desencadenaba una oleada de detenciones masivas en los pueblos.

Tenían los bahreiní una magnífica habilidad para desviar el tema de conversación cuando les preguntabas por hechos concretos relacionados con la política. Todo era confuso, incluso cuando le preguntaba a algún amigo que había acudido al lugar del atentado: «Yo estaba como a esa distancia de la policía que acordonó la zona», me explicó S., alargando el brazo y señalando la distancia entre nuestra mesa y la pared más cercana. «Y oí que los policías hablaban en un acento extraño, del Golfo, pero extraño. Debía ser de la zona emiratí junto al estrecho de Ormuz, un acento fuerte de una zona dura, de grandes soldados que lucharon con fiereza contra los portugueses, porque los portugueses fueron los primeros en colonizar esta zona, el Gran Bahreín

que era más grande que el Bahréin actual, llegaba hasta el sur de Irán y Omán, aunque a ellos, los portugueses, no les interesaba extender el cristianismo, solo hacer negocios. ¿Sabes qué? Los portugueses fueron los primeros en jugar la baza sectaria suní-chií para dividir, antes incluso que los británicos, poca gente sabe eso, si vas a escribir sobre Bahréin deberías ir al Archivo de Indias de Sevilla y al de Lisboa, ¿sabes qué?, en Jannusan, Shakhura, Karbabad y Al Qala (pueblos cercanos al fuerte portugués) hay influencia portuguesa en la gente, la piel, los ojos, de alguna manera me recuerdan al físico portugués, tiene sentido, algún portugués se quedaría a vivir en la zona, otros violarían a mujeres de la zona..., esa influencia se nota, yo lo veo en las mujeres, claro tú no puedes ver cómo son las mujeres de esos pueblos, pero yo sí», dice riéndose, «y me recuerdan a las portuguesas. Duraz y Barbar, sin embargo, son zonas colonizadas por los persas; Beni Jamra tiene origen yemení, Bahréin es un país con muchas influencias. ¿Sabes qué? En el antiguo mercado de Manama antes ni siquiera se hablaba árabe. Se hablaba farsi, hindú, urdu. Pakistán no tiene sentido. Un país inventado por la religión. Es como Israel, pero en musulmán.»

A las pocas semanas de instalarnos en Duraz me ofrecieron trabajar de intérprete para las enfermeras cubanas del hospital militar, la mano de obra cualificada más barata que habían encontrado en el mercado, con el único inconveniente de que no hablaban ni inglés ni árabe. Ensayé un currículum de fantasía, pero nunca me llamaron. Seguí siendo fiel a mi barbero de Adliya, a pesar de la lejanía y de su costumbre de ver la telenovela india mientras me acariciaba la yugular con la cuchilla. Los retratos del rey, el heredero y el primer ministro, omnipresentes en cualquier establecimiento, creaban un efecto cómico –casi sedicioso– entre las lociones y los pósters de playas tropicales.

Adoptamos a dos gatos callejeros que se nos quedaban mirando por las mañanas cuando desayunábamos en el jardín: Hummus, tierno y descoyuntado, con la piel a tiras, algo parecido a la lepra, y Mutabel, arisca, sana y calculadora. Le advertí a Carla que solo les diera comida en el patio, que no quería que los gatos entrasen en casa. Un año después, Mutabel parió en el salón de casa, entre las dos butacas contra la pared, el olor a sangre mezclado con humedad tropical y lejía.

Empecé a aprender árabe sin ningún método. *Jadiji el bent*, esta chica. *Hada al kursi*, esta silla. *Alhamdulilá*, gracias a Dios. Mi número favorito era el cinco, *jamsa*. Sonaba mejor si lo repetías acelerado y nervioso, como si regatearas en el zoco: *jamsa, jamsa*. Cuando Z. y M. vinieron a casa por primera vez, les fui recitando palabras en árabe como un niño pequeño, mientras señalaba un pájaro, un árbol, mi coche. M. sonreía comprensiva, con infinita paciencia. Empezamos a jugar al tenis con las pesadas palas playeras de madera maciza que me traje de Santander: cuando hice la maleta mi padre me preguntó varias veces si de verdad eso era necesario. La pista del *compound*, rodeada de palmeras y con el suelo lleno de agujeros y baches, era tan hermosa como impracticable. La urbanización, ahora me doy cuenta, tenía un aire de viejo *resort* abandonado.

Amin me regaló una vieja bici azul de carreras de su padre, que se pasó meses apoyada contra la pared blanca del patio. Amin aparecía por casa algunas mañanas, «Tengo prisa, un café rápido, cinco minutos», y podía quedarse horas encadenando cigarros y comentando la actualidad de Oriente Medio. Empezábamos en Yemen y terminábamos en los pueblos al otro lado del muro del *compound*. Cuando Amin se marchaba, yo me iba a nadar en círculos a la piscina de seis metros

de largo, siempre cubierta de hojas. Luego anotaba en mi cuaderno azul frases como: «La policía detuvo ayer a un chico de once años.»

Amin me dijo muchas veces que *islam* procede de *salam*, que significa paz, pero también sometimiento. Amin profesaba un ateísmo feroz, cargado de resentimiento, rescoldos de un fuego mucho más grande y personal. Un día, en el aparcamiento del zoco, dentro de su coche, buscó el Corán en su iPhone y me recitó una sura como si hiciese un conjuro. Cuando terminó de recitar, me miró orgulloso y burlón, y dijo: «Hace mucho que no recitaba, puedo hacerlo aún mejor.» Cuando le pregunté quién era su mayor referente intelectual de Oriente Medio me respondió: «Hasan Nasrallah» (el líder de la milicia integrista chií Hezbolá). Sospechaba que había algo de provocación en sus palabras, de *boutade* para occidentales –como cuando afirmaba, saboreando el espanto del interlocutor, que los terroristas del ISIS eran los únicos musulmanes coherentes, que el problema lo tienen quienes creen que es posible una religión de paz–, pero estaba siendo sincero: el ateo Amin, votante del partido laico izquierdista Waad (antes de su ilegalización), sentía verdadera admiración por el partido de Dios, bajo cuya ley él mismo sería un apestado y un perseguido. Pensé que ese fervor se debía a la identidad chií de Hezbolá, a su papel de milicia armada triunfante en un relato tradicionalmente abonado a la derrota y a la humillación. Amín podía ser irónico y venenoso con su identidad árabe o musulmana, pero nunca con su condición de chií, de la que estaba orgulloso hasta la fanfarronería: «Si los palestinos fuesen chiíes, Israel hace tiempo que hubiera dejado de existir.» Pero no solo era eso. Con el tiempo incluso amigas suníes laicas me reconocieron el carisma y la potencia de los discursos de Nasrallah: habituados a la retórica orwelliana y a las fintas y volutas de los discursos de sus reyes y ministros, el tono directo y duro (y el ocasional sentido del humor) de los discursos del líder de Hezbolá es celebrado como el ruido de una pedrada contra un escaparate de figuras de Lladró.

Amin tenía planes ambiciosos –cambiar la educación infantil en Oriente Medio, reconciliarse con su padre ultrarreligioso a quien una vez le deseó la muerte a gritos, montar una empresa, escribir una biografía sobre Mahoma–, pero más ambiciosa era su afición a la *shisha* y al backgammon, y más generosa su disponibilidad para ayudar a los demás a resolver problemas burocráticos cotidianos: renovar el seguro de conducción de su hermana, acompañarme una mañana de papeleos y atascos. Le encantaba ser cruel en sus comentarios, podía pasarse la tarde entera analizando rigurosamente las ventajas y desventajas de su inminente suicidio, y cuando estaba feliz era tierno y luminoso, con un rayo de travesura en forma de sonrisa.

Rafa vino un día de visita y nunca más se fue. Le gustó tanto la casa que a los quince minutos llamó al conserje y cerró el trato con un apretón de manos: sería nuestro vecino. Había ventajas obvias: siempre que iba al gimnasio, al cual nunca llegó, pasaba por casa con una botella de Chivas y una lata de anchoas. Había peligros: le hicimos prometer que no llenaría la urbanización de españoles.

Empecé a mover los papeles de la boda. Necesitábamos estar casados para que me dieran un visado y para que la empresa de Carla nos pagara el bono de reunificación familiar. Antes de viajar a Bahréin hice una visita al Registro Civil de Madrid: tras dos horas de espera me dieron cita para tres meses después, momento en el que podría volver para pedir otra segunda cita dos o tres meses después. Con un poco de suerte en siete meses, y miles de euros en billetes de avión, estaríamos casados. Pensé entonces, con el optimismo de la huida, que sería más fácil casarse en Bahréin. Escribí a la embajada española en Kuwait (de la que depende Bahréin), que me

recomendó que nos diéramos de alta en el registro consular. Así lo hicimos. Ese trámite no sirvió para acelerar los trámites de boda, pero sí para impedirnos votar en las siguientes elecciones. Después me puse en contacto con el cónsul honorario en Bahréin, el de la entrevista de Francino en la Ser, con la esperanza de que él pudiera officiar una boda, a la manera de un capitán de barco. No pudo, claro, pero sí nos firmó un papel que guardé celosamente en una carpeta junto a la botella de Tanqueray. Era un documento valiosísimo que me permitía, tres meses después de mi primera visita al Registro Civil de Madrid, llegar por fin a la casilla de salida. Ya solo me faltaban todos los trámites.

Fui a las oficinas del Ministerio de Justicia y Asuntos Islámicos bahreiní, que tenía su sede en los bajos de un centro comercial especializado en móviles. Allí un malhumorado hombre con zaub me entregó una lista de requisitos. El primero: un escrito de los empleadores de ambos cónyuges autorizándonos a contraer matrimonio. Intenté explicarle al hombre de zaub que ese tipo de documentos no existían en las empresas españolas, a lo que él replicaba señalando la hoja cada vez con más fuerza. También necesitábamos realizarnos análisis de sangre de *sickle cell* (SCD), una enfermedad hereditaria que afecta al 24 % de la población bahreiní. Como Carla tenía permiso de residencia, pregunté en el centro de salud más cercano de casa si podíamos hacernos los análisis. Me dijeron que sí y me citaron para dos días después. Cuando llegó nuestro turno, una enfermera nos tomó la tensión y nos hizo pasar a otra sala, donde finalmente una última enfermera nos dijo que nos fuésemos a una clínica privada. Como yo no tenía seguro médico, le pedimos ayuda a un amigo que trabajaba en otro hospital público. Movié sus hilos y logró colarnos en una consulta: luego se nos olvidó invitarle a la boda. El último requisito de la lista del hombre con zaub era el más fácil: necesitábamos dos testigos varones con nacionalidad o permiso de residencia bahreiní o, en su defecto, cuatro mujeres. También necesitaba una traducción jurada al árabe del documento firmado días atrás por el cónsul.

Busqué un traductor jurado por los callejones del Diplomatic Area. Elegí una oficina al azar, donde me atendió un indio que escuchó mi relato con ese profundísimo interés de quien piensa hacer exactamente lo contrario a lo que le pides. Consciente de que cometía un error –pero con la necesidad de volver a casa con la sensación de haber logrado un avance– le entregué el documento y le di mi número de teléfono. Salí de la oficina y, cuando estaba arrancando el coche, me llamó al móvil y me dio una enigmática orden: «Te veo en diez minutos en el Kentucky Fried Chicken: tengo buenas noticias.»

Me esperaba sentado a una mesa junto a la ventana. Me ofreció una silla e hizo un gesto al mostrador, de donde salió un empleado con su camiseta de rayas y su gorro de cocina. Empezaron a hablar entre ellos en hindi. El documento del cónsul pasaba de mano en mano entre el supuesto abogado indio y el cocinero convertido en asesor técnico. Yo miraba de reojo, inquieto por el efecto que provocarían en el documento oficial los manchurroneos de grasa de esos muslos cubiertos de sarampión frito, esa cosa misteriosamente apetecible. El indio se dio cuenta de mis miradas lascivas y, a falta de whisky, me ofreció comida, pero yo preferí rechazar el pollo para evitar debilidades sentimentales de cara a una posible negociación.

–Mi amigo conoce a un juez que por mil dinares (unos dos mil euros) nos arregla los papeles y te casas mañana.

–Es mucho dinero –respondí, asustado.

Siguió hablando en hindi con el cocinero y al rato me ofreció un nuevo trato.

–No puedo bajarte más porque el juez nos pidió mil doscientos de entrada. Pero hagamos una

cosa. Lo dejamos en novecientos cincuenta, yo renunció a mi comisión de cincuenta y *jalash* –dijo eufórico con los brazos en alto.

Pensé en la cafetería de *The Wire* donde Sobotka negocia a cara de perro con el narcotraficante griego con boina de chulapo neoyorquino. Aparenta dureza, nervios de acero, me ordenó. Tal vez no sea mala oferta, razonaba, y me acordé de que el conseguidor de la oficina de Carla nos había ofrecido un permiso de residencia por 2.000 euros. «Le tengo que preguntar a mi mujer», me excusé, antes de recuperar el documento y salir del Kentucky Fried Chicken. «No tardes en responder, corre prisa», me advirtió el indio como despedida.

Media hora después me encontraba sentado en el despacho del embajador de Pakistán atraído por un anuncio de una web de coches de segunda mano: 250.000 kilómetros, «conducción suave» y «muy buen estado». Todos los vendedores con los que había hablado en las semanas previas eran informáticos indios que me citaban en sus edificios de oficinas de Seef. Me sorprendió que esta vez me citaran en la embajada de Pakistán y que, al preguntar en recepción, me hicieran subir al despacho de la segunda planta, donde me recibió el embajador firmando papeles con trazos de acuarelista japonés. Me invitó a sentarme, me ofreció té, me pidió que esperara por favor y volvió a sus garabatos artesanales. De vez en cuando, el embajador levantaba la vista de los documentos y me preguntaba por el paro en España y la situación en Cataluña. Luego volvía a sus papeles y yo aprovechaba para hojear la pila de periódicos sobre la mesa: «Bahréin solo importará carne de Australia», leía, y pensaba en cómo afectaría esta medida al cordero paquistaní que compraba en el Carrefour. «El presidente de Yemen abandona el país, dominado ahora por las milicias chiíes», leía (con un poco de júbilo *hooligan*: en Oriente Medio, como en el fútbol, hay que tomar partido).

No tenía ninguna fe en el coche del señor embajador, tampoco tenía ninguna prisa después del fracaso negociador con «los papeles del Kentucky», así que estar sentado en ese despacho mirando a un señor que firmaba papeles me pareció una buena manera de pasar el tiempo hasta la hora de la comida. Llamaron a la puerta, entró el secretario a la espera de órdenes, el embajador me señaló y, como si tomara una resolución muy meditada, dijo: «Acompáñele a probar el coche.» Salimos del despacho, el secretario delante, yo detrás, y caminamos por los pasillos de la embajada cubiertos de viejos pósters descoloridos de unas ruinas arqueológicas, un paisaje de montaña, la sede del Instituto de Ciencia Nuclear de Islamabad.

En el patio de la embajada me esperaba el coche con la puerta del conductor abierta. El secretario me invitó a entrar. «Puedes dar una vuelta», me ordenó. Arranqué con apuros, maniobré como si en vez de un coche fuese un carruaje y me perdí un rato por las calles del Diplomatic Area, donde resalta la fachada lapislázuli de la embajada de Irak imitando la Puerta de Istar de Babilonia. Había sido construida por la empresa del fundador del periódico *Al Wasat*, torturado y asesinado por la policía en 2011.

Devolví el coche al patio de la embajada, profundamente aliviado por no haber tenido ningún accidente. Se me hizo tarde para ir a comprar cerveza al Gulf Hotel. Volví a casa. Seguía sin coche, sin cerveza y sin casarme.

Había días de helicóptero. Por la mañana venía el jardinero a barrer el patio con una rama de palmera, y sonaba el helicóptero. Por la tarde, escuchábamos cumbia en el salón, y sonaba el

helicóptero. Al anochecer, sonaban los disparos de la policía antidisturbios y apagábamos la música para adivinar de dónde procedían las descargas: ¿de la rotonda de Duraz, de Beni Jamra? Nos incorporábamos del sofá y caminábamos por la casa en busca de la mejor acústica, como zombis sin criterio. Desde el salón, los disparos sonaban a pisadas en la azotea. Asomado a la azotea, mirando las copas de las palmeras y las casas del pueblo al otro lado del muro, los disparos sonaban a fuegos artificiales y a verbena. A esa hora el parque estaría lleno de familias haciendo pícnic en el césped, niños saltando en el castillo hinchable, el puesto de tika de los indios de Kerala rodeado por una hilera de coches, cuyos conductores hacían sonar nerviosamente el claxon a la espera de que uno de los indios se acercara a tomarles la comanda. Era raro ese sonido de violencia en medio de la feliz rutina de fin de semana. Era raro el cielo anaranjado borroso de noche cuando se acercaba una tormenta de arena del desierto: un cielo inminente. Pero lo único que sucedería esa noche sería una fiesta en casa de Jorge, anunciada a media tarde con una consigna urgente: «Invitad a quien queráis.»

Vinieron los informáticos de refuerzo que la empresa de Carla había mandado a Bahrein para lidiar con el último desastre. Esa noche conocí a Iban –vasco de Hendaya, melena de santón indio, virtuoso del laúd– a cámara lenta y a fogonazos, bailando delante del proyector estereoscópico. Aparecieron por primera vez los chicos de Boho Baha, acrónimo de Bohemian Bahrain. Eran –ventajas y desventajas de un lugar tan pequeño– los hipsters oficiales de la isla y eran tan pocos que se habían constituido como asociación, con su página web y su manifiesto descargable en PDF. Organizaban conciertos, exposiciones, sesiones de yoga, sentadas donde la gente se miraba a los ojos durante un rato y fiestas en mansiones de color terracota en Saar que perduraban en el imaginario colectivo del mundo de los expatriados.

H. instaló el equipo de música en la sala vacía y polvorienta junto a la piscina, un pequeño gimnasio comunitario del que no quedaba siquiera una máquina estropeada. Ese abandono –casas viejas deshabitadas durante años, piscina sucia con la escalera rota y el fondo raspado, salas comunes como trasteros sucios– era un rasgo típico de los *compounds* del norte; un abandono amable, nada catastrófico, y que nunca supe si era atribuible a la dejadez de los dueños o al bajón inmobiliario de la zona tras las revueltas de 2011. Si los pisos de Amwaj eran impecables apartamentos para ejecutivos, los chalés del norte eran como esa casa de campo, herencia del abuelo, que solo utilizan los nietos para escaparse con los amigos.

Era virtualmente imposible, por mucho que se lo pidiéramos, que H. tocara una canción en árabe; prefería siempre improvisaciones de blues, los primeros acordes del «Red House» de Jimi Hendrix o cualquier canción en español que le enseñara Jorge en el móvil. Toda la música árabe que escuché en Bahrein la descubrí a través de búsquedas de Spotify o por recomendaciones de amigos europeos. H. cantaba y componía siempre en inglés. Por ejemplo, «Don't Burn the Tires», no queméis las ruedas, una irónica balada contra los jóvenes chiíes que cortaban el tráfico en la carretera. La canción protesta de la élite progubernamental no denunciaba la represión policial, sino las molestias de los atascos. H. tenía un mensaje para los chicos de los pueblos que hacían barricadas, muchos de ellos hijos o hermanos de represaliados por el régimen: «Si no queréis ir al colegio, haced al menos algo guay.» Los amigos suníes la cantaban entre risas. A esa contrarrevolución pija había que reconocerle el *flow*.

Amin apareció tarde y se emborrachó rápido y torció el morro cuando escuchó la canción de H. Nuestros saludos comenzaban siempre con un parte meteorológico de barricadas. Le comenté que la tarde había estado movida en Duraz y él celebró el repunte de la violencia alzando al aire el vaso de whisky. «Llevábamos dos meses muy tranquilos, mejor hacer ruido», dijo Amin con

solemnidad de estrategia. A Amin le gustaban las barricadas de lejos, pero de cerca el único ruido que oía era el de los dados contra el tablero de backgammon y el burbujeo del agua de la *shisha*.

Fuera de la sala de música se formó un corrillo en torno a una botella de tequila, cortesía de una pareja de gays bahreinís a los que interrogamos entre chupitos, con insolencia de turista. Entonces no sabía que Bahrein había sido el primer país musulmán en despenalizar la homosexualidad –para mayores de veintiún años–, en 1976, pero ese hito jurídico no iba acompañado de un verdadero clima de tolerancia. En los siguientes dos años recolecté frases de algunos amigos a quienes tenía catalogados como izquierdistas y tolerantes: «A mi tío le han metido en una celda con terroristas, violadores y homosexuales»; «A mí no me gustan los homosexuales, no les entiendo, pero si queremos ser una verdadera democracia hay que defender sus derechos». Antes de pasarme la botella, uno de los chicos, el más joven, señaló mis rizos y me preguntó riendo si era judío. El otro, el más mayor, había nacido en Moscú, de padre bahreiní y madre rusa. Su madre aceptaba su homosexualidad «porque es una rusa borracha». Su padre estaba horrorizado, pero había aprendido a mantenerle a raya con una mezcla de desprecio y seguridad: «No te estoy pidiendo permiso, te lo estoy contando», le retó cuando le confesó su homosexualidad. Luego nos contó anécdotas de cuando realizó el servicio militar. Recordaba, con un brillo en los ojos, la placentera sensación de sobrevolar Georgia en su caza del ejército ruso.

Con el tiempo, Jorge se convertiría en el epicentro de la vida de los expatriados de Bahrein y los preparativos de cada fiesta en motivo de grandes discusiones. Convertía la *maid room* en una habitación de luces negras con el suelo cubierto de cojines, un puñado de condones y rotuladores fosforitos para que la gente se pintara la piel. En una mesa metálica redonda, de esas que parece que tienen escamas metálicas impresas sobre la superficie, había un cesto con temas de conversación para que hablaran los desconocidos entre sí. Todo el jardín estaba decorado con un complicado juego de luces, rematado por un gran escenario construido con palés de obras: allí, el karaoke de madrugada se confundía con la llamada del prerrezo.

En el jardín había una barra de bambú, como de chiringuito playero. Cada invitado estaba obligado a servir bebidas durante un rato. Yo siempre criticaba este tipo de ideas, pero luego descubría las ventajas de tener a mi disposición un desfile locuaz de la fauna expatriada: ingenieros gallegos que chapurreaban árabe con acento de las Rías Baixas, becarias francesas del centro cultural de la embajada, estudiantes saudís de escapada de fin de semana, azafatas filipinas de los Emiratos Árabes, estudiantes sudanesas, libaneses que idealizaban la noche de Beirut, argelinos casados –luego divorciados– con escocesas independentistas de melena rizada, artistas bahreinís que exponían sus obras en clínicas de ortodoncia, ecologistas sirias veganas que trabajaban en empresas petrolíferas, sobreactuadas artistas canadienses que cambiaron el anonimato en Berlín por el aplauso y el reconocimiento dentro del microscopio bahreiní, serbias que intentaban que la Unesco catalogara como Patrimonio de la Humanidad los túmulos funerarios de la desaparecida civilización Dilmún, egipcios especuladores de terrenos ganados al mar que vestían camisetas ajustadas con las que marcaban pezones, españoles asesores del Ministerio de Turismo, bahreinís de Riffa que llegaban derrapando en su Porsche, drusas divorciadas, fotógrafos argentinos obsesionados con el yoga, constructores grecochipriotas que liaban porros como si tejieran alfombras de seda. Quedaban fuera de ese desfile y de esas fiestas los chicos del parque y los amigos bahreinís que no habían ido a un bar en su vida y que a veces me preguntaban qué sensación daba beber un vaso de vino.

Tampoco le gustaban las fiestas a Olmo, un amigo granadino de Jesús que fue a Bahrein una semana de visita y se quedó varios meses tumbado en el jardín de la casa de Jannusan. Olmo era

un Rasputín enclenque que creía poder alimentarse exclusivamente del sol y que creía que la homosexualidad era una enfermedad que podía curarse con limón. El limón lo curaba todo.

–¿Qué piensas del ISIS?

–¿Eso existe? –pregunta Olmo.

–Sí.

–Pues entonces es que tienen bacterias en el cerebro. Yo les inyectaría limón en vena para curarles.

A veces se ofrecía a lavar los pies de los amigos con un barreño de agua con limón. En esa postura, visto desde la hamaca, parecía realmente un Jesucristo. Comía limones, algún fruto seco, un día hizo un gazpacho en un cubo en el que guardaba basura orgánica. Antes le dio un manguerazo y frotó con limón: creía que el Fairy era peligroso. Olía fuerte, un olor desagradable: podía ser por su barba rasputinesca, o por no ducharse –nunca se duchaba; era malo, decía– o por malnutrición. Era el primer caso de malnutrición que conocía en mi vida. Malnutrición voluntaria. Era difícil mantener conversaciones con él más allá de un saludo y un par de preguntas. «¿Qué tal, Olmo?» «Pues aquí, de puta madre.» Utilizaba su mierda como compost del huerto de sus compañeros de casa. Antes de que sus excentricidades terminasen por ser demasiado insoportables, antes de apagarse la novedad, Olmo gozó de unas semanas de fascinación generalizada. «Es una persona muy interesante», se anunciaba en el grupo. «Dio una charla en Cambridge explicando sus teorías», «Tiene una espiritualidad muy intensa». La gente hablaba de él como si hubiera un método en su locura. Después de que a uno de mis mejores amigos lo arrasara la esquizofrenia, sé que buscar una secreta sabiduría en la enfermedad mental es signo de estupidez. O peor aún: una pose de lirismo atroz. Olmo se convirtió al islam porque quería ir a La Meca de tripi, y a todos nos dio mucho miedo que algún día lograra ir a La Meca de tripi.

Una mañana de sábado se plantó en casa de Jorge con tres hombres de Discover Islam, la organización proselitista donde yo estudiaba árabe. A los cinco minutos de conversación, Olmo se levantó de la mesa y se fue a tumbar al jardín. Jorge se quedó solo escuchando durante dos horas los razonamientos religiosos de los tres proselitistas, y sufrió una especie de crisis nerviosa, una hiperexcitación mística. «No sé, te hacía pensar, plantearte cosas», me explicó con ojos de miedo.

(Hoy me han mandado un link del *Ideal* de Granada. Se titula: «¿Quién es esa persona que camina desnuda por Granada?» Yo lo sé, es Olmo. Me pareció que estaba un poco más gordo.)

En la carretera de Budaiya estaba la tetería oscura donde vi perder a Bahrein 0-1 contra Corea del Norte: recuerdo la felicidad que sentí cuando fui capaz de leer el nombre de los países escritos en árabe en la pantalla; la sucursal del banco que atraco un policía antidisturbios, al que detuvieron cuando intentaba cruzar la frontera con Arabia Saudí con el dinero escondido en el maletero; el chamarilerocarpintero que construye mesas y armarios con restos de puertas y ventanas de casas tradicionales antiguas, que expone desordenadas entre revistas egipcias de los años cincuenta, ceniceros de latón, mapas del Camino de Santiago, bestsellers americanos de segunda mano y un espejo con un marco decorado con motivos chinos que ahora cuelga torcido en el salón de mi casa en Madrid; la zumería en la que Abdulá y Ammar se tomaban chupitos de jengibre después del parque y antes del rezo de la mezquita. En la librería Words de la carretera de Budaiya las mujeres expatriadas hablaban de yoga y ensaladas, y en la sección de viajes había guías de Barcelona y de Berlín, pero ni un solo libro sobre Irán o Beirut; la dependienta filipina me contó bajito, a modo de confidencia, que un día el gobierno les obligó a retirar todos los libros

de la periodista libanesa Joumana Haddad. En uno de los laterales de la carretera de Budaiya, en el Espalion Du Café, docenas de jóvenes sentados alrededor de mesas blancas de camping: de noche, parecía la terraza de un bar, llena de jóvenes tomando cañas, pero lo único que allí se servía era agua y té para acompañar el vapor de la *shisha*. Ni siquiera este ocio tranquilo era del agrado de alguno de mis piadosos amigos del parque: «No me gusta que la gente pierda el tiempo todo el día en ese tipo de sitios. No trae nada bueno.» En un extremo de la carretera de Budaiya, en dirección a Manama, estaba la rotonda de los atascos; en el extremo norte, el pueblo de Budaiya, con sus atardeceres en el puerto y el palacio real como un castillo de arena, y en los días claros Arabia Saudí al otro lado del mar. En la pantalla gigante de la plaza de Budaiya –que más que una plaza era un aparcamiento rodeado de barberos bangladesíes, tiendas de kebab y lavanderías– el Madrid de Zidane ganó al Barça en un partido liguero, y en los minutos finales toda la plaza miraba la pantalla gigante instalada en la calle para los clientes de la tetería: los árabes en primera fila, sentados y fumando *shisha*, los esclavos de pie, al fondo, como niños espiando la cena de las mayores, y con ellos un chico bebiendo cerveza camuflada en un termo de café de color rosa. Pero por encima de todo, en la carretera de Budaiya había un escondite que nos salvó de muchas noches de tedio: el restaurante tailandés Lanna Thai.

El Lanna Thai servía alcohol en el corazón de los pueblos chiíes del norte, a veinte metros escasos de las mesas de la tetería del Espalion Du Café, muy cerca de las casas del pueblo de Jannusan. Era un fallo del sistema: en la estratificación étnica del país no había rendija posible para que un restaurante vendiera alcohol en una zona residencial «bahreiní», salvo que se tratara de un club social para expatriados británicos, como el Country Club, con guardia en la puerta y acceso restringido.

El alcohol, en Bahréin, estaba reservado a los restaurantes de Adliya, a los hoteles de lujo del centro financiero y a los bares de prostitutas del centro de Manama y del Diplomatic Area (barrios habitados sobre todo por esclavos asiáticos) o ese tipo de locales donde podías ver a una pareja de mujeres con nicab sentadas en una mesa junto al escenario en el que una mujer en minifalda canta temas románticos con arreglo de órgano eléctrico mientras un camarero vierte ceremoniosamente, entre los aplausos del público, una botella de champán en el suelo. Sobre estos últimos locales el gobierno lanzaba cíclicas campañas de cierre temporal. Eran operaciones cosméticas, con más voluntad recaudadora que moralista, aunque la prensa oficialista lo vendiera como una lucha decidida contra la perversión. Siempre quedaban fuera de las «leyes secas» los hoteles de cinco estrellas y los restaurantes sofisticados de Adliya.

En el Gulf Hotel de Adliya estaba la única tienda de alcohol de Bahréin, dividida en dos secciones diferenciadas: una para esclavos, con estética de almacén desnudo –suelo negro, cajas apiladas con cierto desorden, iluminación tenue–, y otra «para el resto», expatriados y árabes, que se desplegaba lujosa y apetecible como una boutique de diseño. Aquí el aire acondicionado estaba más fuerte y la luz era más intensa (con distintas intensidades y colores para la bodega acristalada y para el bodegón de vodka), la gama de productos mucho más variada y cara, los empleados de la caja registradora mucho más serviles con el cliente. Cada una tenía su propia puerta de acceso y salida, lo que aseguraba que ambos mundos no se mezclaran. Yo solía ir a la de esclavos, porque la cerveza era más barata; en la caja, a la hora de pagar, quedaba clara mi impostura: yo iba con mi pack de 24 latas grandes de Efes Pilsen, pero los hombres esclavos – jamás vi a una mujer en la tienda «pobre»– solo llevaban una o dos latas cada uno. A todos nos envolvían la bebida en bolsas negras, como de basura. En la zona noble, donde a veces apetecía quedarse horas paseando, envolvían la bebida en bolsas color crema con el logo del hotel: al

igual que las negras, ambas eran opacas, para no herir sensibilidades rigoristas. La carne de cerdo también se escondía. Los supermercados vendían este producto en secciones apartadas en un recoveco fuera de la vista, como la sección porno de los antiguos videoclubes. Había cajeras a quienes se les torcía la mirada de espanto cuando veían un paquete de beicon aproximándose a ellas por la cinta negra. Si el mozo que metía la compra en bolsas se daba cuenta, utilizaba una de las bolsas como guante y se abalanzaba rápido sobre el beicon para pasarlo él por encima del código de barras y alejarlo de la vista de la cajera, que sonreía agradecida y aliviada. Me parecía un gesto sencillo y hermoso. A mí me daba tanto pudor que dejé de comprar cerdo.

El comedor principal del Lanna Thai, con sus mesas bajas encajadas en un agujero en el suelo, conservaba cierto ambiente familiar y delicado, sensación que desaparecía en la planta de arriba, con la moqueta roja, el techo muy bajo y las mesas muy pegajosas. La joya del Lanna Thai era su pequeño bar con forma de salón de piso de estudiantes. Tenía un puñado de botellas desordenadas en estanterías polvorientas, tres taburetes, dos sofás enfrentados, un camarero lento que abría las latas de cerveza como si fueran botellas de vino de coleccionista. Allí se juntaban a beber niños pijos saudíes que jugaban a ser decadentes americanos en el París de entreguerras, marroquíes que chapurreaban en español «desde Tarifa se ve Marruecos», sórdidas mujeres de expatriados ingleses cuyo relato podría inspirar un monólogo de vanguardia literaria, libanesas divorciadas que trabajaban para el equipo de triatlón del príncipe jeque Nasser bin Hamad al Jalifa y que al referirse a él, a Nasser –el de los caballos, el triatlón, el ciclismo, las amenazas por televisión (Bahréin es una isla y no tenéis escapatoria)–, sus ojos mostraban devoción y sus labios, deseo. Pero al Lanna Thai también iban familias de los pueblos, a quienes los camareros sentaban siempre en el primer comedor de la entrada, de tal manera que no tuvieran que pasar por el bar, aunque para ir al baño, situado en la segunda planta, habían de atravesar ese muestrario de hombres y mujeres borrachos.

El bar era tan pequeño y solía estar tan lleno que era inevitable entablar conversación con los desconocidos. Una noche charlamos con un bahreiní que bebía en la barra con un grupo de amigos. Nos contó que quería comprarse una casa en España para invertir. Jorge entró de lleno y a los diez minutos se había convertido en asesor financiero de un niño rico bahreiní. Pidió otro whisky y se arrancó con un curso sobre especulación inmobiliaria. Le desaconsejó los pueblos de la costa, mejor apostar sobre seguro en el centro de Madrid o de Barcelona, que nunca se devaluarán. «Pero necesitarás mucho dinero.» A lo que el bahreiní respondió: «El Golfo domina el mundo», que sonó a verdad irrefutable, sin asomo de arrogancia. Para demostrarlo, repasó las cilindradas, precio y número de serie limitada de los coches deportivos que esconden en sus garajes los hombres más ricos de Bahréin.

En algún momento de la conversación, el bahreiní empezó a meterse con los ingleses: decadentes, pobres, prepotentes, enumeraba con satisfacción. Le señalamos a Elena, que se había mantenido, como yo, al margen de la conversación, hundida en el sofá. «Es inglesa.» El bahreiní pidió perdón con una mueca irónica, pero animado por su descubrimiento prosiguió con su inventiva antibritánica.

–Soy medio inglesa y medio serbia –añadió Elena.

–En ese caso, mejor será que me calle y no diga lo que pienso de los serbios. ¿Y qué haces en Bahréin?

–Traficar con armas –respondió Helena con una seguridad que hasta a mí me hizo dudar.

La conversación terminó ahí. Nos quedamos un rato más antes de levantarnos del sofá y marchar para casa. Desde el taburete en la barra, el bahreiní se despidió de Elena.

–Ten cuidado, no vaya a haber bombas en tu coche.

Y Elena, al instante, respondió:

–Pensé que eso era cosa de árabes.

Cuando Jorge invitó a una fiesta a su vecino libanés, le advirtió por wasap que habría alcohol, no fuese a sentirse incómodo o violento. Ese era el tipo de precaución que había que tomar cuando invitabas a un amigo a una fiesta. A veces estaba claro qué tipo de amigo bebía y cuál no, pero en otras ocasiones no era fácil distinguir al piadoso del borracho. Había amigos árabes que pasaban la tarde de sobremesa en una comida con alcohol, sin probar una gota pero sin escandalizarse, y que a la hora del rezo abandonaban la mesa para cumplir con sus obligaciones y luego se reincorporaban a la conversación de expatriados borrachos hablando a gritos. Muchos amigos musulmanes venían a las fiestas de piscina durante el ramadán: algunos cumplían a rajatabla el precepto de ayuno y no probaban siquiera una gota de agua, otros cumplían el ayuno, pero lo rompían a lo grande sirviéndose una copa de whisky nada más ponerse el sol.

El vecino libanés respondió así a la advertencia de Jorge: «Soy cristiano, el alcohol es tan importante para mí como Dios.» Para que no hubiera ninguna duda, para que ningún expatriado le tomara por musulmán, el libanés llegó con una gigantesca cruz colgando del pecho y una botella de whisky en la mano. Me acordé de él meses más tarde, mientras contemplaba una procesión católica en una iglesia de Beirut, escoltada por jóvenes de aspecto paramilitar vestidos con camisetas negras con la leyenda: «Jesucristo, rey de reyes.» Al entrar en la fiesta de Jorge, con su melena rizada y su camisa abierta enseñando el pelo del pecho, el cristiano libanés parecía un cantante de Medina Azahara. Esa misma noche, acabó sentado junto a un indio, un chií y un suní, los cuatro borrachos hablando de religión y de los problemas de Oriente Medio.

En una ocasión, durante el aniversario de las revueltas, me tocó hacer de guardia a la puerta de la urbanización para recibir a los invitados. Me quedé plantado junto a la barricada que habían montado un grupo de chavales encapuchados del pueblo. Les saludé con una sonrisa, me saludaron un poco avergonzados. Por gestos convenimos en que abrirían la barricada para dejar pasar a los coches. El libanés, por su parte, prefirió echarles la bronca en árabe. Cuando veía algún coche que se acercaba dubitativo a la barricada, me abalanzaba hacia el vehículo, hacía gestos de que bajasen la ventanilla, les preguntaba si iban a la fiesta de Jorge y, en caso afirmativo, les decía que no se preocuparan, que esos chicos les dejarían pasar. Era verdad que no había de qué preocuparse: el único problema sería que la policía cortara la calle y avanzara hacia la barricada disparando pelotas de goma, pero lo cierto es que había demasiados chavales haciendo lo mismo en demasiados pueblos, y la policía no daba abasto.

El hielo: quedarse sin hielo sí era uno de los grandes riesgos de la fiesta. Y, sobre todo, quedarse sin alcohol. Los bahreinís, salvo Amin, solían aparecer con las manos vacías: la excusa era que ellos no podían almacenar botellas en casa de sus padres. Los expatriados no podían utilizar el mismo truco, así que optaban por la cortina de humo: llevar un puñado de latas de medio litro de Efes Pilsen y abalanzarse luego sobre la primera botella que encontraran. La solución, aprendimos, era esconder nuestra botella detrás de algún seto y compartir la localización secreta con un pequeño grupo de elegidos.

Ningún vecino se quejó nunca del ruido. Al amanecer, los últimos supervivientes se iban a bañar a la isla de Nurana.

BOTÍN DE GUERRA

«Si el playboy destrona al hermano, esto será como Argentina y Chile: exterminará a los chiíes tirándoles al mar desde un avión», me cuenta L. en la terraza de la Vinoteca Barcelona, el restaurante de moda de Adliya, donde comió el rey Juan Carlos invitado por el príncipe heredero durante su visita al país para ver la Fórmula 1.

El playboy es Nasser bin Hamad al Jalifa, el más pequeño de los hijos del rey, el niño mimado, el príncipe *millennial*, el general de brigada formado en la academia militar de Sandhurst, el deportista obsesionado con el *endurance*, el triatlón, el ciclismo y los caballos purasangre, el creador del equipo ciclista Bahrain Merida, el representante de Su Majestad el Rey en Trabajos de Caridad y Asuntos de Juventud, presidente del Consejo Superior para Juventud y Deportes y presidente del Comité Olímpico de Bahréin.

Repaso en su página web todos los disfraces del príncipe: el cromo que más se repite es el modelo clásico de zaub blanco, pero también aparece vestido con polo rosa de soberbio cuello alzado, montando a caballo, triatleta sudado sosteniendo la bandera de Bahréin en la línea de meta, militar en desfile protocolario, militar listo para matar abrazado a un arma descomunal y cara de invadir Irán en sus ratos libres, luciendo ropa de marca italiana, papá entrañable jugando con su hija en el salón o en cuclillas junto a la cama de una anciana completamente cubierta de negro en un salón claustrofóbico. Esta última imagen, que abre la web del Consejo de Caridad, es la que más me llama la atención, porque es la que más se aleja del glamour sofisticado del príncipe. El atrezo es puro neorrealismo del Golfo, el paisaje que uno se imagina dentro de una infravivienda de algún pueblo chií. Se ve un bastón apoyado a los pies de la cama, un cubo de basura de plástico rosa, una mesa camilla de ganchillo al fondo con un barreño de plástico verde fosforito encima de la silla, una televisión viejísima, estanterías repletas de objetos sin valor.

En septiembre de 2017, con motivo de la feria de armamento de Bahréin, la marca de coches McLaren le regaló a Nasser un coche deportivo modelo 570 decorado de camuflaje militar. En la foto, junto al coche, posa una hilera de hombres importantes: militares de diferente graduación y uniformes de distintos colores, varios hombres –entre ellos, Nasser– con zaub blanco y tres europeos –imagino que peces gordos de McLaren– con traje y corbata. La mezcla de esas tres etiquetas en una sola imagen es siempre la antesala del horror. En palabras de Trevor Fletcher, director de McLaren Bahrain: «Como marca icónica de coches de lujo, McLaren está honrada de apoyar a su alteza el jeque Nasser bin Hamad al Jalifa y al BIDEK, la primera feria de defensa internacional de Bahréin en la que participarán varios dignatarios y vips de todo el mundo. Este evento de alto perfil está alineado con el espíritu de exclusividad de McLaren, y nuestro impulso implacable de empujar los límites más allá de lo posible.»

Alto perfil

Espíritu de exclusividad

Impulso implacable

Más allá de lo posible

Nasser quiere trasladar el modo de vida sano a la población, dice en un vídeo promocional de

la prueba de triatlón de Bahréin. Su verdadera obsesión es el triatlón. Montó el equipo Bahrain Endurance 13 Triathlon, en el que compite el oro olímpico británico Alistair Brownlee. Animado por la experiencia, logró que varias empresas estatales invirtieran unos quince millones de euros en el equipo de ciclismo Bahrain Merida, donde corren figuras mundiales como Ion Izagirre y Vincenzo Nibali. Bahrain Merida debutó en el Giro de Italia de 2017. El primer triunfo lo consiguió Nibali el 23 de mayo, en la etapa reina de la carrera, en las rampas del Stelvio. El mismo día que, por la noche, la policía bahreiní asaltó el pueblo de Duraz: victoria de etapa, cinco muertos y 286 detenidos.

El príncipe playboy árabe se ajusta al mito clásico de perversión, capricho y poder que entronca con Calígula y los delirios de los emperadores romanos, pero también con los cachorros nihilistas de la aristocracia europea y los *brokers* politoxicómanos de *El lobo de Wall Street*. En el mundo árabe este prototipo no es exclusivo de las monarquías del Golfo porque el requisito no es tanto la sangre real como la sangre totalitaria. Lo importante es que papá (Gafadi, Sadam Husein, Al Asad) sea dictador.

A Uday Husein, hijo de Sadam, le gustaban los coches rápidos y los caballos purasangre, como a Nasser. Era el presidente del comité olímpico iraquí, como Nasser lo es del de Bahréin. Le gustaba conducir de rally por las calles de Bagdad y organizar fiestas en el club del hipódromo. Cuenta Mónica G. Prieto en la monumental *La semilla del odio* –el libro sobre Oriente Medio más importante escrito en España– cómo el día después de la toma de Bagdad oyó desde su habitación en el hotel Sheraton el repicar de unas herraduras contra el asfalto. Era Asad, el caballo purasangre negro de Uday, montado por un adolescente eufórico que acababa de robarlo del club hípico de Al Jadriya.

Nasser representa la versión deportista y vigorética del playboy, más interesado en batir récords que en esnifar coca en los pezones de una prostituta. No se le conocen ni siquiera rumores de escándalos de sexo y drogas, como sí ocurre con muchos de sus compañeros de promoción generacional del Golfo: Majed Abdulaziz al Saud, príncipe saudí acusado de abuso sexual en Beverly Hills, el qatari jeque Khalid bin Hamad al Thani jugando a las carreras a bordo de un Ferrari amarillo por las calles de Los Ángeles o el jeque Rashid, el hijo del emir de Dubái, que murió de un ataque al corazón con treinta y tres años, a bordo de su jet privado.

También hay relatos de princesas, que suelen preferir París en vez de Londres, y quienes, a pesar de su linaje y sus riquezas, deben ser mucho más cuidadosas con sus excesos. La princesa saudí Maha bint Mohammed bin Ahmad al Sudairi estuvo alojada cinco meses en 41 habitaciones del hotel Shangri-La de París. Nada extraordinario, de no ser porque hizo un simpa de siete millones de euros. La familia real saudí siempre paga sus deudas, y cuarenta y ocho horas después de la huida de la princesa abonó escrupulosamente la factura pendiente.

A Uday Husein le gustaba ofrecer generosos regalos a los jugadores de la selección iraquí de fútbol –coches, casas, dinero–, pero también castigarles con crueldad cuando los resultados eran adversos. El portero de la selección iraquí, Hashim Hassan, cuenta en el libro *The Turbulent World of Middle East Soccer*, de James Dorsey, cómo, en 1997, Uday y sus amigos golpearon a los jugadores de la selección sobre el césped del estadio –y luego los encarcelaron durante una semana– después de perder contra Kazajistán un partido clasificatorio para el mundial.

En Libia, el hijo de Gadafi, Al Saadi, está acusado de haber matado al jugador y entrenador de la selección Al Rayani. Al Saadi dirigía el equipo de Trípoli, del que también defendía la camiseta sobre el campo de juego. Es un decir: los defensas rivales se apartaban de su paso cada vez que el «jugador número uno» les encaraba con el balón. Al Saadi jugó en varios equipos de la serie A italiana –se ignora cuánto dinero pagó para cumplir ese sueño– y fue accionista de la Juventus de Turín.

En Bahreín, Nasser se encargó personalmente de la represión de los deportistas bahreinís que dieron su apoyo a la revuelta de 2011. Fue él quien dijo en el tribunal inquisidor de la televisión estatal esa frase lapidaria: «Que un muro caiga sobre aquellos que pidieron la caída del régimen. Ya sea un atleta, un activista o un político. Bahreín es una isla y no tenéis escapatoria.» El comité designado para juzgar a los atletas estaba presidido por su tío el jeque Salman bin Ebrahim al Jalifa, presidente de la Confederación Asiática de Fútbol y candidato a presidir la FIFA, que perdió contra Infantino.

Varios opositores, como Mohamed Hasan Jawad, acusan al príncipe Nasser de haberles torturado en la cárcel. En 2014 presentaron una denuncia ante la justicia británica, con la esperanza de que el príncipe fuese detenido en una de sus numerosas visitas a la capital inglesa: asiste todos los años, junto a su padre, al Royal Windsor Horse Show, evento financiado, en parte, por la familia real bahreiní. Los tribunales le retiraron la inmunidad diplomática, pero no cursaron ninguna orden de arresto al considerar que no había evidencias. El príncipe siguió viajando sin problema –y colgando fotos en Instagram corriendo en Hyde Park–. Según *The Independent*, en uno de esos viajes se reunió con representantes del Ministerio de Defensa y con el enviado de Cameron para asuntos de Oriente Medio: un mes después, Bahreín y el Reino Unido acordaban construir en suelo bahreiní la base militar británica más importante en Oriente Medio.

Otras personas de la familia real han sido acusadas de participar directamente en torturas. La poeta Ayat al Qurmezi señala a la princesa Noora bint Ibrahim al Jalifa. Según su relato, la princesa le amenazó con cortarle la lengua, le aplicó descargas eléctricas, le escupió y abofeteó en la cara, y le dijo: «La gente a la que criticas son tus amos, y estarán siempre en el poder, te guste o no.»

La doctora Fatima Hajji también acusa a la princesa de haberla torturado con descargas eléctricas, bofetadas y amenazas de violación. La doctora tuvo que confesar haber fingido el llanto cuando habló delante de las cámaras de televisión extranjeras en 2011 y de haber robado cien bolsas de sangre del hospital para que los manifestantes se la tiraran por encima y fingieran haber sido agredidos por la policía.

Estas historias parecen menos increíbles cuando se lee el informe de la comisión de la verdad – el informe Bassiouni– que el gobierno bahreiní se vio obligado a autorizar por las presiones internacionales después de 2011, y cuando se echa la vista atrás hacia la historia de Bahreín.

En su discurso ante la corte suprema de apelación, el líder del partido secular izquierdista Waad, Ibrahim Sharif, dijo: «La piratería, la conquista y la esclavitud eran prácticas comunes entre las tribus árabes (de los siglos XVIII y XIX). Algunos miembros de la familia real todavía piensan, a la manera antigua, que Bahreín es el botín de una guerra ganada con la espada, donde la tierra, la riqueza y las posiciones de autoridad deben ser distribuidos entre los hijos de las tribus victoriosas y sus seguidores.» En esa misma intervención, Sharif ofreció los siguientes datos: la

familia real representa, como mucho, el 0,5 % de la población, pero ocupa más empleo público que todos los chiís de la isla.

El príncipe déspota bahreiní más recordado, casi como una figura de cuento de terror, es el jeque Abdalá bin Isa al Jalifa. Marc Owen Jones se sirve de los documentos del agente político británico en Bahréin entre 1921 y 1926, Clive Kirkpatrick Daly, para reconstruir su historia. El catálogo de sus actividades incluye violación, asesinato, secuestro de mujeres (a las que posteriormente vendía a otros hombres), confiscación de tierras y de camellos. Utilizaba a una prostituta judía, de nombre Masoodeh, para seducir a ricos hombres casados y llevarlos a su casa. Una vez allí, los secuaces del príncipe (*fidawis*) les retenían a la fuerza y les exigían grandes cantidades de dinero para ser liberados, bajo la amenaza doble de cautiverio y de exponerles a humillación pública. Charles Belgrave (asesor personal y financiero del emir jeque Hamad bin Isa al Jalifa, padre de Abdalá) escribió sobre él: «Era apuesto, siempre bien vestido, ingenioso y astuto. Era un hombre de mundo, con un agudo sentido del humor y un ojo vago.»

Clive Kirkpatrick se preguntaba por qué el gobierno británico apoyaba a estos gobernantes corruptos, y esa pregunta no ha perdido vigencia a lo largo de los siguientes cien años.

Ian Stuart McWalter Henderson nació en Nairobi en 1927, hijo de dos colonos británicos instalados en Kenia después de la Primera Guerra Mundial. Se unió a la policía colonial en 1944 y en 1950 fue nombrado agente de la Special Branch. El plácido mundo colonial de haciendas, siervos y magníficas fiestas, ese mundo que inspiró en el Reino Unido la frase irónica «¿Estás casado o vives en Kenia?», saltó por los aires cuando la tribu kikiyu («mis amados kikuyus» de Blixen en *Memorias de África*) empezó a asesinar a granjeros blancos. La respuesta del imperio fue terrible. Según los cálculos de la historiadora Caroline Elkins, hasta 300.000 kenianos murieron durante la revuelta y alrededor de 1,5 millones de personas fueron detenidas o trasladadas a la fuerza. El combate fue asimétrico: en ese mismo periodo, murieron menos de 100 británicos y menos de 2.000 keniatas partidarios del régimen colonial. En octubre de 2012, la Corte de Londres indemnizó a tres supervivientes keniatas que habían sido violadas con botellas de cristal llenas de agua hirviendo o castrados con pinzas.

Leo el obituario de Henderson en *The Times*: «Policía colonial que, con gran riesgo personal, se ganó la confianza de antiguos terroristas de la revuelta Mau Mau.» El texto destaca su fenomenal paciencia, valentía y su devoción hacia el campo, flora y fauna de Kenia (en particular, las mariposas).

Wikipedia dice que Henderson «resolvió» la revuelta Mau Mau.

En Amazon puedes comprar el relato en primera persona de aquella represión, *The Hunt for Kimathi*, que merece valoraciones entusiastas de un puñado de lectores.

De la época colonial en Kenia nos queda *Memorias de África*. De la guerra de Irak, grandes producciones sobre francotiradores del ejército americano o los artificieros a cámara lenta vestidos de astronauta. Ni rastro de los artificieros iraquíes que, por 200 euros al mes, desactivaban bombas en chanclas y con destornilladores viejos, como cuenta Mónica G. Prieto en *La semilla del odio*. La crítica a la época colonial no ha salido todavía del mundo académico y activista. Nunca ha sido asumida por la cultura popular.

La represión de la revuelta Mau Mau le valió a Ian Henderson dos medallas de oro del gobierno de Londres. En 1966 fue destinado a Bahréin, todavía protectorado británico. Ocupó durante décadas el cargo de director general de Seguridad del Estado, incluso después de que Bahréin se declarase independiente en 1971. Bajo su mandato instauró un régimen de terror y violación sistemática de los derechos humanos que le valió el apodo del «Carnicero de Bahréin».

La historia de aquellos años no dista demasiado de la actual: un cuerpo represivo mercenario extranjero, detenciones arbitrarias, torturas, asesinatos, exiliados en Damasco, Beirut y todo el mundo árabe, marginación sistemática de la comunidad chií, revueltas en las calles. Para Henderson, como para el gobierno actual, todos los defensores de los derechos humanos o partidarios de reformas democráticas eran radicales, extremistas y terroristas.

En un artículo de *The Independent* de 1966, Robert Fisk escribe sobre Henderson: «Su cortesía es tan legendaria como brutal su equipo. Nunca ha tomado parte personalmente en el maltrato a un prisionero –ni, que se sepa, ha estado presente en ninguna sesión de tortura–. Su oficina de cuatro plantas en los cuarteles generales del SIS sugiere más un lugar de trabajo de un riguroso funcionario civil que del policía secreto que es.»

En el año 2000 Scotland Yard abrió una investigación contra Henderson. El vicepresidente del grupo parlamentario de Derechos Humanos, Lord Avebury, dijo que su caso era «de lejos, el más grave caso de tortura del Reino Unido que hayamos visto». El caso se cerró en 2001 por falta de cooperación de las autoridades bahreíní, en contra de la opinión de parlamentarios como Lord Avebury, Jeremy Corbyn y George Galloway. Este último se refería a Henderson como el «Klaus Barbie británico» que «aprendió al arte oscuro de electrocutar genitales con los Mau Mau de Kenia».

En una ocasión le pregunté a mi amiga M. si había oído hablar de Henderson. «Claro», me respondió, «fue la persona que torturó a mi tía.»

John Timoney, nacido en Belfast, fue un niño travieso del Bronx que citaba a Keats y andaba con los dedos de los pies, como James Cagney en *Yanqui Dandy*. En 1994, con cuarenta y seis años, se convirtió en el jefe del departamento de policía más joven en la historia de la ciudad. Luego ocupó el mismo cargo en Filadelfia y Miami. Redujo el número de asesinatos a la mitad y también logró una reducción drástica del número de episodios violentos entre policía y civiles. Bajo su mandato en Miami, llegaron a contabilizarse veinte meses seguidos sin que la policía interviniera disparando. El criminólogo George Kelling, el inventor de la «estrategia de los cristales rotos», alabó su trabajo. Cuando, en 1999, la policía asesinó de cuarenta y un disparos a Amadou Diallo en el Bronx, Timoney dijo: «Si Diallo fuese un inmigrante de Belfast, hoy estaría vivo. Si uno de vuestros compañeros pierde los papeles tenéis que pararle los pies. Es parte de vuestro trabajo. Y lo estás haciendo no solo para no ir a la cárcel. Lo hacéis porque es moralmente correcto.»

La única pequeña mancha en el obituario del *New York Times* es la represión contra los manifestantes en la convención republicana de 2000 en Filadelfia: más de trescientos detenidos, algunos antes de las manifestaciones, mientras preparaban muñecos y pancartas. Timoney, el policía modélico, introdujo el uso masivo de gas pimienta, botes de humo, escudos eléctricos, y perfeccionó las técnicas de infiltración entre los manifestantes. En 2012 fichó como asesor de seguridad para el gobierno bahreíní: en esa pequeña isla del Golfo pudo afinar las técnicas de represión ensayadas contra adolescentes americanos, solo que con menos papeleo.

CLASES DE ÁRABE

Fue un malentendido que Jorge se pasease por Oriente Medio, desde Kuwait a Riad, como consejero ejecutivo de la Vagina.

En Bahreín había muchos malentendidos. Es lo que pasa cuando la gente se comunica en el idioma de nadie y cuando la mitad de la población no habla el idioma del país.

En Bahreín hay 1.200.000 personas, concentradas en una pequeña franja de isla; el resto es desierto, propiedad privada de la familia real y del ejército. De ese millón y pico, solo la mitad son ciudadanos bahreiníes. Todos ellos hablan árabe, pero entre el 15 % y el 25 % tienen el farsi como idioma materno: son los ajam, población de origen persa. Esa cifra es aproximada porque no hay en Bahreín estadísticas oficiales que amenacen la jerarquía árabe suní; ni de hablantes de farsi ni de confesión religiosa. El último recuento data de época colonial británica. Dentro del árabe bahreiní hay distintos dialectos. Sin descender a las variedades de cada pueblo –que las hay, fruto de siglos de vivir unos de espaldas a los otros, como resultado de enfrentamientos y dominaciones feudales y de distintas oleadas migratorias–, se distinguen dos grandes familias: el baharna chií, el de la población originaria de la isla, y el de los suníes descendientes de las oleadas conquistadoras procedentes de la península arábiga en el siglo XVIII. El vocabulario que me enseñaban mis amigos del parque era recibido con desprecio por mis amigos suníes.

El resto de las aproximadamente 600.000 personas que viven en Bahreín son extranjeros, la gran mayoría trabajadores asiáticos, de los cuales alrededor de 157.000 son indios, seguidos por filipinos, bangladesíes, paquistaníes, ninguno de los cuales tiene el árabe como idioma materno.

Los trabajadores asiáticos chapurrean inglés y árabe, pero con frecuencia no dominan ninguno de los dos idiomas. Ocurre entonces que la comunicación en restaurantes, gasolineras, tiendas y talleres es un asunto complejo, directamente imposible si hablas por teléfono y no puedes ayudarte de la mímica. Con el tiempo, desarrollas una habilidad especial para descifrar el acento indio y construir relatos coherentes a base de un puñado de palabras sueltas.

En cuanto a los expatriados occidentales, no conocí a ninguno que aprendiera árabe, ni siquiera los que llevaban veinte o treinta años viviendo en la isla, ni siquiera los que habían nacido en Bahreín.

Entre la población local bahreiní, solo algunos chavales de los pueblos más humildes, sin estudios universitarios, tienen problemas para comunicarse en inglés. Los cachorros de la élite más rica, ya sea suní o chií, han estudiado en colegios privados que imparten las clases en inglés y con frecuencia completan los estudios universitarios en el extranjero. No es infrecuente que algunos de ellos utilicen el inglés con sus hijos. La norma es que un bahreiní –salvo los taxistas, claro– domine el inglés con soltura, aunque a veces el cambio de alfabeto y la imposible equivalencia fonética entre ambos idiomas juegue alguna mala pasada memorable. En árabe no existen las vocales «e» (que transcriben y pronuncian como «i») y «o» (que transcriben y pronuncian como «u»), ni tampoco la letra «p» (que se pronuncia y se transcribe como «b»). Resumiendo: Pepsi es Bipsi. Coca-Cola es Cuca-Cula. En los informes médicos, un compañero de Carla se refería a los recién nacidos (*new born*) como *new porn*. A otro compañero tuvieron que llamarle la atención por su tendencia a encabezar los correos de recordatorio con un *genital reminder* (en vez de *gentle reminder*).

Este paisaje arroja una primera certeza: en Bahrein, el árabe es útil, pero el inglés es imprescindible.

Los árabes no parecían ofenderse por este hecho, salvo cuando se trataba de la policía. Los chiíes están vetados en el ejército y en la policía antidisturbios. Este último cuerpo ha sido ocupado desde hace décadas por mercenarios extranjeros: persas e indios en la época colonial británica, y más recientemente por policías suníes yemeníes, egipcios o jordanos, que hablan un dialecto árabe distinto al bahreiní, o paquistaníes, cuyo idioma materno es el urdu. El gas lacrimógeno no tiene acento, pero los bahreiníes agradecen, puestos a ser reprimidos o torturados, ser vejados en su propio idioma. Como dice el chiste, «puedes esperar que te detenga un paquistaní, te interroge un jordano, te torture un yemení y te juzgue un egipcio. Al menos puedes esperar que tus compañeros de celda sean bahreiníes».

La empresa de Carla ofrecía cursos de idiomas a sus empleados. La mayoría aprovechaba para perfeccionar el inglés o apuntarse a clases de francés. Solo había dos academias de árabe para extranjeros: una franquicia internacional, de precios desorbitados, y otra mucho más barata, una asociación islámica con fines proselitistas: Discover Islam. Esta fue nuestra academia.

Salvo mi profesor, un egipcio bajito y triste, todo el mundo sonreía mucho. En recepción, un hombre vestido con zaub blanco nos trató con tanta delicadeza que, en vez de formularios de inscripción, parecía que nos entregaba toallas para un spa. Con asombro, marqué cristianismo en la celda de religión. Para entonces yo aún no había asumido el cristianismo como un rasgo definitorio frente a los demás. Que yo me sintiera o no cristiano no tenía ninguna importancia: lo era a efectos logísticos, políticos y mentales. Uno es lo que los demás creen que es. Su mirada me hacía cristiano. En algún momento –cuando oí emocionado el repicar de las campanas en el barrio armenio cristiano de Isfahán, en Irán– me acostumbre tanto a esa etiqueta identitaria que dejé de verlo como una impostura. En España hubiese luchado contra esa etiqueta, pero en Bahrein terminó por parecerme obvia.

Pocos grupos humanos menos homogéneos que una clase de idiomas. Había un chico paquistaní que vestía siempre unas chanclas rematadas con una borla que a mí me recordaba a un tirador de cortina antigua. Durante semanas especulé con que trabajaba como agente antidisturbios: resultó ser informático; había un comerciante cincuentón hindú muy aplicado que sufría cada minuto de clase: menos mal que su hija le chivaba bajito todas las respuestas; había dos chicas paquistaníes muy sonrientes y muy tímidas, cubiertas con abaya, a las que Carla y yo hacíamos, nunca supe por qué, mucha gracia; un hombre de las Seychelles muy piadoso, que siempre iba vestido con ropa tradicional: había trabajado como mozo en barcos turísticos en las Seychelles, donde había aprendido algunas palabras en español, fue alcohólico y drogadicto, y luego se hizo musulmán. Su fe no estaba satisfecha en un país de mayoría cristiana, así que se vino a Bahrein con su mujer y sus hijos. Sea quien sea el Dios verdadero, cambiar las Seychelles por Bahrein a mí me parecía un error catastrófico. El primer día de clase me preguntó por mi religión. Dije cristiano y él movió la cabeza en signo de desaprobación: «Si Dios quiere, cambiarás», replicó. «El próximo día te traeré libros.» Pero nunca lo hizo: en todos los descansos me veía bajar a la calle a fumar con Carla, una chica rubia sin pañuelo y con piercing, y debió de perder la fe en mi fe.

El hombre de las Seychelles me recordaba a los dos protagonistas de un curso de árabe que yo seguía en YouTube. Munaf Mohamed, de Sudán, y Abdur Rahman Mohamed, de Trinidad y Tobago, se conocen en los pasillos de la academia el primer día de clase y terminan enredados en

un bucle infinito de conversaciones intrascendentes. Los diálogos poseían una sintaxis elemental y una tendencia a la repetición que en la vida real serían indicios de demencia.

Eran diálogos misteriosos de tan simples, envueltos en una atmósfera cálida en la que nunca puede ocurrir nada malo, un mundo feliz y previsible que a mí me recordaba a los cursos de inglés de *Follow Me* que veían mis padres en un vídeo Beta. La diferencia es que en el *Follow Me* había mujeres y había tramas amorosas, en el curso de árabe de YouTube todo era mucho más inocente, es decir, tétrico. Junto a los diálogos previsibles de saludos, despedidas y preguntas frecuentes, se iban colando conversaciones involuntariamente formidables, de una comicidad amabilísima. En un sketch, uno de ellos lamenta no tener tiempo para ir a las lecturas del Corán de la mezquita, y enumera, guiado por las preguntas estratégicas de su amigo, todas las actividades que realiza a lo largo de la semana. Tras las habituales repeticiones y aparición de nuevo vocabulario (actividades, días de la semana), el trinitense, viejo zorro socrático, le hace ver, sin necesidad de una mala cara, que si tiene tiempo para el ocio debería tener tiempo para la mezquita. El ocioso sonrío, entre avergonzado y agradecido por la amable riña de su más piadoso amigo. En otro capítulo, mi favorito, el amigo piadoso, se encuentra con el ocioso en el pasillo y le ofrece un dátil de su bolsa. Está delicioso, sonrío. «Son de La Meca, los mejores del mundo. He estado con mi familia allí de peregrinación.» A medida que avanza la conversación, el sudanés sigue pidiéndole más dátiles al amigo. El trinitense, que es muy educado, accede con una sonrisa y le ofrece de nuevo la bolsa, pero a medida que caen los dátiles su sonrisa se va crispando porque empieza a estar ya hasta la polla del amigo tragón al que le das una mano y te coge toda la producción de dátiles de La Meca. Esa sonrisa crispada era tan convincente que podías creer que la escena estaba ocurriendo de verdad.

Cuando en una oficina de turismo alguien despliega un mapa, desenfunda un boli y empieza a rodear monumentos con círculos y a trazar itinerarios desde la muralla al hotel y del hotel al restaurante, yo siento un cosquilleo en la nuca, una paz de duermevela, una gratitud flotante de abuela cocinando natillas. Me ocurrió ayer cuando vino el técnico de Orange a arreglarme internet: sacaba cosas de la bolsa, murmuraba en un tono bajo, como de confidencia, mientras inspeccionaba el router como una caja de galletas. Me ocurre también cuando veo a un dependiente envolviendo un regalo, doblando los picos laterales del papel en un último churro pegado con celo, o a una farmacéutica recortando con el cúter el código de barras y pegándolo en la receta con celo: solo de escribirlo me sube un picor por la parte derecha del cuello.

Este síndrome explica, tal vez, que me haya enamorado de tantas profesoras de idiomas, que son las que más escriben en la pizarra, las que hablan bajo y claro en idiomas extraños, las que repiten sílabas, las que te tratan como a un niño. Aprender un idioma extranjero es siempre como un regreso a la infancia. En el caso del árabe, que posee un alfabeto distinto, es un viaje al parvulario, a los ejercicios de caligrafía con cuidado de no salirte de la línea. Un ejercicio mecánico, extrañamente relajante, sobre todo cuando pasas todo el día escribiendo emails. Yo, que no sé dibujar y mi caligrafía en español se parece al latido de un terremoto, aprendí el alfabeto árabe mordiéndome los labios.

Pero me tocó un profesor egipcio, un hombre bajito y muy triste, que vestía siempre trajes de «corte Ahmadineyad», marronoideverduzcos demasiado anchos de hombros, demasiado holgados, apagados, como de sublimación de austeridad teoproletaria. El profesor estaba dotado de una tenacidad demoledora, incapacitado para improvisar; un hombre con un destino: acabar cada

lección en el plazo previsto y no saltarse nunca por el camino ni una línea del ejercicio, ninguna tarjeta del vocabulario. No tenía tiempo el hombre ni para intentar convertirnos al islam. Iba demasiado rápido como para perder tiempo en metafísica. Le crispaba mi vocabulario slang aprendido en el parque. Yo le preguntaba: «¿Puedo decir *slonek?*», y él respondía: «Eso no es árabe.» Árabe era su libro, no lo que sucedía entre decenas de millones de personas entre Marrakech y Bagdad, y mucho menos lo que sucedía en los parques de los pueblos chiíes de Bahrein.

Me gusta pensar que no aprendí árabe por culpa de ese profesor triste. El ecosistema del expatriado en Bahrein estaba programado para vivir al margen del árabe. De hecho, el expatriado se acostumbraba a vivir tan alejado de ese idioma –salvo *jalash* (ya está) y *yala* (vamos)– que ni siquiera aprendía los cuatro insultos y palabras tabúes de rigor. Yo no lo hice. Jorge tampoco. Sus jefes en Alicante tampoco. Cuando decidieron invertir una monstruosidad de dinero en construir una fábrica en Bahrein para exportar por todo Oriente Medio tubos de plástico para la construcción, optaron por mantener el mismo nombre de la empresa en España: Elcos. Así lo inscribió Jorge en el registro y así lo copió el empleado indio que le atendió. A Jorge le nombraron *executive manager* de Elcos. Así rezaba en sus tarjetas de visita que entregaba ceremoniosamente cuando iba a visitar a futuros clientes. Así lo proclamaba él de viva voz tras llevarse la mano al corazón en gesto de respeto. Los interlocutores le miraban raro. Tardó en averiguar por qué. Elcos, en árabe, suena como vagina.

CUERPOS

En contra de los consejos de todos sus amigos, la escritora libanesa Joumana Haddad lanzó en 2008 la revista *Jasad*. «Era una revista dedicada al cuerpo, no una revista pornográfica», me dijo Joumana en su despacho del periódico *An Nahar* de Beirut. Publicaba artículos siempre firmados con nombre real sobre poligamia, la virginidad, los matrimonios forzados. Hablaba también sobre cualquier manifestación artística y literaria relacionada con el cuerpo. *Jasad* llegó a tener una circulación de 6.000 ejemplares solo en Líbano. También se enviaba por correo a otros países donde estaba prohibida «y a veces llegaba y a veces no».

La revista recibió apoyos inesperados por parte del Ministerio de Cultura libanés, pero sufrió también todo tipo de amenazas por parte de todos los integristas –suníes, chiíes y católicos unidos momentáneamente contra un enemigo común: una mujer– y de todas ellas hubo una que le quitó el sueño durante muchas noches: que le atacaran con ácido. Muchas de las marcas que se arriesgaron a insertar publicidad en los primeros números terminaron por echarse atrás por miedo a perder otros mercados mucho más ricos, como el de los países del Golfo. «Gané a la censura, pero perdí contra la economía.»

Esa reivindicación del cuerpo y del lenguaje es la que inspira también su proyecto más ambicioso: traducir al Marqués de Sade al árabe («esa lectura me hizo corrupta y ya no había vuelta atrás», escribe en *Yo maté a Sherezade*). A Joumana se le encienden los ojos cuando explica el proceso de traducción, con el que parece disfrutar más que con la escritura. Quiere resucitar la tradición árabe de literatura erótica. Nombrar con «palabras fáciles» lo que el árabe escrito lleva siglos callando. Recuperar las palabras juguetonas para «destruir otras palabras como pureza y castidad». La negación del cuerpo, escribe Joumana, «es la base del infantilismo y el oscurantismo que sufre la cultura árabe». Por eso le fascinó tanto la imagen de la ministra de Defensa española Carme Chacón, embarazada, pasando revista al ejército en Líbano: «Rara vez he visto algo tan hermoso y poderoso.»

Joumana me fascinó y se convirtió en el prototipo de mujer árabe feminista liberada, la vara con la que medir al resto de las mujeres árabes. Clasificar a la gente es reduccionista, pero en Bahrein es inevitable, casi necesario, encasillar inmediatamente a alguien en función de las siguientes etiquetas: religioso o ateo, suní o chií, progubernamental, opositor o indiferente, hombre o mujer, y dentro de las mujeres hay que establecer diferentes categorías en función de algo tan superficial como la ropa (si visten y con qué combinación abaya, hiyab y nicab), y en función del resultado –que ofrece un catálogo muchísimo más variado que el binomio pañuelo sí o pañuelo no– aplicas un protocolo distinto: dar o no la mano cuando te presentan a una mujer, por ejemplo. En el Golfo dejarte llevar por los prejuicios es la manera más eficaz de no ofender a la otra persona. Si consigues establecer una relación de amistad ya habrá tiempo de agrietar esas categorías hasta dejarlas irreconocibles. Me pasó con M.: la imaginé sometida a la religión y al bucle melancólico del chiismo; tal vez lo estaba, desde mi punto de vista de hombre ateo occidental, pero entre las grietas descubrí a una mujer independiente, poderosa y ferozmente crítica como yo no soñaré nunca serlo con mi entorno.

«El uso del hiyab no es obligatorio, pero a una mujer de familia conservadora o de un pueblo le resulta difícil quitárselo. Ya hace tiempo que no matan a nadie por hacerlo; lo peor que puede pasar es que tu familia deje de hablarte o que los vecinos del pueblo se quejen a tu padre por permitir algo así», me cuenta mi amiga M., veintiocho años. Sus dos hermanas han dejado de llevar hiyab, ella se cubre siempre y se cuida mucho de repasar los mechones rebeldes debajo de la tela mientras habla conmigo, pero no descarta quitárselo más adelante. De momento, se siente más cómoda usándolo. «La gente que conocí en Irán no podían creerse que en Bahreín yo llevase el hiyab por voluntad propia, decían que estaba loca», se ríe M. «Todas las chicas que conocí llevaban el pelo medio descubierto, con el pañuelo provocativo a mitad de cabeza. Eso no lo verás nunca en Bahreín. Aquí o se lleva hiyab o no se lleva hiyab, pero nunca a medias.»

M. dice que en su familia siempre se ha dado a las mujeres la misma educación que a los hombres, que nunca se ha sentido marginada respecto a sus hermanos, que nunca nadie le dijo con quién tenía que casarse. «Es la legislación de mi país la que me margina sistemáticamente. Por ejemplo, una mujer bahreiní no puede transmitir la nacionalidad a su hijo. En caso de violación, el artículo 353 exculpa al violador si este se casa con la víctima. El varón hereda el doble que la mujer. Las mujeres jóvenes suelen añadir una cláusula en su contrato de matrimonio que incluye su derecho a solicitar el divorcio. En caso contrario, si el marido no acepta la separación, la disputa se lleva a los tribunales religiosos, donde pueden pasar años antes de que se revuelva. Durante este tiempo, el hombre puede casarse otra vez, pues la *sharía* le permite tener hasta cuatro esposas; no así la mujer, que no puede buscar otra pareja hasta que el divorcio sea oficial.»

La mayor manifestación en la historia de Bahreín antes de la revolución de la Perla tuvo lugar el 5 de noviembre de 2005, cuando unas cien mil personas, en su mayoría chiíes, salieron a la calle a protestar contra la ley gubernamental que pretendía modificar la jurisprudencia familiar religiosa y sustituirla por un nuevo código unificado para suníes y chiíes. Muchas activistas por los derechos de la mujer, tanto chiíes como suníes, apoyaron esta medida del gobierno para poner coto a la corrupción y misoginia de los tribunales religiosos basados en la jurisprudencia islámica. Finalmente, y debido a la oposición de los clérigos y partidos chiíes, la nueva codificación fue aprobada en 2009 solo para los suníes. Dicho de otro modo: uno de los mayores triunfos políticos de los partidos chiíes en décadas fue evitar que las mujeres tuviesen más derechos. Con estos precedentes, el gobierno ha sido lo suficientemente inteligente como para jugar la baza propagandística de la defensa de la mujer contra el oscurantismo fundamentalista chií. Es una jugada cínica porque obvia el fundamentalismo suní y porque parte de un actor que sostiene, bendice y se beneficia de una legislación patriarcal que no reconoce la igualdad de género.

La periodista progubernamental Sameera Rajab –prima del activista por los derechos humanos Nabeel Rajab, actualmente encarcelado– llegó a ocupar la jefatura del Ministerio de Información y ejerció como portavoz del gobierno en plena represión posterior a 2011. Mujer, sin velo y chií: un trofeo de caza mayor para la propaganda progubernamental, una voz eficaz y seductora para ganar simpatías en Occidente, blanquear el régimen y negar cualquier política de discriminación sectaria o de género. Como escriben Samia Errazzouki y Maryam al Khawaja en un artículo de *Foreign Policy* titulado «Cuidado con las feministas fake de Oriente Medio»: «Todos hemos oído la historia alguna vez: esos dictadores árabes pueden estar locos de poder, pero al menos tratan a las mujeres mejor que los islamistas. Ella [Sameera Rajab] encaja a la perfección dentro de la

concepción superficial de mujer árabe liberada, como Asma al Asad, la antigua primera ministra egipcia Suzanne Mubarak, la reina Rania de Jordania o Lalla Salma de Marruecos. Estos gobiernos autoritarios están engañando al mundo al mostrar a las pocas mujeres que se encuentran dentro de sus filas más altas como prueba de su postura liberal sobre los problemas de las mujeres. Pero estas mujeres son la excepción, no la regla.»

En palabras de M.: «El gobierno lo utiliza para blanquear al régimen. El Parlamento y las elecciones son una farsa porque todos los partidos de la oposición han sido prohibidos y sus líderes encarcelados. ¿Quieren mujeres en política? Pues que saquen de la cárcel a las prisioneras políticas ¿Quieren igualdad? Pues que cambien las leyes. A una dictadura le interesa que la sociedad esté controlada por los líderes religiosos. Cuanto más atrasadas sean las leyes de la *sharía*, más débil será la sociedad civil.»

La acampada de la Perla era mixta. Los líderes religiosos chiíes nunca se sintieron cómodos con la presencia masiva de mujeres en el espacio público y para evitarlo adoptaron el discurso paternalista y proteccionista, pidiendo a las mujeres que tuvieran cuidado, que no se expusieran en primera línea, que era peligroso, pero ni las mujeres más conservadoras les hicieron mucho caso. Había mujeres en los comités de la Perla, entre el cuerpo médico que atendía en la plaza y delante de las cámaras de Al Jazeera denunciando la represión gubernamental. Había mujeres oradoras en el escenario y había mujeres, como Zainab al Khawaja, enfrentándose a las caravanas de coches antidisturbios o rompiendo, frente a las cámaras, una foto con el retrato del rey. No había, sin embargo, mujeres lanzando cócteles molotov o quemando neumáticos en las carreteras. Esa es una iconografía reservada a chicos adolescentes, con frecuencia descamisados y con un pañuelo tapándoles la boca.

El partido chií Al Wefaq, el más importante de la oposición, intentó habilitar en la Perla espacios segregados por sexos –como lo han sido siempre sus manifestaciones–, pero se topó con la negativa de los manifestantes más jóvenes. Esta convivencia mixta de sexos en un mismo espacio público también puso nervioso al gobierno y a las fuerzas de seguridad. Como explica Frances S. Hasso, la propaganda gubernamental se obsesionó con «sexualizar» las revueltas. Según este relato la acampada de la Perla era, básicamente, un gran picadero al aire libre con jóvenes salidos engañando a mujeres para luego abusar de ellas dentro de las tiendas de campaña. En los interrogatorios a las mujeres se les preguntaba insistentemente si habían tenido sexo dentro de las tiendas de campaña y en las imágenes de televisión emitidas por el canal estatal después del desalojo se mostraban bragas, sujetadores y condones con restos de semen.

La mujer en el fondo no deja de ser un elemento extraño tanto para el gobierno como para parte de la oposición, y esa desconfianza era una herramienta de combate en sí misma. A veces la policía liberaba a una mujer activista inmediatamente después de haber sido detenida, para arrojar sobre ella la sombra de ser una colaboradora. Al revés no funcionaría: nadie dudaría del compromiso revolucionario de un camarada varón. Como dice Ala'a al Shehabi: «Todo el mundo sospechaba de las mujeres activistas exitosas. ¿Es ella realmente una infiltrada o una activista?»

La otra trama favorita del relato oficialista era la tolerancia religiosa, étnica y racial de Bahréin como tierra de acogida: era un mantra que se repetía en cartas al director, columnas de opinión y noticias pintorescas sobre triunfadores extranjeros, ya fueran dueños de cadenas de restaurantes o

emigrantes ilegales. Recorté la noticia sobre un barbero que recorría los campamentos de emigrantes en busca de clientes. Titular de portada: «Un salón con alas». Titular de interiores: «Un corte de pelo perfecto». Poseía un arranque brillante: «Para un trabajador ordinario, la proliferación de armas nucleares o el calentamiento global no suponen ningún dolor de cabeza. Pero encontrar a un barbero que les cobre una tarifa razonable es algo que realmente les preocupa.» Ante la imposibilidad de poder sobornar (el artículo utilizaba el eufemismo «dar comisión») a los guardias del recinto, el barbero les regalaba cortes de pelo gratis a cambio de acceso al campamento. Una vez dentro, se le amontonaban los clientes; una combinación perfecta: emigrante ilegal cortándole el pelo a trabajadores semiesclavos. El barbero portátil (que aparecía en las fotos con la cara borrosa) reconocía que su situación era ilegal, pero añadía que estaba haciendo un gran servicio. El remate final del artículo justificaba toda la historia: «La gratitud del barbero hacia el reino es imposible de cuantificar. Bahrein me ha dado más libertad que mi propio país. Siempre seré fiel y estaré comprometido con esta gran nación.»

Además de estas amables notas de color, los trabajadores asiáticos inspiraban –monopolizaban, incluso– las páginas de sucesos: abundaban las noticias de secuestros y violaciones de mujeres, generalmente *maids* filipinas. El agresor era siempre otro inmigrante. Nunca había menciones a los abusos cometidos por los patrones árabes.

La *kafala* es el sistema de patrocinio que rige las relaciones laborales de los empleadores bahreiníes (y del resto de los países de la región) con los trabajadores emigrantes asiáticos y africanos. Consiste, básicamente, en la dependencia jurídica del trabajador respecto de su patrón. A efectos legales el emigrante es un menor de edad con obligaciones y sin derechos, ni de vacaciones, ni de movilidad laboral. Ocurre con frecuencia que el patrón se queda el pasaporte de su empleado y no se lo devuelve ni siquiera cuando ha terminado el plazo del contrato. Un sistema que el propio ministro bahreiní de Trabajo, Majeed al Alawi, comparó en 2009 con la esclavitud. Lo hizo al presentar una nueva ley que permitía a los trabajadores cambiar de empleo sin permiso del empleador. Con esta reforma los trabajadores pasaban a depender de una autoridad gubernamental. Es decir, técnicamente, antes de esa ley, el trabajador emigrante estaba obligado a permanecer en su puesto de trabajo aunque su empleador no le pagara o le pagara tarde (o abusara de él). Con la nueva ley, el empleado podía abandonar su empleo avisando con tres meses de antelación y, por el contrario, el empresario podía rescindir el contrato (y deportar al trabajador) con un mes de aviso. La implantación sobre el terreno de esta ley –nada garantista, que ni siquiera establece un salario mínimo– es muy dudosa. Human Rights Watch sigue denunciando que muchos empleadores siguen reteniendo los pasaportes de sus empleados. Hay que dudar de la propia voluntad del gobierno en aplicarla. Esa ley se aprobó después de que Bahrein –junto a Kuwait, Qatar y Omán– fuera incluida por el Departamento de Estado americano en la lista negra del Informe sobre Tráfico de Personas. Esos países, a los que se acusaba de «esclavitud moderna», se enfrentaban a la amenaza de posibles sanciones económicas.

La ley dejaba fuera además a las empleadas domésticas, que representan el 10 % de los puestos de trabajo en Bahrein (cifra que asciende al 36,6 % del total de mujeres trabajadoras).

La web www.migrant-rights.org ofrece la mejor panorámica sobre el trabajo esclavo en el Golfo: las empleadas domésticas de Arabia Saudí trabajan una media de 63,7 horas semanales; 2.247 empleadas domésticas nepalíes fueron rescatadas por su embajada en Kuwait desde 2010. Se calcula que hay 27 millones de trabajadores emigrantes en los países del GCC, lo que representa un 70 % de la fuerza de trabajo total y el 49 % de la población. En países como los Emiratos Árabes y Qatar, el 98 % de los trabajadores del sector privado son emigrantes.

La celebración de la diversidad étnica y religiosa del país tenía sus límites: ni siquiera la propaganda gubernamental puede fingir todo el rato. Leí en el *Daily News* una noticia sobre la necesidad de crear un gueto para los esclavos. No lo decía con estas palabras, sino con «trabajadores expatriados» y «barrios segregados». La chispa fue el ataque de un emigrante asiático en una casa de Isa Town, donde supuestamente golpeó a un hombre de sesenta y cinco años e intentó violar a su mujer delante de su hijo. El artículo informaba de que había 290.000 emigrantes viviendo en «áreas residenciales», es decir, están entre nosotros, lo que daba pie a criticar al Departamento de Planificación Urbanística por no haber sabido «recolocarlos en “zonas especiales”». El Parlamento propuso en 2007 una ley para prohibir a los emigrantes vivir en áreas residenciales árabes. La medida no llegó a implementarse, aunque vuelve cíclicamente al debate público. Tras el incidente de Isa Town, el consejero municipal del departamento del Sur, Bader al Dossary, acusó a los trabajadores extranjeros de falta de moral y religión y mostró su preocupación de que fueran «malas influencias para los bahreinís».

Esta actitud abiertamente racista es compartida por muchos bahreinís, independientemente de su secta o ideología. Una amiga izquierdista se lamentaba de que la chica que trabajaba en la tienda de abayas fuera beduina: «Me di cuenta al instante, por su acento», me dijo con gesto de fastidio. Amin acusaba del paro a los emigrantes, y no se refería solo a los policías y militares suníes de Yemen, Jordania, Egipto y Pakistán a quienes el gobierno ofrece puestos de trabajo vetados a bahreinís chiíes, y a quienes asegura vivienda y nacionalidad, sino también a los profesionales extranjeros que trabajaban en su área laboral. Paseando por el viejo Manama, M. y Z. culpaban a los indios de haber desnaturalizado los paisajes de su infancia; además, eran peligrosos, decían, porque a veces entraban en las casas a violar a mujeres árabes.

Una amiga india de Elena, a quien había conocido en clases de árabe, le preguntó si le apetecería ir a su colegio un día para dar una charla en inglés a sus alumnos. A Elena le pareció una idea estupenda, y se ofreció a ir además con otra amiga americana para que los alumnos disfrutaran de una dupla de acento británico y acento yanqui. Cuando la profesora india vio llegar a las dos chicas se le congeló el rostro y se llevó a Elena a hablar en un aparte: «¿Cómo se te ha ocurrido traer a una persona negra al colegio?», le censuró.

Todo el pequeño comercio del Golfo funciona como un *drive through*: el cliente aparca en doble fila, pega dos bocinazos y espera a que el mozo de la tienda, siempre asiático, salga a apuntar el pedido y más tarde a servirlo. Así funcionan las panaderías, los puestos de kebabs, las *cold stores* donde venden tabaco y bebidas, las gasolineras donde te llenan el depósito sin bajarte del coche, las cajas de supermercados con una persona que te coloca la compra en las bolsas y te las acerca al coche. Aparcar y andar con las bolsas en la mano era una excentricidad de europeo recién llegado. El camuflaje en el Golfo era no salir del coche, no moverte nunca.

Un joven bahreiní hizo un pequeño experimento trabajando como mozo de los recados en una *cold store*, pero vestido con zaub y guthra, a la manera tradicional árabe. Al primer bocinazo, el joven bahreiní acude raudo a atender la comanda; cuando el conductor ve que el chico es árabe, se queda sin palabras, mira sorprendido, balbucea una excusa, dice que no sabía, y hace amago de salir él mismo del coche a comprar su pedido.

El vídeo se hizo viral en los muros de Facebook de mis amigos bahreinís. Millones de *likes*.

Algo parecido ocurrió con otro vídeo grabado en una gasolinera de Arabia Saudí: después de llenar el depósito, el empleado asiático toca suavemente la ventanilla del coche para cobrar. El conductor, molesto por lo que interpreta como una imperdonable falta de respeto, abre la puerta con violencia y empieza a golpear al empleado. Pasados unos segundos, se acerca a la escena un segundo trabajador de la gasolinera, que intenta –inútilmente– calmar al agresor. Pienso en esa escena en España: tal vez el segundo empleado, en vez de tranquilizar al conductor, habría intentado devolverle un puñetazo. Tal vez los dos empleados habrían terminado dándole una paliza al conductor. Esa posibilidad es inexistente en el Golfo. El cliente sabe que nunca, de ninguna manera, se le enfrentará un empleado asiático. Eso lo sabe el cliente árabe y lo acaba intuyendo el expatriado, que termina por tratar a los asiáticos con la misma soberbia. Es fácil acostumbrarse al dominio y a la sensación de fuerza. La primera vez que el jardinero del *compound* me despertó por la mañana con el rasgueo seco de la hoja de palmera barriendo el patio, salí a la calle gritando y haciendo aspavientos groseros con los brazos. El jardinero bajó la mirada, como pidiendo perdón. Yo regresé a la cama.

A diferencia de la discriminación de los chiíes –tabú en muchos ambientes–, el abuso de los emigrantes es un tema amable, de buen tono, incluso para el gobierno. Ideal para sacar en una comida con amigos bahreinís –chiíes o suníes, de clase alta o de los pueblos más humildes– o en una fiesta con expatriados: permite denunciar una injusticia de la que milagrosamente nadie se siente partícipe.

Aire venía dos veces por semana a limpiar la casa. Entraba en la cocina por la puerta del jardín, siempre abierta desde que la llave se rompió dentro de la cerradura y no me vi con fuerzas de iniciar una persecución al gerente indio para que la arreglara (ni los gritos más histéricos de las amas de casa expatriadas lograron nunca alterarle el gesto. Un tipo imbatible, Anil). Aire dejaba su bolso sobre la lavadora, se descalzaba, me daba los buenos días, Sir, y me preguntaba qué tal la Madame. La Madame era Carla, que a esas horas estaba siempre trabajando en la oficina. A Aire, al principio, se le hacía raro esta inversión de roles tradicionales: mujer oficinista, hombre en casa. Durante un tiempo, creo que Aire no se fiaba de mi criterio doméstico, y cuando tenía alguna duda, en vez de preguntarme a mí directamente, me pedía que lo consultara con la Madame. Durante ese mismo tiempo, a los compañeros de trabajo de Carla mi rol doméstico les parecía igualmente inverosímil. «Hago libros», le expliqué a Aire, señalando primero mi ordenador y luego, como una consecuencia, la estantería llena de libros. Mi trabajo era algo abstracto y misterioso, tanto para Aire como para los compañeros de trabajo de Carla y para tantos familiares que siguen pensando que trabajo en una librería.

Aire limpiaba en varias casas de la urbanización, en algunas de ellas bajo la mirada conspiranoica de ese tipo de expatriadas aburridas que ven el universo en una mota de polvo. Lo sé porque yo conocía a esas vecinas, y porque Aire me cotilleaba muchas historias sobre ellas. Criticar un mucho, dicen las tías de Carla, y Aire y yo criticábamos a todo el mundo y a veces nos daban ataques de risa. Cotilleábamos a media mañana, de pie, en la cocina. A veces costaba entender algunas de las historias de Aire, pero eso era casi hasta más divertido: cuando llegaba Carla por la noche y yo le radiaba el boletín de la urbanización, juntos reconstruíamos el puzle con piezas sueltas de información confusa. Había que sopesar teorías, descartar incongruencias, comparar versiones, unir los puntos, rellenar los huecos. El resultado, a veces, era delirante, a

veces tétrico: una de las vecinas amenazó a Aire con prohibirle la entrada a la urbanización si trabajaba en otra casa que no fuera la suya.

Cuando le dije que vendrían mis padres en navidades, Aire se quedó pensativa y proclamó sería, sin derecho a réplica, que necesitábamos una aspiradora para la alfombra y para limpiar las juntas de las puertas correderas que separaban el salón del patio, convertidas en un criadero de hojas muertas y telarañas como pegotes de cemento.

Aire vino de Sri Lanka hace veinte años, pero ya está haciendo planes para volver a casa. Bahréin se ha vuelto demasiado caro y a medida que el gobierno vaya retirando más subsidios (carne, pan, gasolina) será menos rentable quedarse aquí. «Llevo veinte años aquí y solo hay fuego.» Cuando su hija y su nieta se mudaron a Sri Lanka, Aire estuvo una semana llorando. Había pasado de vivir con ellas a no volver a verlas, en el mejor de los casos, hasta dentro de dos años. La hija se había ido a vivir a la casa que Aire había comprado en su pueblo natal, rodeado de plantaciones de té y templos budistas. Le pedí que me deletreara el nombre y busqué el pueblo en Google y juntos estuvimos viendo las fotos. Cuando Aire vuelva a Sri Lanka, se construirá una casa al lado y alquilará habitaciones para turistas. Le digo que yo le haré publicidad en las revistas de viajes españolas, y ella me dice que vayamos a verla y que nos podemos quedar todo el tiempo que queramos.

Aire es hinduista y vegetariana, pero prepara un pollo con arroz delicioso porque en su casa todos comen carne: su hija y su marido, cristiano, que trabaja en un taller de coches. Vivieron siempre en Duraz, chií, hasta las revueltas de 2011. Se mudó al cercano pueblo de Budaiya, suní, sin barricadas ni cócteles molotov ni gases lacrimógenos. Le pregunté si alguna vez había tenido problemas en Duraz, porque la propaganda gubernamental siempre jugó la baza de enfrentar a los chiíes contra los emigrantes asiáticos. Me dijo que no, que sus vecinos árabes siempre habían sido muy amables con ella. Si no hubiera sido por las barricadas, se habría quedado allí.

What to do? era la muletilla recurrente de Aire frente a la vida. *What to do* después de que su ahijada, una chica de veintitrés años, cayera al vacío desde la terraza de un noveno piso. Estaba borracha en la casa de unos soldados americanos, decía el periódico. «Siempre le gustaba sentarse en los bordes», me explicó Aire en la cocina de mi casa, entre sollozos inconsolables. «Si estaba en la cocina, se sentaba en la encimera con los pies colgando, nunca en una silla.» Ese día le dije que se fuera a casa, pero me dijo que no quería estar sola. «Entonces cocinaremos», dije. Le pedí que me enseñara a preparar el pollo con arroz y curry. Pasamos la mañana en el mercado central, situado cerca de la plaza de la Perla, un conjunto de naves gigantescas llenas de mozos de carga que, por un euro, podían pasar horas tirando del carro cargado de kilos de remolacha y lomos de tiburón del mar Rojo y casquería de cordero que colgaba, sin refrigeración, sobre mostradores de azulejos con moscas.

What to do cuando había un atentado, o un terremoto en Nepal, o inundaciones en Sri Lanka. *What to do* cuando recordaba la guerra civil en su país. *What to do* cuando su hija y su nieta se volvieron a vivir a Sri Lanka. *What to do* cuando subían los precios o cuando el ISIS amenazaba con atentar en Bahréin el próximo viernes.

Un día me habló horrorizada de los sacrificios rituales de los musulmanes durante la fiesta del cordero. «Los desangran en sus casas. No me extraña que luego decapiten a los humanos», añadía riendo.

Aire fue la única persona que lloró cuando nos fuimos de Bahréin.

MEZQUITA

Después de tres horas de conversación en la mezquita sentí algo parecido a un ataque de claustrofobia. Después de tres horas de conversación en la mezquita, los ojos de ese sonriente joven egipcio, polo verde, pantalones vaqueros, gafas de pasta y barba de cuatro días, me parecieron hipnóticos, extasiados y muy decididos: la seguridad de quien dedica su día libre a revelar la verdad del único Dios verdadero.

El joven egipcio trabaja en una multinacional farmacéutica alemana y es guía voluntario en la gran mezquita situada junto al palacio real, estrechamente vinculada a la minoría dirigente suní. En torno a esta mezquita se celebró la mayor manifestación progubernamental durante las revueltas de 2011, en la que participaron miles de trabajadores asiáticos portando retratos del rey. El nombre de la mezquita, Al Fatha, significa el iluminador, el que abre la fe a los que estaban en la oscuridad. Significa también, el conquistador. Esa palabra, que no tendría ninguna importancia en otro país musulmán, aquí tiene connotaciones casi colonialistas. Es la manera simbólica de recordar a los chiíes que «el verdadero islam», el suní, llegó a Bahreín con la conquista del siglo XVIII; es decir, que antes de los Al Jalifa los bahreinís vivían en la oscuridad preislámica, a pesar de que el islam llegó a esta isla a principios del siglo VII.

En la mezquita de Al Fatah, el joven egipcio que nos hace de guía dedica cinco minutos a la arquitectura y tres horas a Dios. Por un lado, mármol de Italia, madera de la India y tres mil lámparas hechas a mano en Francia. Por otro, Abraham, Isaac, Jesucristo, Mahoma, la Biblia, el Corán, una demolición sistemática e impecable de la Santísima Trinidad y una defensa diésel, y a su manera razonada, no solo de la existencia de Dios, sino de la única verdad del islam. En España jamás he dedicado tres horas a discutir de religión con un católico.

El joven egipcio me recuerda al guía estadounidense judío que en Jerusalén dedicó todo su ingenio a mofarse del relato musulmán sobre el origen mítico de la explanada de las mezquitas. El énfasis con el que un ser profundamente religioso desmonta las creencias sobrenaturales de la otra fe me parece un signo inequívoco de locura. Lo mínimo que se le puede exigir a un crédulo es complicidad con las fantasías ajenas. Si crees en fantasmas no te puedes reír con las historias de zombis.

El joven egipcio sostiene que la vida es algo tan complejo que no ha podido surgir al azar. «Tú no caminas por el desierto y te topas con un iPhone caído de la nada», dice. Para darle mayor realismo a su metáfora, coloca su móvil sobre la alfombra de la mezquita y le da una patada. Agradezco el guiño escenográfico. Si metes doce piedras en una bolsa, ¿sabes cuál es la posibilidad de que vuelvas a sacarlas en el mismo orden? Ninguna, aventuro yo. No, concede él en un arrebato cartesiano, imposible no es, pero solo hay una posibilidad entre 400.000 millones. Nada surge de la nada, cero más cero es igual a cero, uno más uno es igual a dos. Comprendí entonces que para un creyente Dios es un cálculo de probabilidades, una solución matemática. Podría comprenderlo.

El joven egipcio dice que no tiene sentido pensar que la vida es nacer, comer, vivir, sufrir, tener hijos, morir. Tiene que haber un sentido. Necesitamos un guía que nos diga qué está bien y qué está mal. Comprendí entonces que para un creyente Dios es un manual de instrucciones. Las bases inamovibles de la religión frente a la ciencia líquida que «con cada nuevo avance convierte el

universo en algo menos familiar, menos acogedor», como escribe Philipp Blom en *La fractura*. La religión como refugio. La religión como explicación universal a una trama compleja. La religión como teoría conspirativa. Podría comprenderlo.

El rezo interrumpe nuestra conversación. El guía se une a la hilera de hombres y niños que se postran sobre el suelo. No hay música, no hay liturgia ni hermetismo, no hay santos ni imágenes ni capillas, solo una alfombra y un espacio diáfano y austero. En este sentido, el islam es una geometría sencilla y una escenografía transparente. Podría comprenderlo.

El joven egipcio tiene una certeza: que el único Dios es Alá, y su mensaje revelado está en el Corán, que es el único texto religioso que nos ha llegado intacto, sin errores de transmisión ni manipulaciones posteriores. Jesucristo, me recuerda, fue también un mensajero de Alá –y María es la aspiración de perfección de toda mujer musulmana, más que Fátima–, pero su prédica fue malinterpretada por ignorancia y por intereses políticos. De ahí que Dios tuviera que mandar a Mahoma, esta vez con un código de programación encriptado, a prueba de *hackers*, que asegurara la pureza de la revelación: el idioma árabe, el idioma de Dios. En este sentido, el islam es un software actualizado que soluciona los fallos de seguridad de las versiones anteriores. Podría comprenderlo.

A medida que avanza la conversación, Carla y yo adoptamos, casi involuntariamente, el papel de creyentes cristianos: es lo que se espera de nosotros y es una exigencia natural desde el momento en que el joven egipcio convierte la conversación en una crítica al cristianismo. Ganará él porque conoce mis cartas mucho mejor que yo, que no he recibido educación religiosa en mi vida. Desmenuza la aberración teológica de la Santísima Trinidad y no hay nada que yo pueda rebatirle: no tengo ni la más remota idea de qué es la Santísima Trinidad, salvo el nombre de una de las carabelas de Colón. El joven egipcio apunta que la Santísima Trinidad fue proclamada en el edicto de Nicea en el siglo IV, y lo vincula al intento de la Iglesia por adaptar el cristianismo a la ideología estatal del imperio romano. «Pasaron de estar perseguidos a convertirse en la religión oficial.» En este sentido, el islam es la pureza bolchevique frente al aburguesamiento acomodaticio socialdemócrata. Podría comprenderlo.

El joven egipcio afirma que el islam es la única religión que no termina en ismo, a diferencia del cristianismo, judaísmo, hinduismo o budismo. Ese ismo es para él una demostración de que las demás religiones son simples conjuntos de creencias partidistas, al nivel terrenal de atrocidades mundanas como el comunismo o el capitalismo. En este sentido, la verdad del islam es una cuestión semántica. Podría comprenderlo.

Cuando el joven egipcio ataca al limbo y al infierno cristiano, cometo la imprudencia de decirle que yo no creo en el infierno. Eso parece descolocarle por unos instantes. Me mira decepcionado, con un asombro de espanto en sus ojos, como si yo hubiese derribado el tablero de ajedrez ante la inminencia de un jaque mate. Se repone rápido y cambia de estrategia. Abandona el más allá y vuelve a la historia y a la política, campos en los que sabe que yo muestro mucho más interés.

La falsedad del cristianismo, dice el joven egipcio, queda demostrada porque sus seguidores están divididos en varias ramas enfrentadas. Ahí veo por fin una posibilidad de contraataque. Le replico que semejante fragmentación se vive también en el islam entre suníes y chiíes. Responde que no es lo mismo, pues todos ellos se basan en la misma verdad revelada, el Corán, la palabra de Dios. Esa trampa me suena: clase de filosofía de COU, 1997. El profesor, al que le encanta caminar con una lentitud exasperante entre las hileras de pupitres y subrayar sus reflexiones con el dedo índice apuntando a su cabeza, como si se fuese a disparar con una pistola al revés, desglosa las vías de argumentación de Santo Tomás de Aquino. Dios existe porque en la Biblia Dios dice:

yo existo. Daban ganas de levantarse del pupitre, tirar el libro por la ventana y salir corriendo a la playa como en una película francesa.

Llevo un rato intentando despedirme. El amago de debate hace tiempo que ha degenerado en un monólogo circular; el aburrimiento y el dolor de piernas han devorado mi curiosidad. «Nos quedaríamos hablando todo el día, pero tenemos que irnos», miento. Nos acompaña a la puerta, nos regala varios libros y panfletos, escribe nuestros nombres y el de nuestras madres y el de nuestros sobrinos en árabe sobre tarjetas con máximas de Alá. Le ofrezco una *contribution*, y él responde que no es necesario, que el mejor pago es mi sonrisa.

EXCURSIONES

Las excursiones se agotaban rápido. Las viejas casas tradicionales de Muharraq, el zoco, el antiguo palacio de los Al Jalifa, el fuerte portugués, el desayuno en el Saffron, la zambullida submarina para buscar perlas, cuidado con las medusas en los meses de verano cuando el Golfo parece un estanque transparente recalentado con microondas, los hornos de cerámica de A'ali excavados en los antiguos cúmulos funerarios de una antigua civilización. El *skyline* de las torres de Manama, los restaurantes de Adliya, las playas privadas antorchas de fuego en la orilla kitsurf paddle surf, todas las postales del país *business friendly* paraíso de expatriados que vende el Ministerio de Turismo.

En lo más alto de la jerarquía turística, los bahreinís situaban el árbol de la vida, una encina cuatricentenaria en mitad del desierto, que en Bahréin no es un horizonte de dunas sinuosas sino un descampado árido atravesado por kilómetros de oleoductos y pozos con llamas (y en noviembre, entre los oleoductos, se instalan grandes jaimas familiares con las que los bahreinís rinden homenaje a sus ancestros nómadas del desierto, solo que con parabólicas en vez de constelaciones en el cielo, y con quads en vez de camellos o caballos). Sometida a una temperatura media de 41 grados, no está muy claro de dónde saca la encina el agua. Puede ser que se alimente de algún pozo de agua dulce subterránea, que se hidrate con la humedad de la brisa procedente del Golfo, o que sea el último superviviente del Jardín del Edén que los babilónicos situaban en Bahréin, y yo en el prado verde con palmeras, poni blanco y pavos reales de mi urbanización en Duraz. La cara de decepción al ver la encina es un rito de iniciación de todo visitante. Carla se la puso a Rafa la primera vez que fue a verla, yo se la puse a Carla e Íñigo finalmente me la puso a mí: estaba de viaje apresurado por el Golfo, aterrizó en Bahréin desde Kuwait, donde acababa de haber un atentado suicida del ISIS en una mezquita chií, era verano, era el ramadán, cuando Bahréin durante el día es una distopía: nadie en las calles, los grifos de cerveza de los bares cubiertos con lonas, un calor inútil de describir. Pasamos el primer día metidos en casa, hablando de geopolítica y de las señales enviadas por el ser humano en búsqueda de vida extraterrestre –todo tenía sentido–, pero al segundo día nos sentimos obligados a enseñarle algo. Montamos en el coche, condujimos una hora por el desierto que Íñigo miraba a través de la ventana primero con cara de expectación, a la espera de que apareciera el verdadero desierto, luego con cara de resignación –el desierto era esto–. Finalmente, la cara de asombro al llegar al árbol de la vida. El asombro de la decepción. Después del árbol, a Íñigo le hice la ruta por las calles de los pueblos chiíes, entre pintadas, fotos de los detenidos y tanquetas antidisturbios.

La ONG Bahrain Watch ofrecía en su página web una ruta turística alternativa: cócteles molotov en Sitra, el *youth hostel* de Seef convertido en centro de tortura y detención, las pintadas de los pueblos chiíes, el supermercado de la cadena Jawad –familia chií– asaltado por una turba de extremistas ante la mirada cómplice de los antidisturbios, los solares sobre los que se levantaban algunas de las mezquitas chiíes destruidas por los bulldozers del gobierno, el Costa Coffee de la carretera de Budaiya donde se reunían los opositores, la rotonda de Abu Shaiba donde detuvieron

a la activista Zainab al Khawaja y, por supuesto, la plaza de la Perla, imposible de pisar, con su perímetro de seguridad de policías y militares.

Convencí a Z. para que me llevara de visita al cementerio de Beni Jamra. Visto desde lejos, con las banderolas del cementerio en primer plano y las casas levantadas sobre un pequeño promontorio, Beni Jamra tiene un prometedor aspecto de poblado pintoresco, sensación que desaparece al entrar en sus calles, tan vacías y tristes como las del resto de la zona, con las paredes cubiertas de pintadas y de fotos de los jóvenes detenidos, con casas abandonadas y aparcamientos con cascotes y basura.

Si Beni Jamra es el corazón de Bahréin, como dicen sus vecinos, su cementerio se puede leer como un libro de historia. De extensión aproximada de dos hectáreas, rodeado por un muro bajo decorado con pinturas de pescadores y camellos en el desierto, lo que más sorprende es su aparente desorden, la sensación de descampado con cascotes de obra. El suelo está alfombrado por pequeñas piedras que marcan los lugares de enterramiento, como lápidas anónimas, donde los familiares dejan ramos de albahaca fresca, y entre las piedras y las plantas surgen cartuchos de botes de gas lacrimógeno que la policía dispara algunas noches contra los jóvenes que queman neumáticos o arrojan cócteles molotov. La ONG Physicians for Human Rights documentó, solo en 2012, la muerte de treinta personas por asfixia, en su mayoría ancianos o discapacitados, así como varios abortos provocados por esos ataques.

Aquí está enterrado el poeta Abdalá al Arab, que en 1921 presentó una queja ante el gobernador británico Major Daly contra los abusos cometidos por la familia Al Doseri, mercenarios originarios de Arabia Saudí y radicados en la vecina localidad de Budaiya. Las autoridades británicas, hasta entonces indiferentes ante las violaciones cometidas por la familia real Al Jalifa y sus aliados, tomaron la medida insólita de expulsar del país a varios miembros de la tribu Al Doseri. Esa humillación no quedaría sin castigo. Cuando viajaba en burro a través de los palmerales, Abdalá al Arab, el poeta, fue emboscado y degollado por los *fidawis*. Casi cien años después, los vecinos de Beni Jamra saben el número de puñaladas que recibió Al Arab y explican cómo sus antepasados intuyeron la tragedia al ver aparecer el burro sin jinete. Casi cien años después la familia Al Doseri sigue siendo aliada preferente de la familia real y varios de sus miembros ocupan puestos de responsabilidad en el gobierno. Casi cien años después, la familia Al Arab sigue muriendo: en julio de 2017, el joven de veinticinco años Ali Hakim al Arab, bisnieto del poeta degollado en 1921, fue asesinado por el gobierno bahreíni (junto a Ahmed Isa al Malali, veinticuatro años) en cumplimiento de la pena de muerte dictada en un juicio masivo a sesenta y tres personas. Según Amnistía Internacional fue obligado a firmar su culpabilidad («pertenencia a un grupo terrorista») después de que le arrancaran las uñas de los pies y lo sometieran a descargas eléctricas.

Aquí está el panteón de uno de los jóvenes asesinados en el «sábado negro» del 1 de abril de 1995, cuando el ejército atacó a los vecinos que llevaban semanas defendiendo la casa del clérigo y líder espiritual chií Abdul Amir al Jamri. «El pueblo que no honra a sus mártires no merece ser una nación», me traduce el amigo que me hace de guía por lo que durante meses solo había sido un descampado al borde de la carretera.

Aquí está enterrado el clérigo Al Jamri, en cuya defensa murió el joven enterrado en el panteón cercano. Fue diputado en los setenta, se exilió en Irak en los ochenta, y regresó a Bahréin en los noventa. Estuvo recluido en una celda de aislamiento entre 1996 y 1999 y en arresto domiciliario

hasta 2001. Z. me contó que Al Jamri fue obligado a salir por televisión pidiendo perdón, dando un beso en la frente al emir jeque Isa bin Salman al Jalifa, y que ese suceso tan humillante había sido borrado de la memoria. Intrigado por ese episodio, pregunté en busca de más detalles a varios amigos periodistas, que negaron esa versión. Nunca hubo beso en la frente al emir, sino la lectura de un comunicado solicitando el perdón real. Sin embargo, Z., que cuando ocurrieron los hechos vivía en el exilio junto con su familia, me contó la escena convencido de su veracidad. Me fascinan los mecanismos de las memorias orales apócrifas.

Aquí está enterrado Ali Khalil al Sabbagh, un chico de diecisiete años al que le explotó una bomba en 2013 que presumiblemente estaba manipulando para cometer un atentado.

Aquí no está la tumba de Rida al Ghasra, asesinado por la guardia costera en 2017 cuando huía de Bahreín en barco. Su historia comienza en 2011, con una condena de más de cien años de cárcel, acusado, junto a otras sesenta y una personas, de formar parte de la organización 14 de Febrero. Tras una visita familiar, logró huir disfrazado de la cárcel. Fue herido en un tiroteo, pero logró sobrevivir escondido hasta que volvieron a detenerlo el 24 de mayo de 2013. Un año después, logró escaparse de nuevo a través de los conductos del aire acondicionado. Le detuvieron en Saar, y le aplicaron un severo régimen de aislamiento. El 25 de octubre de 2014 inició una huelga de hambre y consiguió que le trasladaran a otra prisión para poder celebrar la Ashura chií. El 1 de enero de 2017 se escapó por tercera y última vez, junto a diez reclusos. La policía desplegó el dispositivo más grande desde el levantamiento del estado de emergencia de 2011, peinaron la isla, realizaron varias razias en diferentes pueblos, pero no pudieron encontrarle. El jueves 9 de febrero escribió el último capítulo de su novela y se echó al mar junto a sus compañeros. A cinco millas de la costa oriental, su embarcación fue interceptada por la guardia costera. En la rueda de prensa posterior, el jefe de las fuerzas de seguridad Tariq al Hassan dijo: «El barco abrió fuego contra la patrulla, y hubo una respuesta directa (devolviendo el fuego) contra la fuente de los disparos, de acuerdo con los estándares legales en estos casos. Rida al Ghasra (veintinueve años), Mahmoud Yahya (veintidós años) y Mostafa Yousef (treinta y cinco años) murieron.»

Ni la familia ni ningún forense independiente pudieron ver los cadáveres. El gobierno prohibió que su cuerpo fuese enterrado en el cementerio de Beni Jamra. En su lugar, organizó una ceremonia semiclandestina en el cementerio Sheik Maytham del pueblo Um al Hassam, a la que solo pudo acudir un miembro de su familia. Se prohibieron las marchas de duelo y hubo un despliegue policial alrededor del cementerio de Beni Jamra durante varias semanas.

Un hermano de Rida escapó a Irak. Otro está en la cárcel.

Estas son solo un puñado de historias al azar.

La excursión favorita, la que Jorge y yo teníamos señalada en el calendario desde meses atrás, era la excursión por las barricadas el día del aniversario de las revueltas de 2011. Para un expatriado, las barricadas eran más un decorado que un problema real. Según en qué zonas vivieras, podías pasarte años sin cruzarte con un solo incidente. A nosotros, que vivíamos en una zona «caliente», no nos iban a detener jamás en un *checkpoint*; ningún comando de hombres enmascarados asaltaría nuestra casa de madrugada. Cabía la posibilidad real de quedarte diez, quince minutos, atrapado en un atasco provocado por una barricada de neumáticos ardiendo, o de tener que suspender el partido de tenis cuando la nube de gas lacrimógeno procedente de la rotonda de Duraz se colaba en el *compound*, pero eso era solo una anécdota divertida para contar a los amigos esa noche en el Lanna Thai o en una cena en el jardín: Juanjo llegó un día tosiendo, los ojos escocidos, porque había abierto la ventana del coche para grabar con más nitidez a los

antidisturbios persiguiendo manifestantes en una nube de gas lacrimógeno. Su primera reacción había sido echarse agua en los ojos. «En esos casos hay que echarse leche», dijo alguien. «O frotarte la cara con una cebolla», dijo otro.

«Nosotros celebramos San Valentín de una manera muy especial», decían nuestros amigos bahreiníes al acercarse el aniversario del 14 de febrero. Los cercos policiales se estrechaban salvajemente en algunos pueblos, hasta el punto de prohibir la salida de los vecinos. Las empresas emitían una especie de salvoconducto para que sus empleados chiíes pudieran atravesar los *checkpoints*. No solía funcionar. Que un policía jordano, paquistaní o egipcio te impida salir de tu casa para ir a trabajar: a eso se le llama territorios ocupados. Que eso solo ocurra en los pueblos chiíes se llama discriminación religiosa.

Los compañeros de Carla nos advirtieron que tuviéramos cuidado y nos recomendaron no salir de casa durante esos días. Solo la vecina bipolar bahreiní, la que una noche me explicó que vio a Dios mientras lavaba el cuerpo de su madre muerta, parecía mantener la serenidad: «Siempre se anuncia más jaleo del que luego hay. Mis amigas americanas están paranoicas», se reía. «Yo he vivido en Londres y Bahreín es mucho más seguro.»

Las predicciones catastrofistas de nuestros amigos chiíes se basaban en el recuerdo real de la catástrofe. Muchos de ellos habían participado en las masivas manifestaciones y acampadas de 2011 y todos tenían algún familiar encarcelado. Criticaban la violencia callejera por inútil y contraproducente. A diferencia de los más jóvenes, ellos tenían aspiraciones laborales y familiares y consideraban que ya «habían comido su trozo de pastel de la represión de 2011». Solo alguno de ellos, como Amin, deseaban que todo estallase de nuevo, pero debajo de aquella rabia yo imaginaba más descontento vital que motivación política.

Yo contaba los días que faltaban para el aniversario del 14 de febrero con una excitación pueril: podría ver el caos al otro lado del muro de mi urbanización. Esta vez no me sentaría a ver vídeos de YouTube.

La mañana del jueves me encontré con Johnny jugando con sus hijos en la piscina. Me dijo que esos días era mejor ir al Rugby Club que al Country Club, porque al primero se podía llegar por la carretera de Janabiya, una zona suní donde no habría barricadas. No había preocupación en sus palabras; era tan solo un consejo de tráfico. Luego me encontré con otro vecino, que volvía de dar una vuelta en bici por la carretera de Nakheel. Habló de las barricadas como un campesino comparando cosechas: este año parecía más flojo.

La carretera de Nakheel es el camino que discurre paralelo al mar por los pueblos chiíes del norte. En algunos tramos está flanqueado de huertos y descampados, y en otros se interna por el centro de los pueblos, entre calles laberínticas ideales para emboscadas. La policía evita esta zona y prefiere desplegarse por la carretera de Budaiya, más grande, accesible y segura, punteada por amplias rotondas, con hasta tres carriles por dirección, flanqueada por supermercados, restaurantes y McDonald's. Es más fácil que acudan refuerzos de las dos grandes comisarías que hay en las proximidades y la anchura de la carretera y de los arcones aseguran la movilidad de las patrullas. En la carretera de Budaiya siempre había alguna tanqueta, cubierta de pegotes de pinturas de colores, como un mural de guardería, sensación acentuada por las barreras defensivas pintadas con un trampantojo de ramas de árboles y por los murales de palomas de la paz y niños de diferentes colores agarrados de la mano bajo la inscripción: «Todos juntos por la paz.»

La carretera de Budaiya también era el escenario preferido por los jóvenes chiíes para lanzar sus ataques, así que el despliegue policial era parte natural del paisaje. Lo raro hubiera sido ver un camello al borde de la carretera. De hecho, una vez vi uno y me bajé del coche para hacerle

una foto. A pesar de los incidentes, abundaban los tiempos muertos: una vez vi al conductor de la tanqueta, con la puerta abierta, contando billetes de dinero delante de un repartidor de pizzas. En reposo, las tanquetas tenían un aire de pieza de museo militar al aire libre.

Nakheel, por el contrario, era la carretera familiar, un pasillo en pantuflas, el campo de juego de los niños en bicicleta, la panadería, la *matam*, el paseo a caballo. Salvo el 14 de febrero, cuando se convertía en una sucesión ininterrumpida de barricadas. Más que preparativos de campo de batalla, parecía un despliegue de orgullo.

Quedé con Jorge el jueves por la noche para recorrer juntos la carretera de Nakheel. Pasé a recogerle por su casa de Jannusan. Hacía una de esas noches fabulosas de febrero en Bahrein, y en la casa se respiraba ese ambiente de euforia de comienzo de fin de semana. Elena bailaba con las cariocas en el jardín. El polaco, ese gran osito de peluche que paseaba a su gato con correa, el mismo que intentaba no salir nunca de casa después de las siete de la tarde «por si acaso», la persona más miedosa que conocí en Bahrein, nos anunció entusiasmado que vendría con nosotros a visitar barricadas. Su novia, una turca eternamente angustiada, flotaba ligerísima en la hamaca aquella noche. En ese ambiente de pícnic agradecí la visión de Jorge disfrazado de periodista gráfico, con sus cámaras colgando del cuello. Fue un alivio momentáneo. Antes de subir al coche, la novia del polaco nos despidió a todos con besitos. De repente, la excursión parecía una mascarada idiota.

En vez de enfilar la carretera, atravesamos el descampado. Los volantazos, los derrapes, los brincos dentro del coche ayudaban, por fin, a ambientar nuestra aventura. Fumamos como fuman los fotógrafos de prensa cuando llegan tarde a una rueda de prensa en el ayuntamiento: para dar sensación de velocidad.

Nakheel estaba a oscuras. Llegamos a la primera barricada infranqueable, en Barbar, construida con una hilera de pinchos y hierros clavados en el asfalto, y una muralla de sofás, piedras, vallas metálicas y ramas de palmera. Dentro del coche, especulamos sobre la fortaleza de estas estructuras defensivas. Una tanqueta podría atravesarla, un todoterreno de la policía se arriesgaría a quedarse atrapado bajo una lluvia de cócteles molotov.

Bajamos del coche y caminamos entre pandillas de niños que corrían excitados de un lado al otro de la calle, moviendo piezas de una barricada a otra, sin más criterio que la diversión. Jorge le preguntó a un indio, plantado frente a su tienda cerrada por la huelga, si sabía dónde podíamos comprar tabaco. El indio extendió sus brazos a ambos lados, indicando las persianas bajadas con un gesto de comicidad fatalista. Un anciano vestido con zaub nos saludó en árabe con una gran sonrisa, y siguió caminando en la oscuridad.

Volvimos al coche, dimos la vuelta y seguimos callejeando de barricada en barricada. Unos niños aparecieron corriendo en manada, desde la oscuridad, con punteros láser en la mano, para explicarnos muy serios, atropellándose los unos a los otros, que por ahí no se podía pasar. Se les veía disfrutar en su papel de inflexible milicia de *checkpoint* hasta que un adolescente les ordenó a gritos que nos abrieran un paso lateral en la barricada, mientras nos pedía perdón por las molestias. Les dimos las gracias y nos despedimos efusivamente. El *checkpoint* se había convertido en una despedida familiar, en un grupo de locales indicando la salida a un grupo de guiris.

Condujimos a la carretera de Budaiya, que mostraba el aspecto normal del fin de semana, con las rotondas de tráfico denso y la cola del *drive through* del McDonald's dando la vuelta a todo el aparcamiento del supermercado Alosra. En la siguiente rotonda vimos a un grupo de policías pertrechados detrás de un retén de cemento, apuntando con las escopetas a los palmerales oscuros.

Mientras dábamos la vuelta a la rotonda, la tanqueta de policía se puso en marcha, justo delante de nosotros, y tomó la salida hacia Jannusan donde, en ese momento, cayó un cóctel molotov en mitad de la calzada. Iluminaron la escena varios punteros láseres que salían de detrás de un muro. Con movimientos lentos y torpes, la tanqueta intentó apagar el fuego pasando por encima de las llamas. Detrás del vehículo antidisturbios empezó a formarse un pequeño atasco de coches, el nuestro incluido. Jorge, fascinado con la escena de luces, fuego y tanquetas, se negaba a dar marcha atrás, como le pedíamos el polaco y yo. El coche de delante inició unas pacientes maniobras para adelantar a la tanqueta por encima de la acera y siguió rumbo al pueblo. Nadie perdía la calma: he visto conductores más nerviosos en el aparcamiento de un centro comercial. Dentro de nuestro coche sonaba música clásica, la mejor banda sonora para la opereta en la que estábamos metidos. Al rato la tanqueta apagó el fuego, cesaron los rayos de luz, el tráfico recuperó la fluidez. Aburridos, decidimos volver a casa.

Elena y la novia del polaco no nos hicieron mucho caso cuando les relatamos, excitadísimos, el episodio de la tanqueta. Salimos al jardín, abrimos una lata de Efes Pilsen y repasamos la logística de la fiesta del día siguiente. Regresé a casa por Budaiya, escuchando cumbia. Carla me saludó distraída desde el sofá. Jugamos una partida al chinchón. Pedimos una pizza al Pizza Hut, que llegó tarde y fría porque, me explicó apurado el repartidor asiático, se había encontrado una barricada en la rotonda de Budaiya. Pusimos *Harry Potter* en el proyector y nos quedamos dormidos en el sofá.

LOS SUFÍES

–¿Quieres venir a una sesión de lectura sufi? –me ordena Jorge por teléfono. Antes de colgar, Jorge me recomienda que me vista con cierto decoro, sabiendo como sabe que ando por Bahreín con camisetas del Decathlon, un único pantalón vaquero con la entrepierna rota y unas zapatillas salpicadas de barro. Cuando me dispongo a salir de casa, para calibrar la gravedad del agujero de mi entrepierna, pruebo a sentarme en el suelo de la habitación, enfrente del espejo que compré en el chamarilero de Budaiya.

En el camino a Muharraq –mientras conduce por una autopista de cuatro carriles sometidos a constantes cruces diagonales procedentes de todos los flancos– Jorge insiste en enseñarme un vídeo que hizo con sus amigos en Zaragoza reivindicando las choperas del Ebro. Busca el vídeo en su móvil mientras yo mantengo la mirada fija en la carretera, confiando en que mis ojos sean capaces de dar un volantazo en caso de urgencia. En la pantalla los chopos llueven algodón como en una acuarela japonesa, una ninfa se esconde detrás de los troncos, una sierra corta chopos, unos artistas construyen un castillo de madera con las puntas barnizadas de pan de oro. Terminado el vídeo, Jorge me explica otro *happening*: con ayuda de un molde, elaboraron varias vírgenes de caramelo y luego grabaron a las abejas agujereando las figuras a contraluz. «Lo presentamos a un festival en Huesca y nos dieron doscientos euros, menos de lo que nos gastamos en caramelo.» Tal vez no seamos los cristianos más indicados para aprehender los matices del misticismo sufi.

(Lo único que sabía del sufismo era la sentencia de Ammar: «Me interesa el sufismo, pero no vale para la vida diaria ni para la política. En Occidente intentan difundirlo para debilitar a los árabes porque al ser una corriente mística no hay en ella carga de lucha política. Echan veneno a la miel sufi.»)

«Recógeme media hora después del rezo nocturno», le ha indicado a Jorge de manera algo críptica nuestro anfitrión sufi. Consultamos los horarios de rezo en Google y le esperamos en el zoco de Muharraq, con el coche mal aparcado y el motor encendido, como mandan los cánones en Oriente Medio. Aparece Mohamed, cazadora de cuero, barba perfectamente perfilada, educadísimo. Nos pide que conduzcamos hasta una tetería próxima y que aparquemos en la puerta, junto a las mesas de la terraza. Sin bajarse del coche, con la ventana bajada, llama a gritos a uno de los hombres que fuma *shisha* y ve el partido del Barça en la pantalla de televisión. Hablan en árabe un par de minutos. Se despiden. El hombre que fuma *shisha*, nos explica Mohamed, suele participar en las charlas sufíes. Ha intentado convencerle para que se subiera al coche, pero hoy ha preferido quedarse viendo el fútbol.

Mohamed, que ha sido profesor universitario en Alemania, utiliza un inglés pedagógico de recitado de cuento de hadas. Nos explica que la inspiración de estas veladas de lectura procede de la metodología que utilizó Habermas para analizar el ascenso al poder de Hitler en Alemania. Vincula su método con los debates de los salones literarios en Europa, en especial de Francia, y solo interrumpe su historia cultural para señalarnos, desde el coche, todos los sitios que no hace mucho tiempo fueron primera línea de mar. Todo en el Golfo es más excesivo: si en España construimos en primera línea de mar, ellos llevan décadas construyendo dentro del mar. Aquí no se habla del tiempo, tan previsible, sino del mar. Las conversaciones de ascensor aquí tienen forma de «Antes todo el país era un vergel», «Esta autopista era antes una playa», «Este parking

era un puerto pesquero», «Todo el terreno ganado al mar para construir la ciudad financiera la compró el primer ministro por un dinar». Mohamed aporta una nueva frase a la colección: «Recuerdo que mi padre de pequeño me enseñaba los sitios donde antes llegaba el mar, y yo ahora le explico a mi hijo otros sitios donde antes estaba el mar. Me pregunto qué le enseñará mi hijo a mi nieto.» «Nada», le respondo. «Para entonces os habréis comido todo el mar.»

A pesar de su asombro melancólico, Mohamed defiende esta política de terrenos ganados la mar, «porque el petróleo se acabará y Bahréin necesita recursos propios». Los terrenos ganados al mar en la última década son ahora gigantescas islas vacías o llenas de esqueletos de edificios en bancarrota que causaron la ruina a miles de compradores, fruto de operaciones especulativas para enriquecer a la familia real y a sus aliados. A esto, un místico progubernamental estudioso del sufismo andalusí y conocedor de la filosofía europea contemporánea desde Habermas a Sartre, le llama recursos propios. A algo parecido, en España lo llamamos crecimiento económico.

Cuando llegamos a nuestro destino, el anfitrión nos está esperando, ceremonioso, en la puerta de casa. Entramos en un salón de cortinajes pesados, cuadros de paisajes verdes, sofás de ortopedia fina, muebles con vitrinas de cristales. De puertas adentro, en las casas del Golfo no hay exotismo orientalista, sino naftalina occidental.

En la sesión de hoy se analizarán cincuenta páginas (de la 450 a la 500) de un libro del autor andalusí Ibn Sabin, «un autor español», como repetirán orgullosos los contertulios toda la noche, contentos de poder ofrecerles a los invitados extranjeros semejante guiño de complicidad geográfica. Los participantes, educadísimos y sonrientes, son un involuntario muestrario de todos los ropajes del Golfo. Hay un hombre delgadísimo que lee a Ibn Sabin en el portátil y que nos será presentado como el «más sufi del grupo»: viste túnica corta, gorro en vez de kufiya, tiene dos mujeres («pero busca una tercera que le dé amor»), tose con intensidad de erudito; un gordito muy moreno que lee a Ibn Sabin en libro de papel y que nos presentarán como «el más culto del grupo»: viste túnica hasta los tobillos y kufiya color crema; el anfitrión, árabe tipo Omar Sharif, que lee en la tablet y que no nos será presentado con ningún epítome: es muy discreto, muy callado, muy elegante, con kufiya de cuadros rojos y blancos. Más tarde se unirá un profesor universitario de tecnología, palidísimo, entre hepático y albino, sin kufiya, y que, entrada la noche, me preguntará qué piensan en España de la expulsión de los árabes en el siglo XVI.

Tras quince minutos de cotilleo y puesta al día en cuestiones mundanas (alguien ha muerto, nos traduce Mohamed con más curiosidad que pena) comienza la velada. Jorge y yo atendemos educadamente, al principio sin atrevernos siquiera a coger pistachos de la mesa, como niños muy educados que acompañan a papá de visita a casa de una tía abuela lejana. Poco a poco nos iremos animando, y de los pistachos pasaremos a las samosas indias, con ese rebozado de grasa perforador de intestinos. Mohamed nos traduce de vez en cuando: se discute un pasaje en el que el erudito andalusí explica cómo repartir la herencia en caso de que alguno de los hijos no sea musulmán, eventualidad frecuente en la España religiosamente promiscua del siglo XIII.

Los sofisticados sufíes se animan: se ve en sus caras, se oye en sus voces. Mohamed nos traduce: un hombre se acuesta con su mujer pensando que es otra mujer. Ella le ha engañado «poniéndose más guapa y tapándose la cara». La duda: ¿es el marido un adúltero o no? Una fábula asombrosa, pienso, como ese cuento de Roald Dahl en el que dos amigos deciden intercambiar sus mujeres sin que estas lo sepan, colándose de madrugada cada uno en la habitación del otro. A la mañana siguiente, ya de vuelta en casa, uno de ellos detecta un extraño brillo en los ojos de su mujer que prepara el desayuno en la cocina. Ella le dice algo así como: «Ayer fue maravilloso, no

sé cómo lo hiciste, pero nunca me había gustado tanto.» En el cuento andalusí el final es menos morboso: el hombre no puede ser condenado por adúltero en la tierra, pero sí en el cielo.

Luego siguen hablando en árabe, interrumpiéndose animadamente unos a otros. Entiendo alguna palabra suelta. Entiendo «silla». Entiendo «cuatro». Jorge también ha entendido «cuatro» porque nuestros ojos se cruzan compartiendo la euforia de quien descifra una conversación secreta de mayores. De vez en cuando, se dirigen a nosotros de nuevo en inglés, su sentido de la hospitalidad les impide olvidarnos, como seguramente hubiésemos hecho nosotros en su caso. El hombre gordo que lee en papel me explica que le gusta aplicar el pensamiento de Marx como método de análisis. Marx e islam no son contradictorios, me explica este sufi funcionario del Ministerio de Finanzas de una monarquía absolutista del Golfo.

El hombre que tose y lee en el ordenador se despide y la sesión de lectura y análisis se da por concluida. Durante la siguiente media hora intuyo que se habla de política. Entiendo Jordania, entiendo América. Jorge ya no entiende nada y me dice: «Esto ya es un poco excesivo, ¿no?» Como si percibieran nuestro aburrimiento, el grupo nos integra de nuevo en la conversación y nos pregunta en inglés por nuestros oficios. Yo me invento una profesión extraña a medio camino entre historiador y corrector de textos, cualquier cosa menos periodista, uno no quiere identificarse como periodista en un país en el que a los periodistas extranjeros se les expulsa, y a los periodistas locales se le encarcela y tortura, se les mata a golpes en comisaría o se les quita la nacionalidad. «Bahréin está muy modernizado», explica el profesor. «Ahora te puedes hacer el pasaporte por internet.» Pienso en los setenta activistas a los que la semana pasada el gobierno les privó de la nacionalidad. La fórmula es siempre la misma: eligen a sesenta opositores y añaden a dos militantes del Estado Islámico para camuflarlos a todos ellos bajo la etiqueta de terroristas, al activista por los derechos humanos y al militante del ISIS que lleva años degollando y violando en Siria.

Escuchando a estos delicados y amabilísimos sufíes intento imaginar cómo serían las veladas de los sofisticados intelectuales argentinos, educados en colegios ingleses, sutilísimos comentaristas de las fábulas de Swift, las metáforas de Quevedo y la prosodia de Kipling, mientras comandos de encapuchados asaltaban las casas para secuestrar, torturar y matar a miles de personas durante la dictadura de Videla. Esa misma noche, cuando llegue a casa, leeré que unos encapuchados han asaltado la casa del opositor Husein Jawad. Dos días después su mujer asegurará que ha sido torturado. Esa misma noche tanquetas de la policía dispararán perdigones contra niños de catorce años y arrojarán cientos de botes de gas lacrimógeno de fabricación brasileña sobre los pueblos chiíes. Pero en Bahréin te puedes hacer el pasaporte por internet.

Nos preguntan por la imagen de los árabes en España –y en Europa– y yo les ofrezco una respuesta diplomática –el esplendor de Al Andalus–, amable, aséptica, una versión a juego con los muebles de madera lacada y la cortesía de los anfitriones. Jorge, en su turno, explica que en España celebramos Moros y Cristianos con medio pueblo luchando contra el otro. «*Like a Carnaval.*» Luego añade que la imagen de los musulmanes es mala porque los marroquíes venden droga. Jorge tiene un tic que consiste en levantarse la camiseta por los hombros mientras habla, picoteándose a sí mismo con los dedos, todo esto mientras sube y baja los hombros como si recibiera descargas eléctricas: el efecto, cuando no le conoces, es absorbente. La honestidad brutal de Jorge siempre me desarma, como cuando le explicé a M. que su hermano piensa que todos los musulmanes son terroristas. Pero esa forma kamikaze de entrarle a todo, desde las drogas hasta el sexo, a la jardinería o la persecución de tanquetas de policía cuando están siendo atacadas por cócteles molotov, provoca, en última instancia, que las cosas sucedan, que la vida en

Bahréin rompa las costuras de urbanización de expatriados. Esa verborrea kamikaze, sin filtro ni eufemismos, conseguirá esa noche el milagro de poner encima de la mesa (una gran mesa con frutos secos, te, café, tarta de chocolate y aceitosísimas samosas) la marginación de los chiíes en Bahréin: los sufíes responden con un sutilísimo ejercicio de silencios y miradas de asombro fingido, como si dijeran: «¿Marginación chií, dice usted? Nunca había oído semejante cosa.» Poco después, termina la noche.

De regreso a Muharraq, Mohamed –el erudito lector, admirador de la Ilustración francesa y de la filosofía europea, amante de la especulación y enemigo de la interpretación rigorista del wahabismo saudí– habla de las viñetas de *Charlie Hebdo*. Primero con precaución, después –en ese clima de confianza final antes de bajar del coche, aparcados con el motor en marcha a la puerta de su casa con un disgusto al borde de la rabia. Llama asesinos ignorantes a los yihadistas de París, «pero», siempre hay un «pero» para legitimar el fanatismo, «la idea de libertad que defendéis en Europa procede de la escuela de la anarquía, influenciada por Sartre. No todo vale. Todo extremismo es peligroso, incluso el extremismo de la belleza. Algo tan bonito como el sexo puede ser malo si se lleva al extremo. Me irrita que Europa haya caído en este discurso».

La sutileza, ese aliado inesperado del terror.

CELEBRITIES

Era fácil perderse en Amwaj, una urbanización en forma de archipiélago construido en terreno ganado al mar. Cuando la policía fue a detener a Nada Dhaif, la enfermera voluntaria en la plaza de la Perla, fue incapaz de encontrar la casa. Los agentes tuvieron que dar media vuelta para ir a buscar al hermano de Nada, meterlo en el coche y obligarle a que les señalase el camino.

Mi parte favorita de Amwaj eran los canales de agua de la primera isla, flanqueados por edificios de colores pastel de cuyas fachadas colgaban varandas y celosías árabes de madera. Era un cartón piedra convincente y agradable a la vista. A partir de ahí, el archipiélago se expande como una medusa informe en múltiples islas de diferentes «categorías». Había apartamentos «modestos», casas con embarcadero privado y mansiones escondidas de las que solo se podía adivinar parte de la fachada. Se rumoreaba que en una de ellas vivió Michael Jackson entre 2005 y 2006, en pleno escándalo por las acusaciones de pederastia. Su hermano Germaine Jackson se había convertido al islam tras visitar Bahréin en la década de los ochenta. Fue él quien puso en contacto a Michael con un hijo del rey de Bahréin, el príncipe Abdalá bin Hamad bin Isa al Jalifa, un multimillonario con aspiraciones musicales. El jeque Abdalá se hizo cargo de los costes del viaje y de la mansión, y además le pagó 4,7 millones de libras de adelanto para que grabara dos discos con las canciones escritas por el príncipe. Cuando Michael Jackson aterrizó en Bahréin, los medios locales le recibieron con entusiasmo y los periódicos anunciaron que el cantante americano sufragaría la construcción de la mezquita más grande de la región.

De esa época se conservan un puñado de fotos: una recepción del rey en el palacio real y una visita al centro comercial City Mall en la que Michael Jackson aparece con guantes negros y un nicab que le cubre el cuerpo y la cara por completo. Camina agarrado de la mano de uno de sus hijos, también con la cara cubierta, y con la otra mano saluda a un vigilante de seguridad, cuyo rostro es una mezcla de sorpresa y espanto. Durante mucho tiempo pensé que estas historias eran leyendas urbanas. No lo eran.

La aventura de Michael Jackson en Bahréin duró once meses. A sus espaldas no dejó ni mezquita ni discos grabados. En 2008 el príncipe demandó a Michael Jackson en un tribunal británico por incumplimiento de contrato musical. El cantante se defendió asegurando que siempre pensó que el dinero adelantado por el príncipe era un «regalo». Las partes llegaron a un acuerdo amistoso del que se desconocen los detalles. Un año después, Michael Jackson murió.

La otra estrella musical que vivió en Bahréin, de pequeña, fue Shakira. No he sido capaz de encontrar ningún detalle concreto ni jugoso. Ni dónde vivía ni por qué su familia se trasladó allí ni qué recuerdos guarda de su vida en el Golfo. Solo tengo esta línea de su canción «Ojos así»: «Viajé desde Bahréin hasta Beirut.» Shakira, si lees este libro, escíbeme. Tenemos que hablar.

Kim Kardashian visitó Bahréin en 2012 para inaugurar una tienda de su cadena de heladerías Millions of Milkshakes. Alabó la belleza de Bahréin y de las mujeres bahreinís («vuestro maquillaje, vuestro pelo y vuestros zapatos»), declaró a Bahréin el país más bonito del mundo, pidió a todos los estadounidenses que viajaran de vacaciones a un lugar tan maravilloso, colgó fotos en Twitter en las que posa con camellos en el desierto. El gobierno y los medios oficialistas usaron su visita para blanquear la imagen del régimen en pleno éxtasis represivo: tan solo un mes antes, veintiocho médicos de Salmaniya habían sido condenados en uno de los grandes juicios

farsa del régimen, entre ellos la doctora que vivía en Amwaj, en cuya detención la policía terminó perdida por las carreteras del archipiélago. Un grupo de opositores logró desplegar pancartas contra Kardashian, pero fueron dispersados con gases lacrimógenos. El episodio mereció una noticia de aire cómico en los informativos de la CBC, donde se califica a los manifestantes como islamistas radicales molestos por la exuberancia de la *celebrity*. No era el escote de Kardashian lo que irritaba a los manifestantes, pero explicar aquello exigía un relato demasiado complejo. Me recuerda a lo que escribe Misha Glenny a propósito de la CNN y la guerra de Bosnia: en la dicotomía transparente entre serbios malísimos y víctimas bosniacas había un tercer actor que solo añadía confusión al cuento: los bosniocroatas que tan pronto luchaban junto a los bosniacos como contra ellos. ¿La solución? Eliminarlos del relato.

Como recuerda el académico galés Marc Owen Jones en su artículo «Nation branding and celebrity diplomacy in Bahrain», la visita de Kardashian fue una más en la larga lista de famosos que visitaron el país después de la represión de 2011: Plácido Domingo, Eric Clapton o la estrella del pop libanesa Nancy Ajram, recibida en el aeropuerto por una sonriente delegación gubernamental. Nada más pisar la isla, Ajram tuiteó: «Encantador país que camina por la senda de la paz y la prosperidad.» Estas visitas y estas declaraciones sirven para contrarrestar las campañas de denuncia de las organizaciones de derechos humanos. Cuando el cantante John Legend anunció que actuaría en Bahrein, la oposición no dejó escapar el simbolismo que le servían en bandeja: Legend era el autor de la canción «Glory», banda sonora de la película *Selma*, sobre la lucha por los derechos civiles de la comunidad afroamericana. Destacados exiliados le escribieron varias cartas abiertas en las que le pedían que visitara los pueblos chiíes y se entrevistara con familiares de detenidos y torturados. Su respuesta fue: «No creo en los boicots. A menudo, la mejor manera de mejorar una situación es aparecer en esos países y participar en la conversación.» Legend llegó, copó las portadas de los periódicos oficialistas, cantó y desapareció. En los días siguientes YouTube se llenó de vídeos que mostraban ataques de la policía antidisturbios bahreiní con la banda sonora de fondo de la balada «Glory».

Ningún éxito de relaciones públicas para el régimen bahreiní comparable a la celebración todos los años de la prueba de Fórmula 1. La carrera tuvo que ser suspendida en 2011, con el país en estado de emergencia y los tanques saudíes patrullando la isla, pero al año siguiente la carrera volvió a celebrarse, sin más inconveniente que alguna pregunta incómoda en rueda de prensa a pilotos que siempre encontraban una fórmula vaga para desligar deporte y política.

Miembros de la oposición bahreiní me aseguraron haberse reunido con Ecclestone para pedirle que anulara la carrera. Según este relato, el capo de la Fórmula 1 les explicó que no podía suspender el evento de forma unilateral por miedo a una cuantiosa penalización económica. En su lugar, les habría sugerido ideas extravagantes (e irrealizables) para boicotear la carrera y obligar al gobierno a suspenderla.

Durante la represión de 2011, hasta treinta trabajadores del circuito fueron detenidos. *The Guardian* publicó en 2012 una tribuna libre escrita por Nabeel Rajab en la que pedía la suspensión de la carrera y afirmaba que las instalaciones del circuito habían sido utilizadas como centro de tortura. La empresa de relaciones públicas Dragon Associates, contratada por el gobierno bahreiní, amenazó al periódico con emprender acciones legales, y el artículo fue retirado de la web durante tres semanas.

En 2018, Najah Ahmed Yusuf denunció haber sufrido abusos sexuales en la cárcel tras haber

sido detenida por la policía por escribir en las redes sociales mensajes contra la celebración de la carrera. El hecho tuvo cierto eco en medios británicos y los responsables de la Fórmula 1 admitieron su «preocupación», sin que esa preocupación haya llegado a preocuparles demasiado.

Cuando Kardashian visitó Bahrein, el bloguero Ali Abdulemam llevaba más de un año escondido en la isla, huyendo de las fuerzas de seguridad. Sobre él pesaba una condena de quince años de cárcel por «conspirar en derrocar al gobierno», es decir, por crear, mantener y proteger la web de noticias independiente más leída del país. La asociación de derechos humanos noruega HRFNA llevaba tiempo buscando un plan de escape para Abdulemam, y el revuelo de la visita de Kardashian les dio una idea: utilizar la visita de un famoso como tapadera para la huida.

Solicitaron ayuda de otras organizaciones como Amnistía Internacional y pidieron asesoramiento a los cuerpos de élite daneses: la Jaeger Corps. Para la operación de rescate crearon incluso una nomenclatura en clave: Abdulemam sería Bjorn, y Bahrein, las islas Fiyi.

Contactaron con Tyler Ramsey, uno de esos artistas estadounidenses sin miedo al ridículo, optimista, extrovertido, alérgico al malditismo, que se anuncia en vídeos de YouTube en los que explica, sin ironía, el secreto y la originalidad de su técnica, que consiste en pintar con manos y pies, siempre sin pinceles. Lo mismo participa en un programa de *Supervivientes* grabado en Borneo que diseña el estampado de una línea de calzado de la marca Toms. Un artista americano «moderno» y apolítico sería recibido con satisfacción por las autoridades bahreinís, que con la visita de Kardashian habían demostrado lo desesperados que estaban por mendigar cualquier chispazo de atención internacional que contrarrestara los relatos de tortura y represión.

Tyler Ramsey viajaría a Bahrein para participar en un *happening* artístico y lo haría acompañado por una comitiva de varios asistentes, uno de los cuales tendría un razonable parecido físico con Abdulemam. El día del regreso, el equipo entraría en un restaurante de comida rápida, y en el baño estaría esperando Abdulemam para realizar el cambiazo con su doble. Dentro de los servicios, Abdulemam se vestiría con la ropa de su «gemelo» y se sometería a una rápida sesión de maquillaje. De allí irían al aeropuerto, donde embarcarían en un jet privado con rumbo a Chipre. Lo harían por las puertas de seguridad vip donde los controles son mucho más laxos y donde lo último que se espera es que el agente de policía se detenga a observar con minuciosidad la foto del pasaporte de un artista extranjero agasajado por el gobierno. El doble de Abdulemam abandonaría Bahrein más tarde en un vuelo comercial con un pasaporte duplicado. Todo estaba preparado al milímetro, pero catorce horas antes de la operación, un miembro del equipo mandó un mensaje desde Túnez: «Abortad el plan. Bjorn ha abandonado Fiyi.»

«En aquella época llegué a tener hasta trece planes de huida a la vez», me explica Abdulemam en una cafetería de la estación de Kings Cross en Londres. Bebe un café americano, es educado pero algo distante, como si no terminara de entender qué es lo que quiere el periodista español que le ha convocado a una cita demasiado apresurada. Abdulemam transmite impaciencia (dentro de la intachable educación árabe). Otros exiliados me habían advertido del regusto misterioso de los relatos de Abdulemam, pero confío –con la confianza del periodista desentrenado– en que a mí me contará su peripecia con todo detalle. No lo hace. Solo me cuenta que en vísperas de la operación Fiyi, alguien le planteó otra ruta de escape que a él le pareció más segura. «Tenía que decidirme en el momento, era ahora o nunca.» Según el relato del director de la ONG noruega, ese plan alternativo consistió en viajar escondido en el compartimento secreto de un vehículo que

atravesó la frontera de Arabia Saudí, para luego dirigirse a Kuwait y desde allí embarcarse en un barco pesquero que lo llevaría hasta Irak.

–¿Es cierta esa historia? –le pregunto.

–Ni confirmo ni desmiento, no puedo dar detalles. Estoy escribiendo un libro que publicaré el próximo año.

Días después de la cita en Kings Cross, conocí a otros exiliados que sí me contaron sus historias de huidas. Conocí a Jaffar Yahya en casa del poeta Ali al Jallawi en Berlín. Es un treintañero rapado, grandote y fuerte, con una sonrisa contagiosa. «Me gusta Alemania. Han aceptado a muchísimos refugiados. Lo peor es el idioma. Tengo el B1, pero me da vergüenza hablarlo. Al principio me daba tanta vergüenza hablar alemán que me ponía a sudar», me dice Jaffar, en alemán, acariciándose las mejillas y la frente con las palmas de la mano para ilustrar el sudor. Aunque ambos hablamos alemán, Ali se ofrece de traductor y ambos aceptamos aliviados: Jaffar le contará en árabe a Ali, Ali me contará en inglés a mí. Los tres nos acompañaremos de las manos y la mímica.

De ese hilo saqué la siguiente historia:

Jaffar era un pescador de Sitra, el pueblo chií más castigado por la represión. En Sitra se encuentra la mayor refinería del país y el puerto pesquero más importante, con centenares de *dhow*s –el tradicional barco de pesca del Golfo– alineados en sucesivas hileras de amarre. De este puerto salían los barcos hacia Dar Island, un pequeño conjunto de playas artificiales para expatriados con unas vistas tan privilegiadas a la refinería que era imposible bañarse sin sentir que chapoteabas en petróleo.

En YouTube circula el vídeo de un ataque a la comisaría de Sitra: surgiendo desde las calles laterales, decenas de adolescentes desembocan, a cámara lenta y con banda sonora de película de acción de Hollywood, frente a la fachada de la comisaría, con aspecto de pastel blanco y fortaleza de arena. Durante varios minutos le sigue una lluvia de cócteles molotov. El escalofrío inicial desemboca en cierta belleza de luz chispeante, sobre todo cuando queda claro que no habrá ningún herido en el ataque. Parece una atracción de feria tamaño real: nadie responde con fuego desde la comisaría, que parece vacía. Ningún artefacto consigue dañar la estructura o prender un fuego en el edificio. El ataque durará lo que tarden las botellas en acabarse. De nuevo esa sensación –tan irreal– de violencia irreal. La que tuve cuando vi –desde la autopista, en el camino de regreso a casa tras pasar un día en Dar Island– a jóvenes lanzando cócteles molotov a la tanqueta de policía, a escasos metros del descampado en el que trabajadores indios jugaban al críquet, ajenos a las llamas.

Jaffar fue detenido por primera vez cuando tenía catorce años. Le pregunto si había hecho algo, Ali traduce, Jaffar me mira extrañado sin entender la pregunta: «Es Sitra, a todo el mundo lo detienen en Sitra.» Le pregunto si tiene familiares en la cárcel y empieza a enumerar: dos hermanos, un sobrino, otro sobrino condenado a veinte años de cárcel... «Eso solo en mi familia cercana, en la familia extensa hay muchos más», dice con gesto de cansancio, casi suplicándome que no le haga repasar una lista tan larga y tan aburrida.

Estuvo unos días en la cárcel. A él no le hicieron nada, pero vio cómo torturaban a los mayores. Les hicieron *falanga*. Ali no sabe traducir *falanga* al inglés. Hace mímica: se ata las manos, encoge las rodillas. «Te cuelgan así, y te pegan.» Jaffar asiente como si fuera obvio.

La tercera vez que lo encarcelaron tenía dieciséis años. «Nos torturaron desde el primer día.»

Estuvo en la cárcel cinco años, hasta que el nuevo rey proclamó la amnistía de 2001. Tenía veintidós años.

En 2013 volvieron a por él, pero el insomnio le salvó de una nueva detención. Alrededor de la una de la madrugada oyó el ruido de varios coches y muchas puertas abriéndose a la vez. «Tuve suerte de que no estaba dormido.» Subió corriendo a la azotea y se escondió en casa de uno de sus vecinos. Pasadas unas horas llamó a su mujer y le pidió que le dejara una maleta en el coche con las llaves puestas. Fue a casa de su hermana y de allí le llevaron a una especie de granja, un establo con caballos. Durmió un día entero. Luego le llevaron a otro piso en Sitra donde pasó dos meses y medio escondido. De día escuchaba las noticias con el sonido bajo, para que los vecinos no notaran su presencia. A veces, salía por las noches, a ver a su familia o a la tienda de un amigo para coger comida.

Mientras él se escondía, a sus amigos los torturaban en la cárcel. La policía siempre busca obtener cualquier tipo de confesión de culpabilidad y casi siempre la consigue. Siguiendo una suerte de protocolo no escrito, cuando ya no se pueden aguantar las torturas, se denuncia siempre al amigo huido. Sus amigos le señalaron a él, a Jaffar, como líder de una célula terrorista apoyada por Irán. El gobierno y la prensa bautizaron a Jaffar y a sus amigos de Sitra como «Los militares del Imam». A Jaffar y Ali les da un ataque de risa al recordar ese nombre.

Jaffar es pescador, conoce el mar, las rutas y hábitos de la guardia costera. Decidió que lo más seguro era escapar de la isla. El 5 de marzo de 2013, a las cinco de la mañana, hora en que los pescadores salen a faenar, se unió a la comitiva con una pequeña barca de motor. Le acompañaban cuatro personas, entre ellas un amigo que se había escapado de la cárcel. En vez de ir directo hacia Irán, pusieron primero rumbo a Qatar, siguiendo una ruta menos vigilada. Jaffar me enseña en su móvil fotos de aquel viaje. No hay nada en las imágenes que indique una huida, podría ser una excursión. «No tenía miedo», dice sin asomo de arrogancia.

Tras poco más de cuatro horas de navegación, llegaron a Deir, un pequeño pueblo de la costa iraní. Se presentaron en la comisaría local, anunciaron que habían huido de Bahreín y pidieron asilo. Les sirvieron comida y pasaron la noche allí. «Solo quería dormir», recuerda Jaffar. Los agentes les trataron «normal»: en el equilibrio de tiranías de Oriente Medio, los regímenes más sangrientos siempre tienen un buen gesto con los disidentes del enemigo.

Al día siguiente, Jaffar y sus compañeros fueron llevados ante un juez, que les otorgó un permiso de residencia de un año. Jaffar se mudó a Homs, la ciudad santa del chiismo, «pero allí no había futuro ni trabajo». Pasados unos meses, solicitó un visado brasileño para ir a ver el mundial de fútbol. En la escala en Frankfurt, al bajar del avión, había un agente esperando. A él y a otras dos personas se los llevaron en un coche para interrogarles.

–¿Por qué vienes aquí? –le preguntó el policía.

–A pedir asilo.

–Lo sé. –El policía se rió.

Después de dos años obtuvo el permiso de residencia y el derecho de reunificación familiar. Jaffar no quiere que su hijo mayor, de quince años, vuelva a Bahreín, ni siquiera de visita. Su mujer y su hijo pequeño viajarán en breve para ver a la familia, y Jaffar está inquieto: cada vez es más frecuente que la policía atosigue e incluso encarcele a los familiares de los exiliados. Es la mejor manera de asegurarse de que no habrá voces disidentes ni siquiera a miles de kilómetros de Bahreín.

Ali traduce, sentado en la butaca encajonada en la esquina del salón, el mismo lugar en el que un par de días antes me recordó, como un santón en trance, sus sensaciones la primera noche de acampada en la Perla. Habla siempre con el rosario en la mano, a ratos le falta alguna palabra, parece cansado.

Jaffar me enseña en el móvil vídeos de la plaza de la Perla en 2011. Se le ve eufórico, animando los gritos del corro: «¡Jalifa mercenarios!» Me enseña fotos de su hijo pequeño en la manifestación de Sitra del 14 de febrero. Me enseña una foto en la que aparece con el pelo liso que le cae sobre la frente como una cortinilla: «Era cuando estaba escondido, para que no me reconocieran.»

Ali nos hace una foto a los dos juntos, abrazados por el hombro, haciendo el signo de la victoria.

«Ojalá podamos vernos en Bahrein», nos despedimos.

EL COMERCIANTE DE PERLAS

En 1921 el comerciante de perlas Ahmed bin Khalaf viajó de Bahrein a La Meca acompañado por sus tres hijos. Partieron de Manama –cuando el mar llegaba hasta Manama– y navegaron por aguas del golfo Pérsico –que los árabes llaman golfo Árabe–, cruzaron el estrecho de Ormuz que separa Omán de Irán –donde ahora, no se sabe quién, ataca petroleros– y atravesaron el océano Índico –que los árabes llaman mar Árabe– hasta Bombay. En Bombay tomaron otro barco que navegó de regreso hacia el este, rumbo a la península árabe. Atravesaron el océano Índico –que los árabes llaman mar Árabe– hasta el golfo de Adén, para internarse luego por el mar Rojo –que los árabes llaman mar Rojo– hasta el puerto de Yeda, la ciudad saudí que todavía conserva un casco antiguo de fachadas cubiertas por balcones de madera, donde ahora no viven los ricos comerciantes sino los trabajadores africanos y asiáticos. En Yeda, el comerciante de perlas Khalaf tomó una caravana de camellos con la que cubrió los últimos 60 kilómetros por tierra hasta La Meca.

La alternativa a la ruta Bahrein-Bombay-Yeda-La Meca era aparentemente, al menos sobre el mapa, mucho más sencilla: una corta travesía de no más de dos horas en barco de vela entre Bahrein y Arabia. La dificultad esperaba en tierra, al atravesar la península árabe de este a oeste: mil kilómetros en línea recta, pero el desierto no admite atajos, exige meandros caprichosos para abastecerse de agua en pozos y oasis. «Ese viaje podía durar varios meses y era mucho más incómodo», me explicó a sus ochenta años el hijo pequeño de Khalaf mientras contemplábamos una foto en blanco y negro colgada en la pared de una de las habitaciones de la casa familiar, ahora convertida en museo.

La foto fue tomada en 1921, en la terraza con vistas al mar de un hotel en Bombay. En segundo plano, los barcos del puerto, empujados por la perspectiva, crean un efecto de decorado recortable. El padre, en el centro, vestido con zaub y guthra; a ambos lados, sus tres hijos lucen traje europeo y kufiya árabe.

En 1921 ningún comerciante de perlas podía imaginarse que pocos años después los japoneses desarrollarían la técnica del cultivo artificial de perlas y arruinarían el que había sido, durante siglos, el negocio más próspero del país. La calidad de las perlas se debía a la excepcional mezcla del agua salada del mar y del agua dulce de los acuíferos fósiles debajo del subsuelo marino; los «dos mares» que forman la palabra «Bahrain», contracción de *bahar* (mar) y *ithnan* (dos). En esos años el joyero francés Jacques Cartier, pantalones y zapatos blancos, pajarita negra, bastón y un sombrero cloche de explorador perezoso, viajó con frecuencia a Bahrein para inspeccionar personalmente la calidad de las perlas y beber agua dulce que un fibroso buceador calvo extraía de una fuente submarina y subía hasta la superficie almacenada en una bota de piel con apertura de metal en forma de boquilla. En *El corsario*, el bestseller de aventuras escrito por el qatari Abdulaziz al Mahmoud, se cuenta la escena del gobernante jeque Salman al Jalifa ofreciéndole un vaso de agua a un oficial británico. Este, sorprendido por el sabor dulce del agua, tan diferente al áspero agua del Golfo, pide por favor que le rellenen de nuevo el vaso. El jeque da una orden a uno de sus sirvientes que, ante el asombro del británico, se quita la ropa y se mete nadando en el mar, donde desaparece bajo el agua. Al rato regresa a la superficie con una garrafa de agua dulce.

El hijo de Khalaf es un anciano eléctrico y sonriente; a su manera un dandi, viste camisa morada y traje verde. El hijo de Khalaf no sale en la foto. Nació mientras su padre estaba de viaje a La Meca. A algún lugar entre Bombay y Yeda llegó un telegrama de Bahrein con la buena nueva.

Casi un siglo después, es el único hijo que queda vivo del que fuera uno de los comerciantes de perlas más ricos e influyentes de Bahrein y del mundo.

Nos ha recibido a las cuatro de la tarde en el patio interior de la casa Khalaf. Estamos aquí porque a Iban –el músico de Hendaya, que trabaja por las mañanas en una empresa eléctrica francesa y que dedica las tardes a tocar el laúd en el porche de su villa en Jannusan– le gusta la acústica del lugar y quiere rodar una pieza musical en la casa. Fue fácil solicitar el permiso al Ministerio de Cultura, bastaban un par de contactos –en Bahrein siempre había un contacto– y un mensaje amable, en este caso, «mostrar la diversidad cultural bahreíni»: ese tipo de enfoque abstracto que tanto le gusta al mismo gobierno que después de las revueltas de 2011 mandó derribar cuarenta mezquitas y *matams* chiíes.

El hijo de Khalaf escucha encantado las explicaciones de Iban, que avanza despacio en su relato. En el vídeo, dice, aparecerán tres músicos, los tres interpretados por Iban, cada uno con un vestido y un instrumento distinto: un árabe con laúd, un español con guitarra, un hindú con sitar. Para decorar la casa traeremos alfombras de una tienda de Adliya situada justo enfrente de mi barbero hindú, el de las paredes decoradas con cascadas y playas caribeñas que rodean los retratos del rey, el primer ministro y el príncipe heredero; para camuflar los focos del patio traeremos cestos de mimbre hechos a mano en Karbabad, donde poco antes de volvernos a España, el 16 de abril de 2016, mataron a un policía paquistaní con un cóctel molotov, y donde una nube de gas lacrimógeno disparada por la policía la noche del 17 de enero de 2013 provocó la asfixia del niño de ocho años Qassim Habib, que moriría días después en el hospital de Salmaniya; y donde el 12 de abril de 2011 el editor, librero y fundador del periódico *Al Wasat* murió torturado en custodia policial. Los pasillos de la galería se decorarán con los candiles de colores que venden en el zoco de Manama y en todos los zocos de Oriente Medio, las mismas con las que creamos pasillos de luces en el jardín cuando hacemos fiestas. Se habla también de la posibilidad de hacer una *première* del corto en la casa Khalaf y de completar el acto con un concierto de Iban. El hijo de Khalaf asiente entusiasmado a todas las propuestas.

El hijo de Khalaf señala un caldero situado en una de las esquinas del patio. «Aquí estaba la antigua cocina donde preparaban el arroz con carne. Mientras mi padre comía, nosotros estábamos en silencio. Nadie hablaba nunca delante de él. Podía pasarme dos horas a su lado sin abrir la boca. Solo le hablaba cuando él me dirigía la palabra. Eso era respeto.» A continuación, se sienta en los escalones que comunican el patio con la galería, coloca recta la espalda, junta las piernas y dice: «Así es como había que estar sentado delante de mi padre. Si hubiese hecho esto», y pone una pierna encima de la otra y echa el cuerpo hacia atrás, relajado, como tumbándose en un sofá, «mi padre me habría pegado. Estaba bien: era respeto.»

Cuando Khalaf era un niño el agua se almacenaba en vasijas de cerámica cocidas en hornos contruidos en túmulos funerarios de cuatro mil años de antigüedad. El sistema de refrigeración consistía en las llamadas torres de viento que sobresalían como minaretes de las casas más ricas. Por las hendiduras de la parte superior de la torre se colaba el poco aire que circulaba en el estancado verano desértico; ese aire bajaba hasta un depósito de agua en los sótanos de la casa. Desde ahí continuaba por una red de túneles que distribuían el aire fresco por toda la vivienda.

Las habitaciones de la segunda planta están decoradas con fotos antiguas de Manama: casas de adobe, celosías y balcones de madera, y un puerto con barcos de vela justo donde ahora está el

parking a la entrada del zoco. De ese mundo –no tan lejano en el tiempo– apenas queda la casa de Khalaf y otro puñado de edificios semiabandonadas o en estado de derribo, y un par de teterías escondidas en los callejones del zoco, con hombres viejos y arrugados, con el rosario distraído entre los dedos, tranquilos como eremitas de un mundo perdido, hasta que te fijas en sus chanclas playeras decoradas con la silueta de Michael Jordan, sus relojes grandes colgando sueltos del brazo, el paquete de Winston light junto al móvil, en el que escuchan el vídeo de un predicador y miran fotos de playas en Instagram.

Durante mucho tiempo busqué ese viejo Manama al que se referían mis amigos bahreinís. Ellos –alimentados de recuerdos de infancia y de relatos de sus padres y abuelos– todavía eran capaces de encontrar el pasado en esas calles que a mí me parecían feas e impersonales. Para mí el viejo Manama era imposible de imaginar, como también me era imposible trazar un hilo de continuidad entre los canales, jardines y manantiales que fluían hace treinta años, y las rotondas, los antidisturbios y el McDonald's de la carretera de Budaiya.

Manama era la ciudad de los gobernadores coloniales británicos, de los comerciantes indios y persas, de los policías paquistaníes e indios, de los hombres de negocio alemanes y estadounidenses, de los bahaíes adoradores de estrellas, de la pujante e integrada comunidad judía de la que solo queda una sinagoga, un cementerio y treinta y seis personas, de los barrios donde convivían chiíes y suníes con más promiscuidad y naturalidad que en los pueblos «homogéneos».

Ese viejo Manama había empezado a desaparecer cuando el puerto se desplazó un kilómetro más lejos sobre tierra ganada al mar. En los setenta, en plena escalada de los precios del petróleo, hubo un boom inmobiliario que se tradujo en diseños vanguardistas y en el uso de materiales más caros y ajenos a la tradición local. De ese delirio se conservan algunos balcones que parecen cápsulas espaciales flotantes y otros elementos arquitectónicos que pasan desapercibidos entre los burdeles, las joyerías, las casas de cambio y las claustrofóbicas tiendas de electrónica. En los ochenta llegó la primera gran oleada de trabajadores asiáticos que se instalaron en los pisos más viejos y baratos de Manama. Los bahreinís abandonaron la ciudad, cada vez más incómoda, en busca de villas y chalés en los pueblos de la costa. En Bahreín ocurrió al revés que en Europa: la gente se fue de la ciudad a los pueblos.

Desde la segunda planta de la casa, asomado a la varanda de madera, todavía hay capacidad para el asombro: entre las volutas ornamentales de la celosía se distinguen los cables de electricidad que recorren la calle, y al fondo del cuadro, sobresaliendo sobre las azoteas de Manama, surge el rascacielos del puerto financiero con forma de broca, de toalla de acero escurrida por un gigante. Este es el paisaje del Golfo: parabólicas, depósitos de agua, la copa solitaria de una palmera, minaretes, edificios modernos y casas bajas en estado de abandono. A vista de azotea, cualquier paisaje urbano parece pintoresco. Desde la altura, el caos a ras de tierra adquiere su justa e intransferible geometría. Si te quedas un rato mirando, puedes descubrir el viejo Manama del que hablan mis amigos.

La varanda fue tallada con madera de teka india por un carpintero de Bagdad. A principios del siglo XX, los artesanos iraquíes tenían fama de ser los más delicados de Oriente Medio. Para encontrar al mejor de ellos, el comerciante de perlas Khalaf viajó en persona a Kerbala, luego siguió hasta Basora y por último fue a Bagdad, donde encontró a los artesanos más sofisticados. Durante dos años y medio trabajaron sin descanso en la casa de Manama. El comerciante de perlas les pagaba alojamiento, comida (explica nuestro anfitrión llevándose la mano a la boca) y

60 fils al día, «un sueldazo». Los iraquíes diseñaban y daban las órdenes, pero la mano de obra era omaní, porque en aquella época los bahreinís más humildes trabajaban los huertos o se dedicaban a bucear en los mares en busca de perlas. Cuando terminaron la casa, los artesanos iraquíes decoraron la gran mezquita de Manama, cuyo minarete servía de faro para los pescadores y navegantes. Entonces no había torres que taparan su vista (el minarete era, de hecho, el edificio más alto de Bahreín) y el mar estaba mucho más cerca. Pasó el tiempo: destruyeron la mezquita y al mar lo alejaron.

Cuando subimos a la azotea, el hijo de Khalaf me sujeta del brazo y me pide por favor que tenga cuidado, no me vaya a caer. «Dormíamos aquí, toda la familia, en verano», dice con nostalgia. En ese momento se une a nosotros su sobrino, un chico de unos treinta años que se mantiene callado a nuestro lado. Su tío le explica nuestra idea de rodar la pieza musical en la casa y le resume, entusiasmado, todos los detalles de la decoración. El sobrino escucha educado: la etiqueta le obliga a mostrarse hospitalario con los visitantes, pero no puede evitar una sombra de inquietud en su rostro.

Se acerca la hora del rezo y el hijo de Khalaf nos anuncia que tiene que marcharse. Le acompañamos a la calle, se despide con un fuerte apretón de manos y nos invita a que vayamos otro día a visitarle. El sobrino se queda con nosotros en la puerta de la casa. Es su turno: «No creo que esta casa tenga que ser rescatada del olvido, porque no está olvidada. No entiendo qué tiene que ver la música con la historia de la casa: somos una familia de comerciantes de perlas. Si se celebra un concierto, los vecinos nos criticarán: eso al ministerio tal vez no le importa, pero es mi familia la que pagaría las consecuencias.»

No volvimos a entrar en la casa.

LA ERRATA DEL CAMELLO

Estaba en la cafetería del fuerte portugués, al atardecer, el único momento en que el cielo suaviza sus texturas desenfocadas de parabrisas polvoriento, cuando Carla me llamó para anunciarme que le habían prorrogado el contrato otros seis meses. Colgué eufórico: esa era la noticia que llevábamos tiempo esperando, y no había un lugar más magnífico en la isla para recibirla.

La terraza de la cafetería se asoma a una pequeña playa en forma de media luna. Al otro lado de playa, en lo alto de un promontorio, se alza el fuerte portugués, que recuerda a ese tipo de castillos junto al mar que en las películas disparan cañonazos a los barcos piratas. Suena pintoresco, y lo es, pero es todavía más hermosa la vista contraria: desde el fuerte se ve la playa, el edificio blanco rectangular del museo –de una modestia impropia del Golfo–, las palmeras alrededor de un campo de fútbol y de fondo las torres de Manama como un oasis de cristal.

La cafetería del museo era mi oficina favorita de Bahrein, siempre y cuando no hiciera demasiado calor ni demasiado viento ni demasiadas moscas ni demasiados colegios de visita, cuando docenas de niños gritaban excitadísimos, con un punto de locura, alrededor de mi mesa. Esa felicidad ocurrió algunas tardes de noviembre, algunas mañanas de febrero. En esos momentos encajaban todas las piezas, hasta la banda sonora: el rezo como un rumor de palmeras, el galope de un caballo sobre la arena, la llamada de Carla.

Seis meses parecía tiempo suficiente. Desaparecieron de golpe.

La semana antes de irnos, con un destornillador en la mano, mientras desmontaba el disco duro del ordenador, Amin me explicó la historia del Mahdi, el duodécimo imán, el redentor, cuyo nacimiento se celebraba esos días en los pueblos chiíes: «Desde que nació venía con la sabiduría completa de serie. Con todo el software programado. Luego desapareció y lleva más de mil años escondido.» Cuando cogía carrerilla, el discurso de Amin era imparable y esa tarde vino de muy buen humor, con una bolsa de plástico llena de polos de colores y cajetillas de tabaco.

Pasó un rato hojeando los libros de la estantería. Hojeó *Los detectives salvajes* y señaló una página en la que yo había escrito con boli azul, en el margen superior izquierdo, «la errata del camello». En ese fragmento, los personajes discuten sobre la parábola de Jesucristo a propósito del camello, los ricos y el reino de los cielos. Ulises le explica a Claudia que la palabra del arameo de Galilea que designa la maroma de un barco es muy parecida a *gamal* (camello). Sugiere Ulises un error de transcripción de Lucas, «teniendo en cuenta que en la escritura del arameo y el hebreo antiguos no se usan vocales y estas tienen que ser intuitivas». Según este razonamiento la parábola original sería menos poética pero más realista: es más fácil que una maroma de barco o que una cuerda gruesa pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos. Amin escuchó muy atento mi explicación hasta que estalló indignado: «Eso es una tontería», dijo, «esa parábola también aparece en el Corán.» Buscó el pasaje en el móvil y lo leyó en voz alta en árabe. Asintió convencido: un camello por el ojo de una aguja. Solo un matiz: el Corán no se refiere a los ricos sino a los arrogantes y no creyentes.

Esa tarde le regalé a Amin el ejemplar en árabe de *Estrella distante*, que le compré a un editor

sirio en la feria del libro de Bahreín. Es la historia de un joven y misterioso poeta, asesino psicópata, que en el Chile de Pinochet se hace famoso por escribir versos en el cielo trazados por las estelas de un avión de la Segunda Guerra Mundial.

Amin atendió muy serio a mi explicación. Adoptó un gesto extraño, como si comprendiera.

Regresé a Bahreín dos años después. Si alguna vez lograba publicar este libro, pensaba entonces, no podría volver a Bahreín hasta que triunfara la siguiente revolución. Hice coincidir el viaje con el de Jorge, recién contratado por una empresa española de mármol para abrir mercado en el Golfo. Jorge aprovecharía su estancia de un mes para dar la vuelta a la isla en monociclo y subir los contenidos a las redes sociales. La retórica del abrazo de culturas llegaría sola y confiaba en que a los medios de comunicación locales les encantara la historia del extranjero que quiere mostrar la belleza de Bahreín al mundo. Al segundo día le contactaron del Ministerio de Turismo para bendecir el proyecto y de paso sugerir algunos cambios. Un amigo le hizo saber que sería oportuno eliminar en las entrevistas cualquier mención a su trabajo con los refugiados sirios, pues podrían pensar que era un espía. Y, por supuesto, no hablar de sus viajes a Palestina, justo ahora que el gobierno bahreiní quería establecer relaciones diplomáticas con Israel. Mejor que dar la vuelta a la isla, del tirón, durmiendo allí donde le acogiesen, sería más inteligente trazar etapas cortas pasando por los lugares emblemáticos de la isla y olvidar rutas y lugares «sin ningún interés». Cuando Jorge propuso recorrer la carretera de Nakheel, a través de los pueblos chiíes del norte, la respuesta fue de una elegancia formidable: «Hay diferentes maneras de llegar a un mismo sitio. Tal vez sería mejor buscar otro camino.»

Fuimos al Old Beans, un bar de moqueta roja crujiente y techo bajo, cercano al restaurante filipino que durante el ramadán servía cerveza escondida en teteras blancas, y cerca también de la comisaría donde el poeta Ali al Jallawi fue torturado por primera vez. En la barra de la tercera planta, Amin me contó la historia de la última vez que le paró la policía: llevaba bolsas de vino en el maletero, los agentes le preguntaron qué era eso, Amin tomó un vaso de plástico, escanció el contenido, se lo dio a oler. Cuando los policías comprendieron que era solo vino le dejaron seguir: «Tendrían que haberme detenido, iba completamente borracho, pero los muy idiotas solo buscaban explosivos.»

En otra ocasión le pidieron que entregase una pastilla de paracetamol que llevaba en una caja en la guantera. Amenazante, uno de los agentes le preguntó si había follado en las orgías de la Perla. La paranoia gubernamental es voluptuosa: imaginan la revolución como una gran orgía bajo los efectos de drogas alucinógenas.

Desayuné con M. en Manama. Me dijo que a su hermano lo habían expulsado de la universidad. Poco después, su primo fue condenado a muerte y ejecutado. «Me siento tan indefensa», me dijo. El grupo de los chicos del parque se había dispersado después del asedio y el ataque a Duraz, y apenas se veían entre ellos. Los viejos caminaban ahora alrededor del fuerte portugués: fue allí donde me encontré con dos de ellos de casualidad. Fue extraña y ruidosa la ausencia de su tercer amigo, «el cubano», Abu Waleed, que había muerto allí mismo, meses atrás, de un ataque al corazón mientras caminaba a paso ligero con sus zapatillas fosforitas. Intenté ver a Aire, la

empleada doméstica de Sri Lanka, pero nunca me cogió el teléfono: deseé que estuviese de vuelta en su país, regentando ese pequeño hotel rural rodeado de plantaciones de té. La Northern Island, la inmensa isla artificial que ahogó la costa y la playa, ya estaba terminada. Conduje por sus calles vacías, con miles de chalés adosados con los que presumiblemente se intentaría alterar la composición demográfica sectaria de la zona norte. Caminé por la barra de equilibrio del parque e intenté visitar mi antiguo *compound*: el guardia de la puerta me lo impidió con una gran sonrisa.

Hasta el último momento estuve esperando una llamada para poder entrevistar a un importante opositor, recién salido de la cárcel, en una cafetería cercana al aeropuerto. Recibí con alivio culpable la cancelación de esa cita. El agente de policía me devolvió el pasaporte con un gesto mecánico. Subí al avión. Me fui de Bahrein.

AGRADECIMIENTOS

Sin las voces y la generosidad de mis amigos bahreinís no entraría la luz en estas páginas. Les mando todo mi amor.

Quiero mostrar mi admiración por el heroico Nabeel Rajab (y tantos y tantas como él), que sigue en la cárcel por defender la libertad.

Algunos cimientos de la dacha se apuntalaron fuera de Bahréin, gracias a Ali al Jallawi, que paseando por Berlín me hizo viajar en el tiempo a la plaza de la Perla en 2011, y a Ala'a Sehabi, que me dio muchas pistas en Londres y, siguiendo los preceptos de la hospitalidad árabe, me regaló un par de piezas de frutas para el viaje de vuelta en metro.

Brindo por Jorge, Elena y Rafa –la casa de la pradera–, que me alimentaron de Chivas, anchoas de Santoña y música balcánica.

Aire: nos acordamos mucho de ti. Algún día iremos a verte a Sri Lanka.

Luis Torres me mandó por WhatsApp la convocatoria del Premio Anagrama de Crónica Sergio González Rodríguez y me animó a presentarme como si me invitara a una Staropramen en Praga. Sus planes siempre son meteoritos luminosos.

Una de rabas para Javi Lafuente, que imprimió y mandó por mensajería el manuscrito de este libro horas antes de que terminara el plazo de recepción. Creía que no llegaría a tiempo. Tampoco le importaba demasiado porque, pensó con lógica aplastante, «de todos modos, Emilio no va a ganar».

Muchas gracias a María José, del café La Luna, de Tetuán, donde he buscado refugio tantas mañanas de atasco y ofuscación con el libro.

Un beso gigante a la *amona* Susana, que siempre tuvo una fe irracional en este libro, y a Ausen, matriarca del realismo mágico castellano, por todas las historias que me contó mientras encendía «la gloria» en Astudillo. Mando una sobremesa sin prisas para mis dos clanes familiares; Emi, me debes un lechazo.

Un «dos para tres» en Gamazo para mis amigos de Santander, que se alegraron del premio como de un baño en Covachos después de unas palas.

Le mando un abrazo y un maillot nuevo a Ander Izagirre, que leyó hace años las primeras páginas del libro y me animó a seguir escribiendo.

Un abrazo a Nacho Segurado, Álvaro Llorca y Daniel Utrilla, por sus cariñosas lecturas; a Alberto Niemayer y María O'Shea, por sus coberturas en el K.O. mientras remendaba este libro; a Nacho Carretero, por la ruta marítima surcada entre el Golfo y la Costa da Morte; a Paz Gil y Marta San Miguel, por su conspiración literaria permanente con vistas a la bahía; y a Javi Zalbidegoitia (aúpa Astiberri), por la alegría contagiosa en Guadalajara.

«La última» para Granda, que editó al editor, primero en los bares escuchando mis historias de Bahréin; después, abriendo ventanas en Word de madrugada en Viena. *Vier und dreissig Bieren, immer.*

1. Bahrain Independent Commission of Inquiry (BICI).

Edición en formato digital: marzo de 2020

© imagen de cubierta, Laura Flores

© Emilio Sánchez Mediavilla, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4137-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

cover